
3 1761 09546649 6





LOS DOS CAMINOS

CUARTA SERIE DE

SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS

I. ESPAÑA
II. AMÉRICA

DEL MISMO AUTOR

Cuestiones estéticas. París, 1911.
Cartones de Madrid. México, 1917.
El Suicida. Madrid, 1917.
Visión de Anáhuac (1519). San José de Costa Rica, 1917. Segunda edición. Madrid. Indice, 1923.
Retratos reales e imaginarios. México, 1920.
El Plano oblicuo: Cuentos y diálogos. Madrid, 1920.
El Cazador. Madrid, 1920.
Simpatías y diferencias. (1.ª, 2.ª y 3.ª series). Madrid, 1921 y 1922.
Huellas (poesías). México, 1922.

En la REVUE HISPANIQUE, de París.

Ruiz de Alarcón y las fiestas de Baltasar Carlos, 1916.
Cuestiones gongorinas: Sobre el texto de las *Lecciones solemnes*, de Pellicer, 1918.

En la REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA, de Madrid.

Góngora y «La Gloria de Niquea», 1915.
Sobre A. Coster. *Baltasar Gracián, 1601-1658* (publicado en la *Revue Hispanique, 1913)*, 1915.
Contribuciones a la bibliografía de Góngora (en colaboración con Martín Luis Guzmán y Enrique Díez-Canedo), 1916-1917.
Un tema de *La vida es sueño*. (El Hombre y la Naturaleza en el monólogo de Segismundo), 1917.
Sobre Mateo Rosas de Oquendo, poeta del siglo XVI, 1917.
Las dolencias de Paravicino, 1918.
Reseña de estudios gongorinos (1913-1918), 1918.
Cuestiones gongorinas: Pellicer en las cartas de sus contemporáneos, 1919.

En el BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, de Madrid.

Los textos de Góngora: Corrupciones y alteraciones, 1918.

EDICIONES CON ESTUDIOS Y NOTAS

Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. *Libro de Buen Amor*. Madrid, Calleja, 1917.
Quevedo, *Páginas escogidas*. Madrid, Calleja, 1917.
Fray Servando Teresa de Mier, *Memorias*. Madrid, Editorial América, 1917.
Juan Ruiz de Alarcón, *Páginas escogidas*. Madrid, Calleja, 1917.
Baltasar Gracián. *Tratados (El Héroe, El Discreto, El Oráculo, Una carta)*. Madrid, Calleja, 1918.
Ruiz de Alarcón. *Teatro (La verdad sospechosa, Las paredes oyen)*. Madrid, «La Lectura», 1918. Segunda edición, 1923.
Poema del Cid. Madrid, «Calpe», 1919. Segunda edición, 1921.
Juan Ruiz de Alarcón. *Los pechos privilegiados*. Madrid, «Calpe», 1919.
Lope de Vega, *Las aventuras de Pánfilo*. Madrid, Jiménez-Fraud, 1920.
— — *El Peregrino en su patria. (En prensa,* Nelson).
— — Prólogo al tomo I de *Teatro*. Madrid, Calleja, 1919.

ALFONSO REYES

LOS DOS CAMINOS

CUARTA SERIE DE

SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS



MADRID — 1923

I

ESPAÑA

APUNTES SOBRE «AZORÍN»

I

RASGOS DE «AZORÍN»

La Residencia de Estudiantes acaba de publicar — y de celebrar con una lectura a que han asistido las doce o quince personas interesantes — un libro de «Azorín»: *Al margen de los clásicos*. Esta es ocasión de decir algunas cosas personales sobre «Azorín».

La timidez. — La gente que le conoce habla de él como de un hombre tímido en lo exterior. Todas las formas de la timidez, dicen, él las padece. No es orador (1), y esta determinante ha modelado toda su ética y su estética. Dicen que titubea en la conversación. En dos ocasiones me ha dejado hablar casi sin desplegar él los labios, aunque no sin calarme con su mirada perspicaz. De tiempo en

(1) Escrito en 1915.

tiempo, y con monosílabos, le ponía una coma a mis frases, un acento, una diéresis a mis palabras. Como no es orador, escribe. Ya escribir me parece una forma de pudor: el papel es el interlocutor más complaciente, y al lector no lo vemos siquiera.

Oigo decir que del «Azorín» de ayer al de hoy hay como un proceso de reconcentración: los adjetivos se han hecho más escasos, y las frases, más cortas. Salvo las dudas que abrigo sobre esa receta de la crítica que todo quisiera explicarlo por las «dos maneras del escritor», es verdad que el procedimiento de «Azorín» se ha hecho menos adjetivo, pero es que se ha hecho más sustantivo. Porque hay tantos estilos como hay funciones de la palabra, sin exceptuar los estilos de régimen y de interjección. Por lo que atañe a la frase corta en sí, ¿qué reparo hacerle? «Lo bueno, si poco, dos veces bueno», dice Gracián. Además de que la frase corta tampoco denuncia necesariamente timidez. En aquel cubano fino y ardiente — José Martí — la frase corta era un latigazo eléctrico. Por otra parte, lo breve es, de suyo, imperativo. Y, sin embargo, es cierto que en «Azorín» la brevedad finge timidez. «No escribe — he oído —: balbucea.» Porque el ritmo de su prosa es muy uniforme; porque traza todas las líneas en el mismo sentido, sin cruzar

la pluma. Es que, en «Azorín», la frase corta no busca la síntesis o la fórmula, sino que vuelve a la actitud primitiva de la mente, y procede, otra vez, por adiciones. Así, en lugar de «tres», suele decir: «uno + uno + uno». Es que algunas veces no retrata, sino que deletrea el objeto, como un primitivo.

Y aumenta, en fin, la sugestión de timidez, esa melancolía igual de sus cuadros, y hasta la buscada semejanza que tienen entre sí todas sus escenas, descritas siempre al modo romántico.

El bovarismo. — Un sutil intérprete de Flaubert, dialectizando sobre la *Madame Bovary*, ha definido con el nombre de bovarismo esa ilusión voluntaria, ese don de concebirse distinto de lo que se es, sin el cual ni la vida individual ni el arte podrían existir. Aparte de su significación fundamental — base del idealismo filosófico —, el bovarismo tiene significaciones relativas. Bovarista es el que se equivoca de buena fe al juzgarse; bovarista, el que se desdobla en una existencia ficticia — lo cual es distinto de equivocarse, aunque está fundado en el equívoco.

Son las más inesperadas las reacciones de la timidez. Aquel tímido estalla, de pronto, en gritos

desacordes, pensando que por los rugidos vamos a tomarle por león. Los hay, como Amiel, que se libran de su esterilidad describiéndola. Otros — en el fondo los más creadores — inventan, por bovarismo, un tipo semirreal, seminovelesco; un doble a quien encargan de realizar, por las páginas de los libros, lo que ellos no realizan por las calles y plazas. Es posible que el señor Martínez Ruiz sea tímido; pero ese pequeño filósofo que él ha inventado, ese «Azorín» que de hijo suyo ha pasado, poco a poco y por un eclipse psicológico, a confundirse con él y a servirle de vestidura externa, ése ha dicho sobre la vida y el arte españoles, si no las cosas más audaces, las más personales. Y realizado ya el prodigio, abierta la vena por donde el tímido ha de desahogarse sin rubores, entonces todo puede hacerse, con tal que se haya conquistado, como en el caso, la gloria literaria.

La lectura. — Faguet no ha dicho nada importante sobre el arte de la lectura, ni es posible aquí reglamentar, como no se puede reglamentar la índole de las gentes. Alguien afirma que traducir es *servir*. Y leer, ¿qué será? No es un joven quien podría definirlo: al adolescente le asalta su «yo» crítico, a la hora en que quiere olvidarse con la

lectura. Más tarde va dejando el «yo» de ser dolencia y se vuelve resignación. El hombre maduro sabe leer: se entrega, voluntariamente, a otro hombre; entra en él por un doble esfuerzo de cansancio y de disciplina. Porque a la inquietud rebosante no hay quien la obligue a seguir un rumbo trazado, a leer un libro ya escrito. Pero aquí, como en todo, la edad es cuestión de temperamentos, y hay hombres que han tenido siempre edad de lectores.

«Azorín» es un gran lector. Es, desde luego, uno de los pocos que han sabido leer sus clásicos. A veces nos habla de las palabras que ha encontrado en el curso de sus lecturas. A veces escribe porque lee, y a veces escribe lo que lee. Su caso nos recuerda el del joven Stevenson, que acostumbraba salir al campo con un libro en el bolsillo izquierdo, para leer, y un cuaderno en blanco en el derecho, para escribir. Y creemos, con una adivinación maliciosa, percibir en su cara un ligero gesto de despecho, cuando Lemaître se le anticipó, llamando a su libro: *Al margen de los viejos libros*. «Azorín» siente que esta denominación le pertenece, y hace bien en reivindicar el título para su obra.

Pero ser lector (es inevitable: o escribimos hoy con un ofuscamiento, o todo se reduce al mismo diapasón), ser lector es también ser tímido. La amistad de los libros es una imitación atenuada de

la de los hombres: no hay amigo tan complaciente como un libro; a su autor, ni siquiera lo tenemos delante.

Las ventanas. — En mi nueva Literatura Preceptiva, «Azorín» queda clasificado como «poeta de ventanas». La imagen del hombre a la ventana le es una obsesión. El hombre de la ventana ha visto pasar la historia — la historia humilde, diaria e intensa, la que se ve desde las ventanas —, sin que le puedan quitar el dolorido sentir. Todo hombre, en «Azorín», aparece como una expectación ante una ventana. A los poetas antiguos y modernos, los imagina siempre en relación con el paisaje de sus ventanas. «Azorín» es un hombre a la ventana. Su obra toda exhala el misticismo de la celda y la claraboya. Concentrado, pero curioso; tímido: de su casa más que de la calle; pero inteligente, abierto al espectáculo del mundo: — tal un caracol que, desde su hendedura, arriesga los palpos filosóficos y meditabundos.

II

ALGUNOS REPAROS

JORGE MANRIQUE. — ¿Es posible? ¿Es sincero? ¿«Azorín» ha pensado, realmente, en una mujer entrevista y adorada un instante, al leer las coplas de Manrique? He aquí un índice tan elocuente como misterioso de esta psicología. ¡Hasta las «bellaquerías» que el muchacho de Góngora hace con Bartolilla detrás de la puerta, ponen sentimental a «Azorín»!

ROMANCES VIEJOS — ¿Resulta del todo feliz el ensayo de recontar los romances viejos? El problema no tiene solución posible: los romances están ya bien contados. Pero el buen lector no pudo desistir de contarnos lo que había leído. En el del Conde Arnaldos, por ejemplo, la mañana de San Juan ha perdido mucho de su frescura. ¿Qué se hicieron aquellos peces que saltan del agua para gozar del sol? Romance viejo conocemos, en que hasta se dice que los peces «quieren cantar».

UN AVARO. — «... Como esos que vemos en las tablas de los primitivos flamencos... A vuestro lado, una mujer os contempla con ojos de melancolía...» Hemos visto algunos de los cuadros que inspiran estas palabras: nos atreveríamos a hacer reparos a esta interpretación de la vida, siempre tan igual, aunque tan noble; siempre tan olvidadiza del fondo fisiológico y bruto de la conducta humana. ¿Es una mujer melancólica la que hojea los libros, junto al tesaurizador de antaño? ¿No hay, por el contrario, algo de insolencia en esa cara, en esos ojos que, si se abrieran completamente, serían coléricos; en esa boca contraída, según lo acusa el fruncimiento de los maxilares? Creemos que el hombre obedece y la mujer manda: él cuenta y pesa la moneda; pero ella revisa los libros y cuida de que el hombre cuente y pese bien, y acaso lo está obligando a recomenzar una suma. Esos dedos agudos, que saben hojear tan bien un libro, han de hacer unas tenacitas crueles y mordientes cada vez que su marido enrede una cifra; por eso él frunce el entrecejo, y resuelto a no equivocarse, prefiere esperar a que ella le dicte lo que ha de hacer. No divaguemos: ella es la dueña del negocio, y su marido, el que responde ante el público.

Marzo, 1915.

III

EL LICENCIADO VIDRIERA VISTO POR «AZORIN»

«Azorín» comienza la historia del Licenciado Vidriera antes del punto en que la comenzó Cervantes. Traza una infancia azorada y honda en páginas sin literatura, a veces con frases de rutina. No agradarán a los muy jóvenes: están hechas para los que han sufrido. (Ya sé: desde muy temprano se sufre; pero sólo desde cierta edad aprovecha.) Interpreta el asunto a su manera, a lo romántico. Como su propósito premeditado es interpretar así el Siglo de Oro, aceptémoslo provisionalmente. El punto de vista contrario sería el del «retrato imaginario» de Walter Pater, en que el autor procura retroceder a los tiempos de su personaje. Se desarrolla, pues, la vida romántica de Tomás Rueda; huye a Flandes por horror a la grosería española (¡fresca pintura la del interior holandés, así como fué sorprendente, en su sobriedad y tino, la de Madrid!), y, de pronto,

desaparece. «Azorín» se desentiende de él, y lo olvida como entre las páginas del libro. Se acuerda de Francisco Giner — recién muerto — y acaba recomendando la lectura de los libros tradicionales.

Como se ve, este amigo del orden no ha agotado las últimas consecuencias de su sistema: no quiere aún volver a los géneros definidos; prefiere quedarse en esos géneros intermedios, decadentes, lucianescos, en que la invención y la parodia se tocan, y ésta sirve de arranque a la crítica, al ensayo humorístico (es decir: personal), a la digresión ética o política. «Azorín» no es aquí un novelista a la manera convencional: no crea hombres. (Recuérdese a Galdós.) Crea nombres; mejor: recuerda nombres (Calisto, Melibea, Tomás Rueda, la Ilustre Fregona, etc.); y, con pretexto de tales nombres, nos describe una sola alma: la suya. Y no directamente, ni por medio de la pasión o la acción, sino de la contemplación: el rasgo del paisaje, el estado de ánimo. (Él preferiría decir «el estado de *sensibilidad*». Adviértase la frecuencia de esta palabra a través de todos sus libros. En tiempos de Juan Jacobo, en Francia, se hablaba mucho de hombres y mujeres «sensibles». «Azorín» hace, en su país, la *campaña de sensibilidad,* para decirlo en lengua germánica.) Su Licenciado Vidriera es transparente como el vidrio. Las páginas más intensas — las de

la infancia — corresponden a la época en que el hombre espía el mundo, como un animal inteligente: todo es contemplación. Su Tomás Rueda se nos confunde con el dialoguista de *La Voluntad* y con el viajero de *Los Pueblos*, y al fin nos descubre lo que es: tenue velo tras el cual se esconde «Azorín». Es una figura autobiográfica en cierto modo. Pero no para que el autor obre por ella o se pinte en ella, sino para que por ella contemple el mundo, melancólicamente, cual por una ventana. Y ¿qué es la ventana? Un marco de aire. Y como el autor es, hasta hoy, una realidad humana no discutible, nos ilusiona ese contorno que lo recuerda, y acabamos por creer que hay un hombre donde sólo hay un pretexto de ensayos personales, de sutiles observaciones sobre las arañas o las mujeres, las montañas, los ciegos, los sobrados, el dormir, el escupir, el fregar el suelo, las ciudades de España — pintadas con un arte eficaz — y otros cien asuntos: unos, minúsculos; otros, grandes, pero todos dados en miniatura por aversión a los monumentos públicos.

«Azorín» no se resigna a desarrollar la fábula, y la deja donde le estorba. Tampoco se resigna a describir las verdaderas crisis de su Tomás Rueda. Cuando el niño se duerme, ebrio, y despierta en el carro de farsantes, ¿qué pasa por su alma? Media página en blanco: eso pasa. Cuando la tragedia del

amor, todo se resuelve en una afortunada frase literaria y en una enfermedad. Pero... ¿y el amor mismo? Página en blanco. (Recuérdese *Le rouge et le noir.)* El Licenciado Vidriera va a Italia y a Flandes: ¿qué trajo de allá? Además de libros de versos, porque eso no nos interesa por ahora, ¿qué trajo de sus bregas y fortunas? ¿Nuevas emociones? Al novelista no le basta decirlo, sino que las pone a vivir. Lo que era para Cervantes la locura del Licenciado Vidriera, se transforma para «Azorín» en una irritabilidad de esas que padecen hoy todos los escritores y los que viven con demasiada riqueza (los ricos, y los otros ricos): el carácter se le exacerba, y se vuelve un poco *vidrioso*. Seguramente que aquí hace «Azorín» psicología, pero sólo psicología «curiosa». La mayor intensidad psicológica quedó en las páginas de la primera infancia. Ahora bien: la primera infancia es, para lo que generalmente se entiende por novela (novela de acción), una era pasiva y muda. Nosotros, claro está, ya no lo entendemos así.

El Licenciado Vidriera comprueba algunas de mis notas anteriores. Decía en esas notas que «Azorín» es un gran lector, y uno de los que mejor han leído sus clásicos. A veces, escribe porque lee; y, a veces, escribe lo que lee. El libro actual, por momentos, parece urdido para absorber el alimento de

diez o doce preciosas lecturas. ¡Bella tarea de comentario sentimental! «Azorín» descubre el pulso de los libros: la página, la palabra en que late su corazón. (Pág. 42: *La Eneida*, Alcalá, 1586; pág. 54: *El peregrino en su patria;* pág. 63: Cervantes; pág. 82: *La Dorotea;* pág. 93: el *Amphitrion*, trad. de Pérez de Oliva; pág. 95: *El político don Fernando* y *El criticón;* pág. 102: *El donado hablador;* pág. 114: *La perfecta casada;* pág. 124: *Diálogo* de Pérez de Oliva; pág. 135: Zamacola; pág. 143: *Oráculo manual;* pág. 145: *Les Délices de la Hollande;* página 146: Lemaître; pág. 156: Lorente, traductor de Virgilio. El libro tiene 161 páginas.) Antes he clasificado a «Azorín» como *poeta de ventanas;* vea ahora el lector el capítulo del nuevo libro que se llama *Las ventanitas*. He hablado del bovarismo de «Azorín»; vea ahora el lector la descripción de un proceso de bovarismo en la página 149: la ilusión de la realidad interior. Sin embargo, se impone una atenuación: el bovarismo de «Azorín» es meramente verbal. En vez del señor Martínez Ruiz, el literato «Azorín»: he aquí todo su bovarismo — tenue, discreto, útil para la transformación definitiva que se operó en el alma de este tímido, antes anarquista y hoy sabio —. El verdadero bovarismo, con lujo y placer, estúdiese en el ya aludido Stendhal. Cierto que él gustaba también de disfraces nominales: de

llamarse Bombet, Marqués de Cuzary, Robert frères, Domenico Vismara y mil nombres más; pero era para agotar todas las pasiones, como en la metamorfosis de Tiresias.

Abra, en fin, el lector este *Licenciado Vidriera*, sin prejuicio de buscar novela, sino trozos novelescos, con trozos de todo lo demás; libro de retazos zurcidos por medio de un ardid exterior — cosa perfectamente legítima; libro de acarreo, más que de crecimiento interno. Hallará en él muchas amables figuras de segundo término: el cachicán y la Mari-Juana, el fauno y maestro, Don Lope de Almendares — nombre que recuerda al de cierto capitán en cuyo navío hizo su viaje a Nueva-España Don Juan Ruiz de Alarcón —, Gabriela, el ciego Asensio. «Azorín» posee el secreto de las instantáneas sentimentales.

Se nos ha dicho que «Azorín» llama al *Licenciado Vidriera* «mi mejor libro». Acaso por el admirable esfuerzo técnico de sencillez: hay páginas en que ya no se sienten las palabras. (¿Está satisfecho «Azorín»?) Pero no: este hombre tampoco hace libros; no hace obras separables de él. (¿Tal vez *El político?;* porque de la prehistoria no hay para qué hablar.) Todo él es una obra en movimiento, y vale aplicarle la frase de Rodó: «una perspectiva indefinida...»

Hablamos de él con desparpajo. Lo consideramos, en cierto modo, como cosa nuestra, desde que nos es autor favorito. ¿No comenzamos ya a preferirlo a muchos que él mismo — con toda su penetración — no sospecharía? Y no le prodigamos elogios, por tal de admirarlo con un poco de entendimiento.

Agosto, 1915.

IV

UNA POLÉMICA INTERESANTE

CON el respeto que «Azorín» nos merece, vamos a exponer una reciente polémica que tuvo con otro escritor, limitándonos a lo meramente personal: por ventura, lo único importante en el caso. No hay misterios en el hombre de letras: todo él se debe a la posteridad, y sus controversias son lecciones que es conveniente recoger.

«Azorín» y Blasco Ibáñez se han encontrado en el terreno de la contienda política: aquél, conservador de nombre; éste, revolucionario de nombre.

Blasco Ibáñez, juzgándose herido, escribe:

«Los dos nos conocemos de larga fecha, y estamos convencidos de que nunca pensaremos lo mismo. Hace muchos años, ¡muchos!... vivíamos en Valencia y colaboraba él en mi diario *El Pueblo*... Entonces se dió varias veces la satisfacción de asustarme a mí, tímido burgués, con sus artícu-

los cortos y terribles de propaganda anarquista, cuyos temas no quiero recordar.» *(A B C*, 9 de Marzo de 1915.)

Por el momento, «Azorín» se ha conformado con responder:

«... No nos apesadumbra, no; no nos molesta, no, la evocación de aquellas antiguas y revolucionarias campañas — las mencionamos nosotros mismos muchas veces — realizadas al lado del autor de *Cañas y Barro. (A B C*, ídem.)

Pero días después, y a propósito de asunto diverso, escribe:

«Hace poco, un antiguo amigo nuestro — Vicente Blasco Ibáñez — recordaba los lejanos tiempos de escritor revolucionario del autor de estas líneas. ¿Lo hacía el autor de *La Barraca* con propósito un poco mortificante en el fondo, pero irreprochable en la forma? Se equivocaba de medio a medio; como nuestro antiguo compañero ha estado ausente de España hace mucho tiempo, no ha podido advertir que nosotros mismos hemos evocado, y evocamos frecuentemente, aquel período de nuestra vida. ¿Cómo iba a mortificarnos su recuerdo?...

Cuando el escritor ha avanzado en la vida, cuando se conocen un poco los resortes de la técnica literaria, se ve que todo lo que se decía antaño se puede decir ahora sustancialmente, pero cambiando la forma... ¡Cuánto más revolucionarios no son algunos escritores que dominan el matiz y las imperceptibles transiciones, que otros que nos atruenan los oídos con palabras gruesas y vocablos terribles!»

«... Recordamos con gusto aquellos años de ingenuidad... Nuestra ingenuidad consistía en creer que en España existen muchas cosas de que un escritor independiente no puede hablar. Sentíamos entonces una indignación profunda contra estas instituciones e ideas que no pueden ser discutidas... La vida ha ido pasando por nosotros desde entonces; la vida, con todo su cortejo de advertimientos saludables y decepciones. Después hemos visto... que del Ejército, de la Magistratura, de la Iglesia, de todo, en suma, se puede hablar en España; todo dependerá del matiz, de la inflexión, de la habilidad del escritor, en fin...»

«Al escritor revolucionario de antaño, ahora, cuando ha visto muchas cosas por dentro, cuando tiene alguna experiencia de la vida, cuando conoce el resorte oculto de muchos movimientos políticos y de muchas campañas de opinión... le parece que lo verdaderamente terrible no son aquellas institu-

ciones de que él abominaba y que pueden ser libremente combatidas... sino aquellos otros conglomerados sociales — como éste de que tratamos — que, invisibles para el público, inofensivos en la apariencia, poseen una fuerza abrumadora y extienden sus tentáculos y ramificaciones por todas partes.» *(A B C*, 23 de Marzo de 1915.)

Porque «Azorín», dando ejemplo de temperamento reformador, está discutiendo la política de los ferrocarriles de España.

¿Pero ha encontrado la verdadera respuesta? ¿No ha padecido la ilusión de congruencia exterior que todos padecemos al justificar nuestra conducta? ¿No ha olvidado, en cambio, la verdadera razón de su congruencia? Y el lector mal inclinado, ¿habrá quedado convencido? ¿No sería la mejor respuesta la respuesta incongruente e inesperada? Los maestros de la espada saben que no siempre conviene mantener el contacto del acero enemigo. El señor feudal sabía que, contra las hachas que destrozaban su puerta, había algo mejor que las hachas, y era, precisamente, la respuesta insospechada: el plomo derretido arrojado desde los balcones del castillo.

— No; no estoy en tu mismo plano. Combates con un fantasma y me equivocas con mi sombra.

En todo caso, ya se habrá el lector dado cuenta de que no se trata de una mera reyerta vulgar

—ni podía ser de otro modo—, sino de una lección moral, de una sincera y sazonada discusión sobre los motivos de la conducta. Porque todos los hombres, ¿no son, en cierto modo, el revolucionario de ayer, el conservador de mañana?

Oid ahora lo que ha escrito sobre esto Eugenio d'Ors:

«¿Por qué «Azorín» condescenderá, a veces, con sus hostigadores hasta explicar por un cambio de criterio lo que en él podría ser explicado simplemente por un mudamiento en el campo de la atención? Ayer fuí revolucionario — nos dice — , hoy soy conservador; así me ha trabajado la vida... ¿por qué no decir: ayer fuí, y hoy soy, hombre en quien los valores de sensibilidad se han hecho supremos? Injusticia y desorden ofenden igualmente mi sensibilidad. Dime un día con preferencia a traducir mi irritación ante la injusticia; ahora más gusto de traducir mi irritación ante el desorden.»

«¿Qué cosa es peor, el desorden o la injusticia? Goethe, maduro, declaró mil veces más soportable ésta que aquélla; y, por razón, «que el desorden engendra mil injusticias». Eso es valorado desde el punto de vista de la inteligencia. Pero Goetz de Berlichingen (que es tal vez uno mismo con

Goethe mozo), por amor a la justicia se volvió bandido, y eso fué valorado desde el punto de vista de la pasión. Hay un tercer punto de vista posible, que no es el de la pura pasión, ni tampoco el de la pura inteligencia. Hay el punto de vista de la sensibilidad. Y desde él, injusticia o desorden tanto montan.» *(España,* 2 de Abril de 1915.)

No tengo a la mano la obra en que Benedetto Croce estudia lo que ha muerto y lo que aún vive de la filosofía hegeliana. Pero me parece que Hegel impera en la polémica de la conducta y en la dialéctica del ataque: todo aquí se resuelve en tesis, antítesis y síntesis. Todo bien y mal quedan corregidos en un bien superior; y en todo, si se la busca con generosidad, se hallará la fórmula neutra, salvadora. Descubrirla es, precisamente, la función filosófica del tercero en discordia.

Abril, 1915.

V

«AZORÍN» Y LOS ESCRITORES DE AMÉRICA

Conocí a «Azorín» allá por Septiembre de 1914, recién llegado a España e ignorante todavía de las convenciones de esta sociedad literaria. Estábamos en San Sebastián. Él viajaba por los pueblos de Francia, en esas fiestas de soledad y de espíritu que tanto ama. Él, tan curioso, no creo que haya tenido entonces verdadera curiosidad por las cosas de América. Hablamos de aquella literatura: me declaró francamente no conocerla muy por detalle, aunque desde luego me pidió informes de ciertos jóvenes. Este solo hecho fué muy elocuente para mí. No cabe duda, me dije, que «Azorín» se da cuenta de todo lo que sobresale, y en materia de literatura americana atiende, por lo menos, a los saldos definitivos. Pero acaso no se da cuenta — por no haber querido intentarlo — de nuestro carácter general, de nuestro ambiente.

— Si no me equivoco — observó —, entre ustedes se ha conservado demasiado tiempo el culto y la técnica de Castelar.

Yo no veo ironía en estas palabras; más tarde, el mismo «Azorín» ha tenido elogios justísimos para Castelar. Pero me parece que en aquel momento se olvidaba «Azorín» de los orígenes americanos de esta prosa ligera y suelta que tanto conviene a nuestro tiempo; se olvidaba, me parece, de que en Gutiérrez Nájera y en José Martí tiene él mismo — aunque sin saberlo — sus precursores.

Recientemente, en *La Nación*, interrogado «Azorín» sobre los escritores de América, declara su preferencia por Darío y Rodó. Rufino Blanco-Fombona que, con una inquietud de centinela, procura escuchar y recoger todas las opiniones de Europa sobre América, le contesta desde las páginas de *España*.

El choque de dos temperamentos diversos, y aun opuestos, tan definidos los dos, no puede menos de interesar a quien se preocupe de los resultados espirituales de las cosas. Blanco-Fombona es el escritor que se da todo en sus palabras, en sus líneas, y «Azorín» está todo él entre líneas. ¿A qué no decirlo con sencillez? Blanco-Fombona quisiera tomar a «Azorín» al pie de la letra, para revelar-

nos — si fuere posible — sus aspectos débiles. Y «Azorín», en cambio, gusta del sobrentendido y la reticencia: las intenciones van siempre matizadas en él, con un sonrojo como de pudor.

Pecado — si lo es — propio de su ritmo mental. Así, sus antiguas páginas sobre Quevedo apenas se sienten, y son de lo más terrible que sobre el Siglo de Oro se ha escrito. Por nuestra parte, tanto nos seduce la insinuación fugitiva de «Azorín» como la evidencia valerosa de Blanco-Fombona.

La verdadera respuesta de éste consiste en decir que él, a su vez, prefiere sobre «Azorín» a Unamuno, a Pérez de Ayala y a Ortega y Gasset. Por nuestra parte, todos los colores excelentes nos gustan, cada uno en su tinte; no podemos resolver calidades en cantidades, no acertamos a preferir: ni el verde es más que el azul, ni éste más que el rojo, y ni siquiera éste más que el color de rosa.

Pero tampoco sería justo que las «preferencias» de «Azorín» nos hicieran olvidar sus «deudas» para América; deudas que él es el primero en reconocer. Más aún: deudas que, sin su propia declaración, no habríamos podido averiguar. Tan personal es así en todas sus obras, y a tal grado asimila y transforma las posibles influencias que ha ido recibiendo en el curso de su carrera. En *Los valores literarios* nos revela — no lo hubiéramos

sospechado, y aún nos resistimos a creerlo — su deuda para con «Fray Candil».

En realidad, «Azorín» de lo que se preocupa es de España. Por eso se acuerda tanto de Francia; por eso, y por lo que le debe en la formación de su espíritu. Se acuerda de las cosas americanas cuando afectan a España. (Yo recojo con interés, en *Clásicos y modernos*, página 120, la decepción ante el hecho de que Ercilla no pinte el paisaje americano.) En *Clásicos y modernos* también ha juzgado *La gloria de don Ramiro*, de Enrique Larreta, como obra de exageración en todos los sentidos de la palabra; y en el prólogo de no sé qué guía, la declara obra de poco sentimiento castizo. En «La Justicia y la Especie», agradece «al notable venezolano Pedro-Emilio Coll» el descubrimiento del filósofo español Ramón Campos.

Yo hago un voto para terminar: que «Azorín» llegue a interesarse más intensamente por las cosas de América. Su mismo entendimiento de España se robustecería. Dígalo José Ortega y Gasset, para quien el viaje a la Argentina no ha sido ocioso — ni pudiera ser de otra suerte en esa naturaleza activísima. De tiempo atrás, América ha logrado interesar a Unamuno. Baroja todavía se resiste, y (¿quién lo creyera en el intérprete del bárbaro Avinareta?) habla todavía con sorna de las plumas

de América. El día que conquistemos a «Azorín» — dígolo como lo siento — podremos enorgullecernos de haber ganado un noble testigo (1).

---

(1) Esta nota fué escrita hace años. Más tarde, «Azorín», en las reuniones del P. E. N. Club, ha demostrado el más ardiente y vivo interés por América: está ganado. Hoy, 4 de Julio de 1923, acabo de recibir unas líneas suyas, respuesta a cierto programa que le envié de una «Fiesta de la Danza y de la Canción», celebrada en un pueblecito de indios, de México:

«Querido Reyes: esos indios son la América — *la América directa* — que yo más quiero.»

VI

NOTAS SUELTAS

CÓMO SE DEBE ESCRIBIR SOBRE AZORÍN.—Hace algunos meses, Enrique Díez-Canedo escribía en *España:* «Va estando de moda arremeter contra «Azorín» por motivos no siempre literarios». Escribir sobre «Azorín» ha venido a ser, en todo caso, una de las cosas más fáciles del mundo. Y es que cuando se es maestro, ya no se pueden dar sorpresas al público.

La crítica, más o menos, coincide en sus conclusiones sobre «Azorín», ora sea meramente literaria, como en las sutiles páginas del *Espectador*, de Ortega y Gasset; ora sea algo personal, como en las acentuadas palabras de Blanco-Fombona. Cierto escritor estaba pagadísimo de sus juicios sobre «Azorín», y creía, sobre todo, haber puesto en claro el misterio de este temperamento al hablar, desde las páginas de un periódico de la Habana, del desdoblamiento psicológico de D. José Martí-

nez Ruiz: «éste — decía nuestro escritor —, al crear a su doble «Azorín», ha realizado a través del doble lo que directamente no se proponía realizar». Pero, meses más tarde, ha visto con sorpresa que otro escritor (por su cuenta y sin necesidad de auxilios ajenos) desarrollaba exactamente los mismos pensamientos, en cierto diario de Madrid.

En materia de «Azorín» nos hemos puesto todos de acuerdo, por mucho que algunos lo ignoren y otros afecten ignorarlo. De donde se infiere que sobre «Azorín» conviene escribir notas rápidas, monosilábicas, como sus artículos, y que basten para despertar en el público el recuerdo de lo que ya sabe.

LA FUERZA DE LA TRADICIÓN.—Todo el mundo gusta de hablar de la evolución de «Azorín»: enemigo de la injusticia primero, enemigo del desorden después, explica Xenius.

Los jóvenes del 98 comenzaron a publicar en 1903 una revista: *Alma Española.* Algunos dejaron en ella una página autobiográfica.

Valle Inclán, a título de «juventud militante», contó algo de su viaje a México, y de cómo asesinó a bordo del *Dalila* a Sir Roberto Jones. Maeztu, a título de «juventud claudicante», confesó su versatilidad insaciable. «Azorín», «juventud triun-

fante», habló también de su vida, de sus rarezas y de sus preferencias. Todavía se firmaba J. Martínez Ruiz; ya se llamaba «pequeño filósofo». Escribía la crítica de los teatros.

Allí se representa a sí mismo como un joven de talento, incapaz de hacer visitas, que lleva siempre consigo un enorme paraguas de seda roja, y una tabaquera de plata con un perrito de oro en la tapa. Menciona todavía a Baudelaire (hoy ha vuelto del segundo viaje definitivo: entonces estaba en el primero) y a Rollinat; cree todavía admirar a Nietzsche (la vieja revista dice «Nietzche»), y cree también ser un furibundo iconoclasta, que abomina de Calderón y Lope, y se aleja con desinterés de Cervantes.

¡Oh, cuánto ha corrido el tiempo, querido «Azorín»! En ese retrato que acompaña a su autobiografía, tiene usted una simpática expresión juvenil. Todavía era usted un aspirante a diputado, que pasaba frente al Congreso bajando la cabeza. Pero ya, ya se veía quién era usted: ya sabía usted decir con claridad lo que pensaba de España, y a veces lo sugería usted entre líneas. Ya citaba usted a Montaigne, a los moralistas franceses, con inteligente fruición.

Más tarde, puesto a renovar los valores literarios, comenzó por negar algunos. Sobre Quevedo ha rectificado él mismo sus primeros impulsos, en

un artículo publicado en *La Vanguardia*, de Barcelona, al que han seguido otros. Y estamos seguros de que aún rectificará su actitud frente a otros asuntos tradicionales. Y es que negar una tradición, o no tiene sentido, o no es más que la primera mitad de la verdadera revolución. Lo que importa es reinterpretar, volver a admirar de otro modo lo que ya nadie sentía siquiera, a fuerza de figurarse que lo admiraba.

VII

EL «DON JUAN» DE «AZORÍN»

ERA esperado con ansia, después de las interpretaciones de Ortega y Gasset, Maeztu, Martínez Sierra.

El nuevo libro de «Azorín» es, puede asegurarse, un compendio del mejor «Azorín»: la miel en plena sazón, la dichosa madurez de un espíritu fino, delicado, sensible, disciplinado y estudioso.

Su Don Juan — ¿no lo sospechabais? — es un Don Juan que vive en un «pueblecito» de España y que está de vuelta del pecado. Es un Don Juan que ha dominado ya el apetito o, mejor aún, que lo ha perfeccionado y sublimado hasta la piedad. ¡Si la palabra «filantropía» no estuviera ya tan estropeada!... Por eso Don Juan oculta sus rasgos de filantropía, como cuando cede sus bienes al pueblo, para objetos de beneficencia y cultura, haciendo creer a todos que el autor de la cesión es un rico muerto en Valparaíso. («Azorín» no lo explica, por

un pudor semejante al de su héroe. Se conforma con decirnos que Don Juan sonríe mientras descubren la estatua del indiano bienhechor. La crítica, al hacer el análisis del libro, no se percató de que el rico de Valparaíso era una patraña piadosa de Don Juan.)

En torno a este Don Juan quieto y amansado, desfilan las escenas del pueblo, suenan las campanas de la iglesia, cruzan dos o tres tentaciones pronto acalladas, y en una casa, como una risa en medio del ambiente hosco y grave, suena la alegría de una familia que va a París todos los años. La hija trae canciones de Béranger.

Y el libro se desarrolla en un silencio preñado de cosas interiores. — De pronto me sentí transportado al claustro de San Marcos, de Florencia: sobre la puerta de la sacristía, Fray Angélico dejó pintado un San Pedro Mártir que impone silencio con el índice sobre los labios, y tiene la frente ensangrentada.

APUNTES SOBRE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

CRISIS PRIMERA

LA SALVACIÓN DEL HÉROE

JOSÉ Ortega y Gasset se destaca entre la juventud española con un ademán de paladín. Aplicando a la crítica literaria el tono patético de la historia, pudiéramos decir que es el héroe.

En él, como en muchos, hay una bifurcación interior, más o menos inconfesa o reconocida, y comparte su actividad entre dos vocaciones: la oficial y la personal, para decirlo de algún modo. ¿La oficial? Él es catedrático de Filosofía en la Universidad Central, y dirige una sección de investigaciones en el Centro de Estudios Históricos. ¿La personal? La personal es la literatura. ¿Tengo que añadir que, sin pretender restar nada a su palmaria capacidad de filósofo, estoy, contra la afición oficial, por la personal? Os diré por qué: si como literato Ortega y Gasset ve las cosas humanas bajo

especies cálidas y concretas, y las expresa con un ánimo de belleza, como filósofo quisiera sistemar su conducta intelectual dentro de una sola tendencia, coordinarla con su conducta práctica y construir, a través de la palabra, algo como un nuevo ideal de España, cuya última manifestación tendría que ser la obra de reforma política.

Así, en *Vieja y Nueva Política* (1914), convoca a los jóvenes a ensayarse para los compromisos de la vida pública, con intenciones de pureza espartana. Se funda la Liga de Educación Política Española, y el entusiasmo cunde.

— Obraremos a la primera oportunidad — se dicen todos.

— A la primera ocasión — define el héroe — nos echamos a la calle, aunque sea en mangas de camisa.

Pero en aquellos que meditan mucho la acción, el gusto platónico de meditar suele imponerse a todo. Las ocasiones desfilaron, en larga teoría, por la calle, y los jóvenes (¿por desgracia?, ¿por fortuna?) siguieron estudiando con los libros abiertos.

El mismo año de 1914, Ortega y Gasset publica sus *Meditaciones del Quijote,* donde se propone un fin esencialmente político: «Habiendo negado una España — dice —, nos encontramos en el paso honroso de hallar otra. Esta empresa de honor no

nos deja vivir. Por eso, si se penetrara hasta las más íntimas y personales meditaciones nuestras, se nos sorprendería haciendo, con los más humildes rayicos de nuestra alma, experimentos de nueva España».

Sin embargo, este propósito parece como sobrepuesto al libro artificialmente, como adaptado desde afuera para organizar una serie de ensayos sueltos, para convertir en tesis un montón de artículos varios. De donde resulta, por ejemplo, que, a fin de aprovechar una teoría sobre los «conceptos», el autor se ve obligado a justificarse así:

«Conviene a todo el que ame honrada, profundamente la futura España, suma claridad en este asunto de la misión que atañe al concepto. A primera vista — confiesa —, es cierto, parece tal cuestión demasiado académica para hacer de ella un menester nacional.»

En 1915 se funda una revista semanaria, *España*, de que él aparece como director. Al pronto, dijérase que va a ser el órgano de su actividad política. «Es preciso reorganizar la esperanza española», nos dice el artículo de salutación. Pero, poco a poco, el director se va alejando de su revista; hasta que, sin romper con ella, la deja sola: la preocupación literaria, el deseo de escribir en casa sobre los asuntos que le plazca, triunfan en él sobre la

preocupación política. Es un jefe de partido algo indiferente; es un excelente literato. La filosofía — ayudada por cierta pendiente del temperamento — lo lleva a las inquietudes de la política; la literatura, más desinteresada si cabe, lo emancipa de todo lo que no sea Dios.

Finalmente aparece *El Espectador,* donde la vocación personal juega una mala pasada a la política: revista «espectacular», como lo indica su nombre, de libres desahogos mentales, de ensayos sobre todas las cosas de este mundo y del otro, sin propósitos prácticos artificiales, sin sistema político alguno.

Desde cierto punto de vista, este libro parece vuelto de espaldas con relación a ciertos propósitos anteriores. Como el joven Descartes después de sus viajes, Ortega y Gasset, al regreso de sus primeras excursiones por la vida pública, vuelve a sus afanes estudiosos y a la investigación de sí mismo. El libro comienza justificando esta necesidad de emanciparse de la política, de la supeditación de lo teórico a lo útil. Más aún: con descubierta arrogancia, arroja el autor la primera piedra:

«Yo he buscado en torno — escribe —, con mirada suplicante de náufrago, los hombres a quienes importase la verdad, la verdad pura, lo que las cosas son en sí mismas, y apenas he hallado alguno...

¡Y he hallado tan pocos, tan pocos, que me ahogo! ... No he hallado en derredor mío sino políticos, gentes a quienes no interesa ver el mundo como él es, dispuestas sólo a usar de las cosas como les conviene. Política se hace en las academias y en las escuelas, en el libro de versos y en el libro de historia, en el gesto rígido del hombre moral y en el gesto frívolo del libertino, en el salón de las damas y en la celda del monje. Muy especialmente se hace política en los laboratorios: el químico y el histólogo llevan a sus experimentos un secreto interés electoral...»

¿Contradicción? No tal, sino perfeccionamiento, emancipación, salvación, en suma. El hombre puro había hecho de la política un ideal puro, y, al palpar la imposibilidad de dignificarla, se aparta, momentáneamente, del tráfago público; vuelve a su encierro con las Musas, y sube otra vez, desde el comercio con los hombres, al comercio con los libros: con lo mejor que hacen los hombres.

¿Quién duda que, a lo largo de la vida, Ortega y Gasset tendrá que descender muchas otras veces a la política, ante las imperiosas solicitaciones del problema español? En todo caso, este momentáneo despego nos hace comprender que no ha roto la escala, que no ha olvidado el camino, que siempre sabrá apartarse a tiempo — «dejarse», como decía

Gracián —, que nunca perderá de vista las categorías de su conducta, que no se repetirá en él la triste fábula española del pensador para quien los estímulos intelectuales no fueron sino un primer impulso abstracto hacia otras contiendas de orden menos espiritual. ¡Cuántos en España — oh, Cánovas; oh, Castelar — cambiaron la primacía intelectual por las confusiones de la furia política!

1916.

CRISIS SEGUNDA

NOSTALGIAS DE ULISES

El segundo tomo de *El Espectador* es otro alto en este proceso — proceso patético de una mente que se depura con sus propias virtudes. El viaje a América determina, en Ortega y Gasset, una honda y fecunda crisis.

Hasta aquí yo me figuraba — pronosticando con la intención — que el combate entre el escritor y el político había de ocurrir según la línea de mayor felicidad, y ahora no puedo disimularme que va tomando por una senda un tanto espinosa. En su reacción contra los males o peligros ambientes, Ortega y Gasset se ha ido amargando, se ha ido despechando de España. Si debo apreciar de algún modo las protestas con que, en voz baja, algunos reciben su nuevo libro, Ortega y Gasset ha rebasado un tanto los límites de la piedad. Ignoro si también los de la justicia: yo apenas comienzo a co-

nocer a España; yo no puedo ser juez. Aparte de que, desde 1898, oigo a los nuevos escritores protestar con ira contra los males de España.

Ello es que el viaje a América ha dado rumbo nuevo a esta investigación de sí mismo a que Ortega vive entregado. Porque este escritor se busca a sí mismo, sin cesar, con una inquietud de adolescente. Hay en él un yo no sé qué de niño heroico, que pone una vida sin malicia al servicio de una idea terrible.

El viaje a América no fué para él un viaje de recreo. Creyó descubrir en aquellas sociedades, que comienzan, con efervescencia, una nueva historia, el antídoto contra las dolencias de las sociedades caducas; creyó descubrir nuevas alegrías posibles, una existencia más amplia y digna, mejor acogida para la obra de un pensador; una posible rectificación total de las viejas equivocaciones, la probabilidad de recomenzar una vida más conforme con nuestra idea. En suma: podemos decir, con una sonrisa, que José Ortega y Gasset descubrió a América. La descubrió, en efecto, para sí mismo. América ha logrado así una envidiable conquista, y ha sellado un pacto de alianza con una de las voluntades más limpias y claras de que se honra la España joven. Agradecemos esa frase de cordial humorismo con que acaba el prólogo:

— En las páginas de *El Espectador* no se pone el sol.

Así sea: no se ponga el sol, ni veamos oscurecerse toda la alegría de una inteligencia, a fuerza de protestar contra los males ambientes. Porque, cuanto es el deleite con que el escritor recuerda su viaje, tanta es la desesperación — ésta es la palabra justa — con que convierte los ojos a su vieja España. A veces pierde la paciencia, y se diría que escribe con dolor. Y no era eso lo que queríamos para él sus amigos. Que se salve en buena hora el poeta, pero nunca a costa de su paz interior.

Es la vieja historia de Ulises: mal podemos ser dichosos de vuelta a Itaca — así nos espere la fiel Penélope de la patria — si hemos escuchado en otros mares el canto arrebatador de las sirenas. Y el símil tiene muy larga explicación; porque yo me temo — y no lo quisiera — que las sirenas que han seducido a nuestro Ulises sean, por mucho, verdaderas sirenas y, por lo tanto, engañadoras. Es decir: que yo temería que su entusiasmo por América estuviese también llamado a desvanecerse, como se ha desvanecido aquel hermoso sueño de reconstrucción de la patria, que inspiraba en otro tiempo las páginas de las *Meditaciones*.

Desde luego, su viaje a América se reduce, prácticamente, a la Argentina; y así, su visión de

América es más bien gozosa, pero es más bien limitada. La Argentina es la morada de las Gracias americanas. De las Gracias, como las definen los modernos mitólogos: el espíritu de los deseos realizados. La Argentina es la tierra de la felicidad gratuita: una gracia son todas sus virtudes y sus riquezas, y allí la felicidad se reparte gratis. Todo viajero que desembarca en Buenos Aires se siente envuelto en un fuego de hospitalidad y agradecimiento. Lo primero que quisiera decir es: «gracias, muchas gracias»; o «muchas Gracias», con mayúscula, que aquí da lo mismo. Si aquel personaje de Heine cantaba: «Tirilí-tirilí», al oír hablar de un viaje a Italia, yo sé de muchos que, al hablar de un viaje a la Argentina, rompen a gritar: «¡gracias, gracias!»

— Vosotros, mexicanos — me decía Leopoldo Lugones, en París —, sois casi como los europeos: tenéis tradiciones, tenéis cuentas históricas que liquidar; podéis *jouer à l'autochtone* con vuestros indios, y os retardáis concertando vuestras diferencias de razas y de castas. Sois pueblos vueltos de espaldas. Nosotros estamos de cara al porvenir: los Estados Unidos, Australia y la Argentina, los pueblos sin historia, somos los de mañana.

Ya sois los de hoy — le respondo yo ahora —. Vuestra innegable fuerza espiritual, argentinos, sólo

es comparable con vuestra prosperidad material. No en vano atraéis los anhelos de todos los hombres libres. Con todo, pensando en mi México turbulento, y sin duda alguna embarazado de porvenir, yo me decía, oyendo a Lugones, que tener historia es tener merecimientos... Pero, ¿qué tendrá que ver la moral con el éxito de las naciones, donde reinan — a cuatro patas — los dioses brutales de la fuerza?

Pues bien: si a nuestro escritor ha podido seducirle la América que ríe y que juega, ¿podría seducirle igualmente la América que llora y combate? Ha admirado el músculo en reposo, la belleza estatuaria de la línea que se recrea en su quietud robusta. ¿Admiraría igualmente el músculo que se contrae bajo el agobio de un duelo nacional? ¡Ay, el grito de Eneas se trueca en mis labios: también en América hay lágrimas para las desgracias! A medida que se sube hacia el Norte, la América nuestra va dejando ver sus entrañas. Hay la América que disfruta, en pujante y gustoso regocijo vital, los beneficios de su juventud y su riqueza. Y hay la que resiste el empuje de ambiciones y poderes oscuros, manteniendo con estoicismo, y casi en completa soledad, la afirmación de su derecho a la vida.

Pero, por ahora, dejemos al filósofo entregado al halago de un espectáculo risueño. No le pida-

mos que se entristezca más. Porque, conscientemente o no, este segundo volumen de *El Espectador* está preñado de amargura. Y escribir a fuerza de dolor es el peor método de arte. El *Pelícano*, de Musset, es una gran equivocación simbólica. Aulla la literatura española largamente, arrancándose los escritores sus propias entrañas...

No importa: asistimos a una crisis necesaria y benéfica. Mucho más que el contenido espiritual — tan abundante y jugoso — de este libro, nos importa ahora la conducta del héroe, la ética de este escritor ejemplar. Ahora lo vemos como a Laoconte, antes de desdoblar los brazos donde se enrosca, en dúplice anillo, la serpiente. Pero crecerá, porque es español. Dará de sí, más o menos pronto, un estallido de alegría superior, como viento matinal que ahuyente los últimos fantasmas de la pesadilla largamente rumiada. — No importa: hasta el Creador conoció el cansancio. Con agudo sentimiento de las debilidades cósmicas, el pueblo hebreo inventó el símbolo del sábado. Esperemos, esperemos aún. No hay que exigir tanto de los otros, ni de sí propio. Un día perdonará y se perdonará, olvidará y se olvidará un poco. Y descubrirá otra vez sus sonrisas, que estaban, todas, esperándolo, plegadas temerosamente las alas.

1917.

CRISIS TERCERA

MELANCOLÍAS DE FAUSTO

EDUCADO en ideales severos, el joven maestro empezó la vida impidiendo que se le pegaran los dejos de la tertulia de redacción, que en sus primeros años de letras pudieron haberlo contaminado.

Más tarde, a la hora en que el hombre escoge las dos o tres direcciones fundamentales de su conducta, la influencia de una ciudad alemana, la vida estudiosa, la disciplina filosófica de Cohen, fueron modelando su alma.

Prendió en ella el ardor de renovar a España, y vuelto a su patria, se hizo director de la juventud, señaló remedios a la política y orientaciones al arte; inquietó las almas nuevas: fué el Inquietador, mucho más que el Espectador, como él gusta de llamarse ahora.

Un viaje a nuestra América deslumbrante, en esa oportuna sazón en que comienza a oírse la voz del Demonio del Mediodía, acabó de ensanchar

generosamente las fronteras de esta alma que, abandonando la adustez casi ascética de otra hora (lector: yo también fuí un niño sin sonrisas, y te descubro, con profunda emoción, este proceso hacia la alegría), se abrió a una comprensión más vasta y plena de la vida, donde caben ya hasta la frivolidad y los juegos.

Y así, del camino recorrido por este viajero — en tan pocos años — resulta una gran lección de vivir la vida oportuna, dando a tiempo, a nuestros anhelos, lo que por derecho vital les corresponde.

Ortega y Gasset — como un Fausto todavía joven, pero ya con cierta trágica inquietud — cierra un instante el libro y alarga las manos hacia la imagen (¡ay, hacia la imagen voluble!) de la vida. Una gran sed, una noble sed, atraviesa su alma. La primavera y la flor, la mujer y la juventud, recobran su trono de honor en la conciencia; y aun la sensualidad de Don Juan resulta abolida y perdonada, porque era sincera y valerosa: porque no se daba por satisfecha con las mezquinas aventuras de todos los días.

Tal aquella nave que no se dejaba seducir por los puertos en que dormía las noches, por lo mismo que andaba en busca de otro puerto definitivo: el que no se encuentra en las costas de la tierra.

1922.

METAMORFOSIS DE DON JUAN

NUESTRO sentido simbólico trabaja hoy en torno a Don Quijote, a Hamlet, a Fausto y a Don Juan, como trabajaba ayer la mente religiosa de los gentiles en torno a Prometeo y a Hércules. En estas proyecciones sobrehumanas del hombre, aprendemos a conocernos. Reflejados en los espejos del cielo, se agigantan nuestros perfiles. Y como cada uno cuenta con un horizonte, con un espacio astronómico distinto, cada uno reduce o expande a sus medidas la transcendencia espiritual de los mitos.

Los mitólogos contemporáneos de España se ocupan ahora de Don Juan. No ya para rastrear los centelleos del motivo donjuanesco por toda la literatura española — motivo que se resuelve, como en dos constelaciones, en *El Burlador*, de Tirso, y en *El Tenorio*, de Zorrilla. Tampoco para sorprender los embriones de la fábula del Convidado de Piedra, o el tema del Seductor Redimido, o del Juan sin Miedo entre los Difuntos, comparando tradicio-

nes, leyendas y hasta dichos familiares de varios pueblos. No: ahora se trata de abstraer quintaesencias y destilar símbolos. Se trata de dar con la moraleja de la fábula que es Don Juan.

Ortega y Gasset, que trajo de su viaje a nuestra América una profunda preocupación por aquella parte del mundo que cae bajo los sentidos, rectifica ahora los excesos de severidad y adustez de una juventud cuyo mismo ardor produjo, de pronto, ese paradójico destello frío en que se consumen los mejores («se juzgó mármol, y era carne viva»). Ortega y Gasset ha arriesgado en explicaciones públicas, que las mujeres aplaudían con arrebato, la afirmación de que Don Juan es un héroe del idealismo. ¿Por qué? Por el simple hecho de que Don Juan, nunca contento de la última aventura, parece, en sus presurosas investigaciones de amor, empeñarse en la busca de algún ideal sumo que está más allá de todas las experiencias posibles. ¡Ya decía el Don Juan de Bernard Shaw que él nunca quedaba satisfecho, porque a la hora más feliz descubría el diente orificado, o el parecido masculino que anda siempre oculto en los rasgos de la mujer: el parecido con el hermano o con el padre! En suma: que Don Juan pretendía encontrar la Mujer Pura como un mal discípulo de Platón, como un verdadero principiante de filosofía; porque esa

joya perdida que Don Juan busca inútilmente en los ojos de las mujeres, asomándose a ellos con renovado ardor y alternativo despecho, y cuyo nombre hemos olvidado al nacer, esa joya parece que no se encuentra queriendo, sino amando. Y en este Pactolo que separa la acción de la contemplación, naufragan los sensuales.

Ramón Pérez de Ayala insistía hace años en que el tipo del seductor, que va fácilmente de un goce a otro, no representa, en manera alguna, el caso varonil más intenso y fuerte. Y el doctor Marañón — este joven doctor de moda en cuyos libros se encuentran curiosas averiguaciones sobre Polichinela, derivadas del estudio de las secreciones internas — apoya la intuición de Pérez de Ayala con razones científicas. Don Juan, según esto, casi es digno de compasión. Ni merece sus triunfos, ni verdaderamente los ha disfrutado jamás. ¡Cruel venganza retrospectiva contra el seductor que nos ha robado — virtualmente — el amor de tanta Doña Inés!

Hace todavía más años, Valle-Inclán había tratado novelísticamente el tema de la seducción, preocupado, sobre todo — como lo he explicado alguna vez (1) —, de crear un «Don Juan del paisa-

---

(1) SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS: 2.ª serie, página 24.

je», un amante que reacciona diversamente con el cambio de escenario natural y con el cambio de las estaciones del año. Acaso esta incorporación de lo subjetivo en lo objetivo represente la perfección del tema. Benedetto Croce, cuando analiza la evolución de Maurice Barrès — otro donjuanista — desde sus libros de sensorialidad voluptuosa hasta sus libros de nacionalismo ferviente, declara que entre ambos estados de ánimo hay un camino directo: el *pasaje* de uno a otro, dice — y pide perdón por el retruécano — es el *paisaje.* La misma sensación de caricia que experimenta Barrès cuando se recrea en la contemplación de Berenice, la experimenta ante los rincones y escenarios naturales de su país; y parece como haber descubierto una continuidad fundamental entre su propia epidermis y el suelo de su Francia.

Ramiro de Maeztu — en plena evolución de ascetismo — se conforma con lanzar a Don Juan un *vade retro,* como si le tirara a la cabeza un ejemplar de la Biblia que trajo de Londres.

«Azorín», en su *Don Juan* — libro de acendradas mieles de otoño — prefiere abordar al héroe romántico cuando está de vuelta del pecado, cuando ya, como en Amado Nervo, «cerrando los ojos las deja pasar». Lo recluye en un pueblecito de la vetusta España, hace de él un filántropo silencioso,

vestido de negro, en cuyo alrededor se desarrollan vidas humildes, y danzan — en larga delectación morosa — dos o tres tentaciones.

Y Ors, finalmente, juzgando el libro de «Azorín», pone el dedo en el misterio cuando declara que lo que verdaderamente nos repugna en Don Juan es lo vertiginoso, lo burda y groseramente apresurado de sus aventuras; su vida de alquilón o de taxímetro del amor; y ese apurar el vino de la existencia sin tomarle el gusto, como si lo bebiera con la garganta sola, sin labios y sin paladar. Don Juan, viene a decir, no es inteligente, y es éste su verdadero pecado, lo que no podemos perdonarle. No saborea, porque ignora la previsión y la memoria, estas dos orejas de la inteligencia. Su redención tiene que consistir, pues, no en cambiar el tema de su locura, no en cambiar el vértigo de aventuras amorosas por el vértigo de obras caritativas — como se cuenta de Mañara —, sino en tranquilizarse un poco, en aprender a gustar con más calma de la vida, en ser más contemplativo que activo, en amar más que querer, en ser más enamorado que político del amor. Y este es el prodigio que realiza «Azorín».

Y a propósito de Mañara, nuestro amigo Izquierdo nos decía hace poco en Sevilla:

— Mañara no tiene nada de común con Don

Juan. Un sevillano no se preocupa tanto por sus lances amorosos. A Mañara no le conduce al ascetismo el arrepentimiento de amor, sino el considerar esta vanidad de las cosas del mundo que está representada en la primavera de Sevilla: este relámpago que es la flor...

Y Enrique Díez-Canedo añadía, comentando a Ors:

— ¿Y no está, precisamente, el secreto de Don Juan en haber sido capaz de paladear el amor más profundamente que todos nosotros, a pesar de ir tan de prisa por los laberintos del goce?

Aquí nos acuden las palabras de Lope de Vega: «Soy como los ruiseñores — solía decir —. No me queda tiempo para amar: todo se me va en cantar el amor». Pero no hubo tal, porque Lope se daba tiempo para todo, verdadero monstruo de la Naturaleza. A Don Juan se le pasaban los días y las noches haciendo el amor. ¿Le quedaría tiempo de amar? Yo conozco, asimismo, algunos caritativos profesionales que, distraídos constantemente en empresas piadosas, no tienen tiempo de sentir la dulce emoción de la caridad.

* * *

Y aquí se abre una disputa sobre la celeridad en el disfrute de la vida, que puede dar origen a una nueva física (oh, Gourmont; oh, Einstein), y hasta a una nueva clasificación de las especies. Más vale interrumpirla a tiempo.

Madrid, Mayo de 1922.

APUNTES SOBRE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

I

JUAN RAMÓN Y LOS DUENDES

JUAN Ramón Jiménez se pasa lo más del día enclaustrado, escribiendo y, sobre todo, corrigiendo lo ya hecho: como él dice, «depurando la Obra». Casi anochecido, sale por la Castellana y se pasa un rato en la librería del Caballero de Gracia, que los aficionados llamamos «Los Alemancitos». En «Los Alemancitos» se le puede encontrar siempre, husmeando los libros nuevos. Levanta la cabeza — la noble cabeza de Greco — y nos clava esa mirada profunda y seria, negra y azul.

Es pariente espiritual de Góngora. Sus rasgos lo recuerdan. A veces sonríe, pero hay en su sonrisa algo terrible, como una amenaza de mordisco. Juan Ramón es implacable y puro. No soporta lo que no es perfecto. Se aleja de los hombres a quienes no estima plenamente. Cuando da la mano, parece que da una sentencia de aprobación. Prefiere

la soledad de oro. Y es un sacerdote del silencio. Goethe se veía obligado a escribir con lápiz, porque el rasgueo de la pluma interrumpía su recogimiento poético.

Juan Ramón necesita, exige de la vida el más completo y absoluto silencio en torno a su trabajo.

En la calle del Conde de Aranda, donde vivía antes, se compuso un cuartito sordo, acolchado, que le costó mucho dinero y paciencia. Los obreros no le entendían, y él mismo se equivocaba al principio en la elección de los medios.

Comenzó por forrar los muros de corcho. Pero yo, que tenía mis dudas, consulté a un mecánico belga, vecino mío. Y mi vecino me explicó que el corcho interrumpe las vibraciones motrices, pero no las acústicas; que contra los ruidos, lo mejor era el fieltro.

Juan Ramón rehizo la obra, apuró un poco, y al fin dió con una sustancia ensordecedora especial que le trajeron de los Estados Unidos, donde la cosechan para sanatorios de hombres fatigados. El resultado fué fantástico.

— Parece — decía el poeta Moreno Villa — que le arrancan a uno los tímpanos al entrar aquí.

Pero lo peor no era esto, sino que se apagaba del todo la atmósfera sonora, ese ambiente o baño

de rumores indefinibles en que vivimos como sumergidos; que se borraba, en fin, el fondo del paisaje — ¡pero en cambio, resaltaban, únicos, individuados, inextintos y más discernibles que antes, los ruidos más fuertes, los ruidos esporádicos, acaso los más turbadores de todos! Así, el fonógrafo de al lado, el loro del piso bajo, el pavoroso *chas* que lanzan los muebles de tiempo en tiempo (oh Machado) y, sobre todo, la pianola de las cubanas de arriba, que todo el día bailaban tangos argentinos con unos tacones matadores. . .

— Estoy seguro — decía en su exasperación el poeta — , estoy seguro de que usan tacones metálicos.

Al fin, derrotado, decidió mudarse. Pero, como en el cuento alemán, el duende de los ruidos desagradables se escondió en la escombrera del carro de mudanzas y, sacando la cabeza, le dijo:

— Con que nos mudamos, ¿eh?

Y en la nueva morada — una pequeña terraza de una de las calles más amplias y señoriales de Madrid (aquí a poco andar) — se oía de tiempo en tiempo el chirrido del tranvía en la curva y, al anochecer, el grito de la castañera.

Juan Ramón se ha acostumbrado a levantar la pluma y suspender la labor unos segundos, mientras acaba su quejido el tranvía. Y en cuanto a la cas-

tañera, afortunadamente ha desaparecido con el buen tiempo, pero llegamos a pensar en pagarle un anuncio luminoso o algo parecido, para que se abstuviera de lanzar su pregón y dejara en paz al poeta.

El otoño pasado, el escritor y diplomático venezolano Pedro-Emilio Coll regresó del veraneo con un extraño mal nervioso: traía mucho ruido en la cabeza. Y el travieso mago de Pombo, Ramón Gómez de la Serna, imaginó un diálogo chusco entre Coll y Jiménez, en que éste acababa por huir, ante el estrépito intercraneano de aquél.

«Azorín», curioseando un día en las ediciones escolares de Hachette, le descubrió un antecedente a Jiménez: resulta, pues, que Lamartine padecía del mismo mal y también había caído en el error del cuarto acolchado, según consta por un grabado de la época. Sólo que Lamartine tenía un cuarto al parecer espacioso, y el de Jiménez era diminuto; aunque daba la ilusión del espacio, y aun del aire libre, un espejo que duplicaba la longitud y reproducía la ventana de la calle.

Juan Ramón ha llegado a soñar en construir un barrio, en una plaza apartada, para gente fina, que sepa respetar el trabajo de los demás y adore el silencio como la mejor forma de comunicación entre vecinos.

Y entre tanto, se encierra a fabricar sus estrellas, continuamente, incesantemente. Hasta que le rinde el trabajo y le vuelve la sed de hablar con los pocos amigos que ha sabido escogerse.

— Y ¿qué tal de labor, Jiménez?

— No muy bien: entre ayer y hoy, la dilatación atmosférica del calor ha aumentado de un modo apreciable la intensidad de los ruidos.

Y este hombre severo, superior, grave maestro estético y fiero encabritador del verso, nos aparece de pronto como un San Sebastián barbudo y exangüe, de mirada casi cruel, atado a un árbol y acribillado por las flechitas del ruido.

Primavera de 1922.

II

JUAN RAMÓN Y LA ANTOLOGÍA (1)

EL arte de Juan Ramón Jiménez está cifrado en esta poesía:

> ¡Palabra mía eterna!
> ¡Oh, qué vivir supremo
> — ya en la nada la lengua de mi boca — ,
> oh, qué vivir divino
> de flor sin tallo y sin raíz,
> nutrida, por la luz, con mi memoria,
> sola y fresca en el aire de la vida!

Donde, a un gran designio de conquistar la gloria — la alta moral del griego — se une un sentimiento de que la obra debe ser cosa purificada de las materialidades del poeta. Sin nada pasajero ni accidental, nada que se vaya con el cuerpo a la tumba. Donde la *palabra eterna* quiere decir, no

---

(1) Con motivo de la *Segunda Antología Poética*, «Colección Universal» de Calpe, 1922.

un elogio que el poeta se aplica a sí propio, sino una actualidad permanente, hecho nítido, todo de hoy, todo vital, sin curiosidades arqueológicas, sin pasado, íntegramente valioso en todos los momentos presentes; y, en suma, el misterio lógico de la perfección como lo define Santo Tomás: acto puro, sin blanduras de potencia o posibilidades dormidas: acto puro, realización absoluta.

Pero meditemos sobre todo — oh maestros y oficiales de la palabra — en la «flor sin tallo y sin raíz», que es también la flor absoluta: la belleza que persigue Platón, arrancada ya a todos los órdenes de necesidad — tallo y raíz — que la sustentan y nutren por abajo; fin último de la creación de las cosas, y única justificación de Dios ante los Titanes que le interrogan.

Así, pues, la obra acabada del poeta tiene que ser una *antología:* junta de flores, cosecha de corolas solas.

Mientras vivimos — repetía Rodó — nuestra personalidad está sobre el yunque. Tal es la doctrina de la vida como una perenne educación — ideal de Goethe. Mientras vive el poeta — nos dice Juan Ramón Jiménez — el libro, la obra, tienen que reflejar una mudanza constante, progresando en grados de excelencia. Tal es la filosofía de la vida como una creación perenne.

No basta: la vida toda del creador debe exhalar un poema solo, en que cada instante rinda su tributo necesario al conjunto. Todas las poesías de un poeta — continúa pensando Juan Ramón — son fases de una sola poesía. Y de aquí la doble necesidad, por una parte, de revisar continuamente cada verso, cada poesía, cada página y cada libro — de suerte que cada nueva edición desespere a los eruditos con sus mil problemas de variantes y retoques, más o menos sensibles a los extraños, pero exigidos por la severidad del juez interior; y, por otra parte, de reorganizar incesantemente el conjunto de obras — la Obra — buscando el contorno definitivo de la constelación del alma y el sitio terrible de cada estrella.

Tal, para el poeta infatigable — para el que lo es plenamente — , aparece la empresa total de la poesía. De suerte que la labor misma de Juan Ramón tiende a crear una Antología de sus libros, una Antología renovada de tiempo en tiempo, al paso que la vida insaciable promueve en la mente del poeta nuevas acomodaciones del mundo. Juan Ramón asciende por la escala de Diótima, y las bellezas particulares, mezclando sus minúsculas curiosidades y agrados, van recomponiendo a sus ojos una corona superior de belleza, la Belleza única y evidente. No concibo tarea más heroica, tarea más

alta, más digna de emplear las fuerzas de un hombre, aun cuando de paso le imponga un sacrificio constante y un diario ejercicio de renunciación.

Porque, sin valor para rechazar, no es dable escoger. El poeta, después de haber acumulado en los libros de ayer algo como los borradores de su obra — que ya bastarían a cualquiera, menos descontentadizo y menos torturado de perfección, para reclamar su derecho al ocio — comienza ahora a preferir; es decir, a rechazar (también a rehacer). No todo lo que se hizo está bien hecho—dice para sí—. Juan Ramón, como director de su biblioteca, nos ayuda a entenderlo como maestro de sus poesías: todos los días rechaza un libro, o cambia una colección de obras completas por un volumen de páginas escogidas; y, a veces, sé que está dispuesto a conservar, de todas las páginas escogidas, una sola. Ahora naufraga todavía — es la palabra — entre un océano tempestuoso de papeles y libros. Paciencia... Todo se acabará mañana. Los libros esenciales quedarán en sus radios; pocos e inevitables, testigos de mayor excepción para la soledad del trabajo. Y las infinitas cajitas donde hoy va guardando, con una exactitud de entomólogo, sus cuartillas de primero y de segundo intento, alcanzarán la recompensa — ¡ay, provisional, puesto que la vida se interrumpe! — de cristalizar en una Antología.

La fuerza de rechazar — dice Juan Ramón — mide la capacidad moral de un hombre, en el orden de la conducta; mide la verdad de su estilo, en el orden del arte; mide, finalmente, en el orden de su vitalidad, el peso de su creación. Por eso parece que se queda algo aislado todo el que escoge; algo recluído. Sólo se le ve en ciertos sitios — los sitios ciertos —. Sólo habla con ciertos amigos — los amigos ciertos — . Sólo publica ciertos libros — los libros ciertos — . Vive de lo fundamental: «Piedra y Cielo». Busca sólo lo fundamental: «Eternidades».

APUNTES SOBRE VALLE-INCLÁN

I

VALLE-INCLÁN A MÉXICO

I. ¡Cuántas tardes así! — Desde la terraza del Regina, hemos visto, juntos, morir las tardes, desmenuzadas en el telar de dos relojes públicos: uno, el de la Equitativa, célebre desde que un chusco lo rifó (teóricamente, ya se sabe); el otro — espectral — cogido como por milagro entre la tablazón que oculta las obras del Banco de Bilbao. A medida que anochece, las dos esferas se van congestionando de luz; y es una gloria ver morir el tiempo bajo la lanzada de Longinos.

Don Ramón — que quiere darse una fiesta — ha pedido una golosina:

— ¡Cherry Brandy!

La tiene emprendida contra los impresores de todo el mundo, contra *El Sol*, contra la Papelera Española. . .

A poco, discutimos puntos teológicos.

— Usted, Reyes, es tomasiano. Yo soy místico; es decir, hereje.

— En efecto; para mí la religión es asunto de razón y de idea, no de emotividad.

... Y la urdimbre, recia y maciza, de la conversación, que anula el Espacio y el Tiempo, para que sólo exista la Causa.

Los ojos de los relojes parpadean. Ya no reparamos en los transeuntes. Don Ramón explica el misterio del Paracleto, y lo pinta con el índice — palpablemente, yo lo he visto — sobre la mesa de mármol del café.

II. Don Ramón se va a Pontevedra. — Un día, don Ramón se nos fué de Madrid. La tertulia del Regina perdió las nueve décimas partes de su interés.

Nos hacía falta «el otro manco».

De regreso a mi casa de Pardiñas (éramos vecinos entonces), ya no veía yo aquella figurilla negra con rostro de marfil, envuelta en la capa, trotando ligeramente por los descampados del barrio de Salamanca, sobre el fondo monótono de una cerca, bajo las filas de acacias y faroles.

— ¡Las cosas que nos va a contar don Ramón,

cuando vuelva de la Puebla del Caramiñal! — nos decíamos para consolarnos. (Acababa de ocurrir un naufragio, y los restos habían caído por las costas que Valle-Inclán frecuentaba.)

Y Araquistáin advertía que don Ramón debiera tener un Eckermann dedicado a recoger sus conversaciones. ¡Cuántas lecciones de estética perdidas! No hay otro como él en España.

Había dejado a la familia en la Puebla, donde él asegura que es chalán y se ocupa en vender ganado. (Y, por cierto, habla de los animales domésticos con la misma sabiduría de Virgilio.) Había venido solo a Madrid, donde pronto recobró su puesto avanzado y — aunque parezca absurdo en quien ha sido admirado siempre — se hizo conocer otra vez de la juventud.

Su vida parecía resolverse en aquella fórmula de sabiduría abreviada que propone Baudelaire en su diario íntimo: *toilette, prière, travail.* Siempre que añadamos: «y tertulia».

Por las mañanas, dormía. Almorzaba cerca de la una, y antes de las tres (siempre andaba a pie y muy de prisa), ya estaba en el Ateneo, dirigiendo los ensayos del Teatro de la Escuela Nueva, aconsejando a Rivas Cherif más energía y sobriedad, o

más gracia y soltura a Magda Donato; representando los papeles de todos; creando de nueva cuenta las obras con sus interpretaciones personales.

Al anochecer, el día se le iba poniendo soportable. Entonces se resolvía a callejear, acompañado de algunos amigos silenciosos, còmo Luis Bilbao, el imponderable.

A las siete, ya estaba en el café Regina, donde le guardábamos siempre su sitio de honor.

Yo no sé a qué hora ni dónde cenaba, pero él ya no regresaba a casa, y seguía de tertulia continua toda la noche, cuándo en el Café Inglés, de torerísima memoria — donde soportaba a Ricardo Baroja, por ejemplo —; cuándo en el Liceo de América, donde — a pesar de todo — había descubierto que hay un jardinillo admirable para una noche de verano.

La conversación lo estimula, lo pone en acción intelectual. El amanecer le sorprende impávido — como a Sócrates en *El Banquete* — entregado con serenidad a los deleites de la charla. Es su creación artística genuina. El tiempo de regresar a casa, y ya está llenando cuartillas: de una sola vez, sin volver atrás, numerándolas antes de empezar a escribir, con una fluencia magistral, con ritmo y vuelo de perfección subconsciente.

Este hombre platónico sabe siempre de ante-

mano lo que va a decir y a escribir. Procede por arquetipos, por grandes ideas previas; y deja rodar las consecuencias hacia los hechos particulares, con esa seguridad y confianza del que ha dominado por completo las disciplinas técnicas.

Pero, ¿a qué hora escribe Valle-Inclán? A la hora veinticinco sin duda. Una hora que él se ha encontrado por las afueras del tiempo, como quien encuentra un escondite. A ella llega solo, de puntillas, «temblando de deseo y fiebre santa». Se encierra en ella, y... Sus últimos meses de Madrid han sido de una hermosa fecundidad. En el «Esperpento», su último género tragicómico, está todo él, con la fantasía de sus conversaciones y su amenidad misteriosa. Hasta la lengua en que escribe es ya una cosa muy propia y suya. Escribe la prosa «en Valle-Inclán» — un idioma hecho para uso de su alma, por afinidad electiva y selección natural.

Pero, un día, don Ramón se fué a Pontevedra.

III. Don Ramón se va a México. — Yo estaba en San Sebastián cuando recibí el encargo de convidar a Valle-Inclán para las fiestas del Centenario de la Independencia Mexicana, como huésped de

honor de la República. — Le telegrafié a la Puebla del Caramiñal. Le telegrafié con cierto vago temor. . . ¡Hay por ahí cada Pío Baroja, escritor de aventuras por tierra y mar, novelista del hombre de acción y conspirador honorario, que no sería capaz nunca de embarcarse rumbo a la inquieta América! . . .

Pero don Ramón resistió la prueba. Cuando acaso estaba más entregado a su familia y a los placeres aldeanos, rusticando por la pintoresca Galicia, oyó el campanillazo de la aventura. Y, a vuelta de telégrafo, decidió partir.

Yo me imagino fácilmente la emoción con que Valle-Inclán recibe el llamado de México. Valle-Inclán estuvo en México hace años. Era todavía desconocido. Tal vez México está, para él, asociado a las primeras revelaciones del Espíritu.

— México me abrió los ojos y me hizo poeta. Hasta entonces, yo no sabía qué rumbo tomar — me dijo un día.

Y en una ocasión, en el Ateneo, explicaba sus primeros años en Santiago de Compostela; su vida de larva; su aburrimiento de muchacho, entre la Universidad y la casa de juego — toda esa angustia de la provincia, que clama al cielo por las torres de todas las Catedrales de España.

Y terminaba así, en un grito del corazón, que

sólo resulta una paradoja para los que nunca han escuchado de cerca la voz de sus profundos estímulos:

— ¡Y decidí irme a México, porque México se escribe con *x!*

¿De suerte, querido maestro Unamuno, que esa *x* de México, en que usted veía hace algunos años el signo de la pedantería americana, tuvo la virtud de atraer a Valle-Inclán, y hacerlo poeta? ¡Oh, *x* mía, minúscula en ti misma, pero inmensa en las direcciones cardinales que apuntas: tú fuiste un crucero del destino!

Ya en adelante, por toda la obra de Valle-Inclán, creo ver estallar, aquí y allá, la *x* de México, como un recuerdo pertinaz. Este amigo del chocolate y la marihuana se complace en evocar las visiones de Mérida y de Veracruz, y en sus «esperpentos» del último estilo hay mexicanismos en abundancia, como una incorporación definitiva de la sustancia del recuerdo.

IV. Envío. — Aquella noche, nos hartamos de hablar de México. Usted, don Ramón, revolvía sus memorias, y hacía desfilar a nuestros ojos sucesos y hombres.

— Sóstenes Rocha, el General Sóstenes Rocha

salía a caballo por las calles en cuanto había «mitote». Era un hombre con una cara de león, que bebía aguardiente con pólvora...

— Y si volviera usted a México, y lo encontrara igual, ¿lo amaría usted aún?

— Sí.

— ¿Y si lo encontrara completamente cambiado?...

— También lo amaría, también.

Usted, don Ramón, es a toda hora el mejor amigo de México. Lo ama usted en sus cualidades, y comprende (y quizá los ama también un poco) sus defectos. Lo ama usted en su quietud y en su turbulencia. Lo ama usted por el lago y por el volcán.

Usted maldice, con todas las conciencias honradas, al falso apóstol que se espanta de que la libertad se engendre entre rayos, y se asusta de las guerras civiles. («¡Las más legítimas de todas!», he oído gritar al bravo Unamuno en una asamblea.) Usted maldice, con todos los varones cabales, al falso amigo que alarga dos veces la mano, una para recibir la hospitalidad y otra para regatear el precio de sus elogios o sus injurias. Usted, por el simple hecho de aceptar la invitación de México, ha devuelto — en nombre de España — el equilibrio a la balanza moral.

Séanle gratos el cielo y el suelo de Anáhuac. Del «entresuelo» nada digo, porque usted (contra la opinión expresada en un famoso epigrama por la duquesa de Salm-Salm) lo ha declarado ya adorable. Y del subsuelo (oro, petróleo), en mi calidad de hombre prudente, no me atrevo a chistar palabra.

Madrid, Agosto de 1921.

II

LAS «FUENTES» DE VALLE-INCLÁN

Los escritores de España acaban de ofrecer un banquete a Valle-Inclán, sin más ocasión ni pretexto que el celebrar su obra literaria. Unamuno habló en nombre de todos, y Valle-Inclán, en su respuesta, hizo algunas declaraciones que la historia literaria tiene obligación de recoger.

Casares, en su libro *Crítica Profana,* acusa de plagio a Valle-Inclán: en la *Sonata de Primavera,* dice, reproduce unas páginas de las *Memorias* de Casanova. Valle-Inclán le contesta ahora: en efecto, en tiempos en que tales *Memorias* no andaban todavía en todas las manos, creyó oportuno aprovechar, a título de documentación auténtica sobre la Italia de la época, unas páginas de Casanova. Galicia, Navarra, México, todos los demás escenarios de sus *Sonatas* le eran conocidos. No así Italia, donde acontece el episodio de la *Sonata de Primavera.* A guisa de fragmento de realidad, y para

envolverlo y mezclarlo abundantemente en su obra de creación propia, dispuso de un pasaje de Casanova.

En verdad, el procedimiento es completamente legítimo. Equivale — dice él — a tomar un rincón del cuadro de las «Meninas», de Velázquez, e incrustarlo en una tela mucho mayor, añadiéndole retazos por todos lados. En los cuadros de los pintores que representan, por ejemplo, un taller (¡oh jugoso y paradisíaco Brueghel!), ¿no vemos, a veces, reproducido sobre un caballete del fondo, en miniatura, algún cuadro célebre de pincel ajeno?

Finalmente, el escritor se extraña de que pueda Casares alardear de su descubrimiento, cuando en la misma *Sonata de Primavera*, Valle-Inclán indica sus fuentes en estas palabras textuales:

«— ¿Acaso conocéis este libro?

— Lo conozco porque mi padre espiritual lo leía, cuando estuvo prisionero en los Plomos de Venecia.

María Rosario, un poco confusa, murmuró:

— ¡Vuestro padre espiritual! ¿Quién es vuestro padre espiritual?

— El Caballero de Casanova.

— ¿Un noble español?

— No; un aventurero veneciano.

— ¿Y un aventurero. . . ?

Yo la interrumpí:

— Se arrepintió al final de su vida.

— ¿Se hizo fraile?

— No tuvo tiempo, aun cuando dejó escritas sus confesiones.

— ¿Como San Agustín?

— ¡Lo mismo! Pero, humilde y cristiano, no quiso igualarse con aquel doctor de la Iglesia, y las llamó Memorias.

— ¿Vos las habéis leído?

— Es mi lectura favorita.

— ¿Serán muy edificantes?

— ¡Oh!... ¡cuánto aprenderíais en ellas!... Jacobo de Casanova fué gran amigo de una monja en Venecia.

— ¿Como San Francisco fué amigo de Santa Clara?

— Con una amistad todavía más íntima.

— ¿Y cuál era la religión de la monja?

— Carmelita.

— Yo también seré carmelita.»

Más claridad no puede exigírsele a un artista. Hay siempre un sentimiento de pudor, de pudor lícito, de buena estética y buena educación, en no andar descubriendo el revés de los tapices que tramamos.

Con mejor sentido procedió Solalinde, al señalar, en la *Revista de Filología Española,* hace dos años, otra fuente de Valle-Inclán, el *Mateo Falcone* de Mérimée, que seguramente inspiró el cuento *Una Nubecilla* del escritor español. En ambos hay una delación: allá, el hijo de Falcone, a quien éste mata para castigar su traición; aquí, la mujer de un

guerrillero, a quien éste da igual castigo. La escena final, particularmente, descubre la influencia del maestro francés. «Señalamos — decía Solalinde — esta evidente influencia sobre el novelista gallego, no con el intento de revelar un plagio — revelación desacreditada y que da siempre lugar a disquisiciones triviales —, sino con el deseo de aportar un dato que ha de servir al futuro historiador de la obra de Valle-Inclán.»

Finalmente, Enrique Díez-Canedo acaba de señalarme otra influencia sobre Valle-Inclán: la del portugués Teixeira de Queiroz.

— Para encontrar influencias sobre España — me dice el autorizado crítico — basta abrir los libros portugueses. Por lo demás, la recíproca es igualmente verdadera.

Este análisis no perjudica ni empequeñece nunca al artista. Otro tanto puede hacerse con Shakespeare, con Lope de Vega; lo propio con Anatole France o con D'Annunzio. — Y con todos, con todos.

Ya, en Anatole France precisamente, Santa Catalina observa, con encantadora pedantería: «La imaginación no crea: combina y compara».

Madrid, primavera del 1922.

III

VALLE-INCLÁN Y AMÉRICA

POR mil partes aparece América en la obra de Valle-Inclán: a veces, de caso pensado; otras, en un vago fondo inconsciente — si es que puede hablarse de inconsciencia para un escritor que pondera siempre las siete evocaciones armónicas de cada palabra.

En la *Sonata de Estío*, encontramos la Niña Chole, la mestiza dulce y cruel que el Marqués de Bradomín descubre entre las ruinas de Tuxpan, envuelta en el rebocillo de seda y vestida con el hipil de las antiguas sacerdotisas, sobre un paisaje de piedras labradas y arenales dorados, palmeras, indios y mulatos con machetes, y cabalgaduras llenas de plata. — Preciosa miniatura que apenas enturbia cierta frase de la Niña Chole sobre «el flete de Carón», que el negro de los tiburones va a pagar en el otro mundo.

Aquí inaugura el maestro la interpretación artística, sutilizada, del ambiente mexicano, esco-

giendo las escenas, las palabras, los tipos más cargados de color; solicitando levemente los datos de la realidad para que todos resulten expresivos; trasladándonos a un momento convencional del tiempo, donde puede juntar lo más mordiente y vivo de los rasgos de algunas épocas. Así, aplica a los asuntos americanos el procedimiento con que trataba los temas peninsulares; aprovecha las sugestiones de los primitivos cronistas y soldados, que usaron de la pluma de las memorias cuando ya no podían más con la espada de las hazañas; o tal cual fugitiva evocación de la América de Chateaubriand — este verdadero creador de la «selva virgen», donde los árboles gritan como en Dante —; y procura siempre aquella objetividad parnasiana del Flaubert de la *Salambó*, sobre cuyo fondo estrellado corren poco a poco los velos de una melancolía católica y céltica, trémula de lágrimas y palpitante de insaciables anhelos —. «Es la noche americana de los poetas» — suspira el Marqués, doblado en la borda de la «Dalila» —, y sentimos que en sus palabras tiembla el llanto.

Por las páginas de *La Lámpara Maravillosa* se percibe también la obsesión de los recuerdos americanos: «En la llanura sólo florecen los cardos del quietismo. El criollo de las pampas debe a la vastedad de la llanura su alma embalsamada de silen-

cio, y si alguna emoción despiertan en ella los ritmos paganos, es por la mirra que quema en el sol latino la lengua de España». Y aquella adivinación: «Todo el conocimiento délfico de los ojos es allí convertido en ciencia de los oídos, y en sutil aprender de topos. Se siente el paso de las sombras clásicas, pero ninguno puede verlas llegar. Los pueblos de la pampa, cuando hayan levantado sus pirámides y sepultado en ellas sus tesoros, habrán de hacerse místicos. Sus almas, cerradas a la cultura helénica, oirán entonces la voz profunda de la India Sagrada». Ésta idea se afirmará más tarde, con el segundo viaje a México.

En *La Pipa de Kif*, «La Tienda del Herbolario» es una aromática bodega de olores americanos; con especial predilección por el rasgo exótico y — si es posible — grotesco, correspondiendo a la estética del poema. El poder sintético es desconcertante, y esa Jalapa, ese Campeche, esa Tlaxcala entrevistos a través del humo de la marihuana, como lindos monstruos de alucinación y recuerdo, no se olvidan más. Decididamente, Valle-Inclán prefiere la América mexicana: la más misteriosa y la más honda.

Y finalmente, en los «Esperpentos» y creaciones últimas, hay un recuerdo, que va y viene, de las palabras mexicanas, de los giros y los equívocos mexicanos. Es un murmullo que anda por la parte

liminar de su alma, pero el escritor lo deja sentir con plena conciencia de lo que hace. Los que estamos en el secreto, saboreamos y sonreímos. Y agradecemos esta dignificación artística que don Ramón concede a tal o cual disparate humilde de nuestro pueblo, a tal o cual injuria recogida en labios de un jarocho de la costa o de un charro del bajío.

Pero, sobre todo, América ha sido para Valle-Inclán algo como un empuje oportuno de la vida, un deslumbramiento eficaz, que le abrió los ojos al arte. «Y decidí irme a México, porque México se escribe con *x*.» De aquí, de este primer viaje, procede el milagro de Valle-Inclán. El hombre que México le devolvió a España, contenía ya todos los gérmenes del poeta.

En plena época colonial, Baltasar Dorantes de Carranza hablaba de las Indias con abominación, y a la vez, con mal encubierto rencor de amor: «¡Fisga de imaginaciones! — decía — ¡Anzuelo de voluntades!» La imaginación y la voluntad de los españoles peninsulares volaban hacia América, que ejercía en la vida de la raza una función tónica, de ideal, de golpe de viento purificante. Igual función sigue desempeñando América para los españoles más altos, durante el siglo de Independencia: Castelar vuelve a ella los ojos con esperanza y con alivio; se cura de sus tormentas políticas, enviando

sus confidencias y desahogos a los lectores de América. Unamuno — cuyo padre vivió en Tepic, y que aprendió a leer hojeando libros mexicanos — declara un día, entre melancólico y soberbio: «Si yo fuera joven, emigraría a América». Ortega y Gasset trae de América un secreto de fantasía renovada semejante al de Fausto. Y a Enrique Díez-Canedo le es tan familiar la literatura americana, que, acaso por primera vez, se vuelve, bajo su pluma, un capítulo de la literatura española.

Valle-Inclán escribe — y sueña con México. De su segundo viaje trae dos experiencias profundas: 1.° persiste la lucha entre el indio y el encomendero (encomendero que no es necesariamente español, como él parece suponerlo): la pugna entre el individualismo europeo, yuxtapuesto artificialmente sobre los hábitos de la raza vencida, y el gran comunismo autóctono que encontró Cortés, que la Iglesia amparó en cierto modo, como único medio de salvar a las poblaciones indígenas, y que las leyes de Indias respetaron teóricamente, hasta donde era compatible con la necesidad de repartir premios y riquezas a los conquistadores. 2.° México es un país vuelto hacia el Pacífico, que huye del Atlántico y se hincha de magnetismos asiáticos. Conserva el rastro espiritual de los juguetes sagrados que la Nao de China traía desde el Parián de

Manila al Puerto de Acapulco, de donde pasaban a México, camino de Veracruz, rumbo a Sevilla. Esta gran circulación oceánica explica sus inadaptaciones y sus extrañas reservas de fuerza y de esperanza. Tal idea — que pudo parecer paradójica a nuestros amigos madrileños — es la clave del Enigma mexicano: la *x* de México. Se ha dicho de la bíblica Ester: «Dos naciones hay en tu seno». Pero hay que interpretar el Texto: «Y realizarás tu destino cuando juntes las dos sangres en una». Ciertamente, de los nuevos directores espirituales del indio americano puede asegurarse — como Valle-Inclán lo presentía pocos años antes — que tienen el oído atento a las enseñanzas de la India, esta gran mestiza de arios blancos y dravidios oscuros.

Hay muchos que aman a América en su bienestar y en su sonrisa. Valle-Inclán resiste la prueba de la verdadera simpatía americana: a él lo que de América le enamora es aquella vitalidad patética, aquella cólera, aquella combatividad, aquella inmensa afirmación de dolor, aquel hombrearse con la muerte (1).

---

(1) Con anterioridad a estos apuntes, he publicado algunas notas sobre Valle-Inclán: «Valle-Inclán, teólogo» en los *Cartones de Madrid* (México, «Cultura», 1917); «La parodia trágica» (a propósito de *Divinas palabras*), y «Bradomín y Aviraneta», en la 2.ª serie de SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS.



APUNTES SOBRE MARIANO DE CAVIA

EL SOLITARIO Y SU TIEMPO. — Cavia era un viejo de café. Pertenecía a ese Madrid que va pasando. Los solitarios juntan sus soledades en torno a la mesa de mármol... y siguen tan solos como antes. Son los puerco-espines del filósofo, que intentan frotarse unos contra otros cuando tienen frío. En su vida sin intimidad ni efusiones, no hay mujer ni hay silencios plenos de alma. Todo es cambiar palabras ingeniosas con los contertulios. ¿Quién se acuerda de su madre o su hermana? Y no hay mayor desamparo que el regreso a casa, en la soledad de la media noche. Por ese Madrid me decía una artista finlandesa: «Madrid, la ciudad para hombres solos...»

EL VICIOSO. — El vino y la gramática son vicios que engendra la soledad, y que acaso, acaso, la confortan. El agua en la copita (para disimular) y el aguardiente en el vaso de agua. Y junto al vaso, abierto a toda hora, el Diccionario. — Que si car-

necería, que si rosaleda, que si balompié, que si «notas para andar por casa...» ¡Daba tristeza ver que los diarios trataran de cosas gramaticales! Era ésta una manía española que hacía pensar en la Inquisición. Útil tal vez. Triste utilidad barrer las calles.

El periodista puro. — Escritor que se quedó en periodista — dicen; político que se prefirió periodista — dicen. Unamuno cree que lo salvó de la política el no ser orador, porque la oratoria compromete. Pero ¿y «Azorín»? No: el que posee la expresión pronta y fácil, no necesita más. Como el público le hacía caso, no aspiraba a más. Como era solitario, le convenía hacer de orgulloso. No hizo aprecio de la Academia. No fué a ver al Rey. El se estaba en su caverna (en su taberna). Y la condición del hombre de la caverna, que es la negligencia, a veces resulta superioridad desdeñosa.

El hombre vulgar. — Tiene razón Gabriel Alomar: unos luchan por educar al pueblo, y otros prefieren seguir la corriente y hablarle al vulgo en

necio para darle gusto. Pi y Margall protesta, solitario, cuando la guerra de la Colonia, y Cavia sale a la calle con su banderita de zarzuela.

¿Y EL ARTISTA? — Fecundo como Lope de Vega, ingenioso y oportuno como de buena cepa española, pone música a la actualidad: que no ideas. (Entendámonos: a lo que en las hojas diarias se llama «actualidad».) Hace epigramas: no define. Pulsa el hecho sensacional; consulta una Enciclopedia; piensa un instante: se le ocurren seis o siete «ideícas». Las desarrolla, cada una en una cuartilla aparte, y, a ser posible, cada una en una sola frase rotunda. ¡Gran arte de cronista! Después ordena las cuartillas, y el todo es como un pequeño poema en estrofas, con algo de canción lírica y cierta alegría comunicativa que gusta al pueblo. Su tema mejor era el recuerdo: el ruido del Ebro, en su infancia; el coronel Fulano, que pide su retiro; el cocinero Mengano, que acaba de morir...

...Pero... dice Araquistáin que la obra del periodista, prendida a la sustancia fugaz del día, es pasajera como el tiempo.

Il perira, je crois, tout entier.

HUÉSPEDES

I

DOS ITALIANOS

PASAN ahora por Madrid dos emisarios de la amistad italiana. Uno es el representante de la Italia blonda y el otro de la Italia morena. Aquél, un anciano; éste, un joven. Aquél, blando de apariencia, cortés y florido (aunque con perfil militar); éste, algo seco de aspecto, llano como un hijo de Castilla, acometedor y eficaz.

El senador Guido Mazzoni, amigo y discípulo de Carducci, es hombre cuya vida aspira a desenvolverse en aquella fórmula de la «culta repartición del discreto», que proponía Gracián, dando tiempo a los cuidados de la política, pero sin prescindir por eso de sus estudiosos desvelos, y alternando — cuando es menester — las letras con las armas.

Experto en las disciplinas clásicas, cultiva la literatura griega y la latina, parafrasea a los poetas de la antigüedad. Enamorado de la lengua españo-

la, se deleita con el Arcipreste de Hita, y, a veces, traduce escenas de Lope. Académico y filólogo, cae sobre las palabras, las coge al vuelo con una curiosidad de coleccionista, como caza un gato una mariposa, y las saborea después con su gusto de exquisito poeta. Poeta, las graves emociones históricas, por una parte; por otra, el calor de los afectos íntimos, son la sustancia de su poesía. En la historia de la literatura italiana, al lado de investigaciones profundas y autorizadas, deja también algunas síntesis precisas, abarcables aun por el más impaciente de los lectores. Finalmente, soldado de su patria, por admirable decisión de su voluntad, trae hasta Madrid, entre sus recuerdos de hombre de letras, la nostalgia de sus dos años de campaña en los Alpes. Desea volver al campamento; habla con grave dolor de los hijos que le ha arrebatado el fuego enemigo. Y nos muestra esas fotografías donde se distinguen los nidos del águila italiana, prendidos sobre las feroces rocas verticales. — Una naturaleza efusiva y elocuente; una actividad casi inquietadora, pero atemperada siempre por la sonrisa; una conversación excelente, llena de alusiones oportunas y de madrigales en francés y en latín. Es, en todo, uno de la guardia vieja. Yo me atrevo a admirar en él un noble ejemplo de la energía italiana.

El joven, Achille Pellizzari, acaso más técnico y casi tan universal como el otro, alegre y preciso, buen camarada, dirige una revista napolitana, *La Rassegna*, revista bibliográfica de la literatura italiana que sigue muy de cerca el ideal de las revistas metódicas: orientar plenamente al lector sobre todo nuevo fenómeno del terreno que explora, y hasta ahorrarle el examen y esquilmo directo de los demás papeles del género. Dado a las ediciones científicas de documentos antiguos, viene publicando hace años una colección de tratadistas de arte italianos y españoles, desde los orígenes hasta el siglo XVIII; él cree percibir un proceso ininterrumpido que arranca de Plinio y Vitrubio y llega hasta el Diccionario de Ceán Bermúdez. Verdadero amigo de España, su revista está siempre al tanto de las publicaciones filológicas que aquí aparecen, y cada número se recibe aquí como un saludo de los compañeros de Italia. Discípulo de Croce — alejado ya del maestro como es justo y natural que suceda — , empleó dos años en ayudarle a preparar la magna colección (hoy por hoy es la única que debe adquirirse) de los *Scrittori d'Italia*, la cual constará de más de seiscientos volúmenes, y lleva publicados cerca de un ciento. Director literario de una importante casa editora, ha logrado concertar voluntades, conciliar a los humanistas de su país

que procedían de la escuela alemana, con los propulsores de la nueva escuela, y pronto publicará una revista de asuntos clásicos semejante a *La Rassegna*, y poco después una de asuntos históricos. También se propone publicar un *Bullettino Francese* que responda al *Bulletin Italien* de los profesores de Bordeaux. Es un trabajador incansable: por las mesas de los hoteles viene escribiendo y preparando nuevos números de su revista, para que no padezca la publicación con su viaje.

* * *

En el Hotel Málaga, donde les sirven unas comidas suculentas e inacabables, nos reciben con una jovialidad familiar. Son suegro y yerno, y la calificación oficial con que el yerno designa al suegro: «el señor Senador», adquiere una gracia encantadora al caer, de pronto, en aquel ambiente de trato franco, donde se comprende que estos colegas de las letras son, a la vez, algo como compañeros de armas.

El señor Senador, impecable, nos cede el paso.

— Après vous, messieurs les Espagnols.

El señor Senador está algo pálido y confiesa que se siente enfermo. ¡Esta atmósfera caldeada de Agosto, este polvillo de Madrid que se mete hasta

los pulmones! Y el soldado alpino recuerda entonces el aire tan puro, tan puro, de aquellas puntas ariscas de la Tierra...

El Sr. Pellizzari está ya en su sexto viaje por España y es hombre para todos los climas; es todo un madrileño y entiende la jerga de la villa y corte, y gusta los equívocos y los chistes como si se hubiera pasado aquí toda la vida. Se adapta fácilmente a los usos de Madrid; lo he visto extremar su complacencia — una complacencia algo audaz —, hasta arrebatar la violetita de trapo que la cancionista de La Parisiana ofrece a los caballeros de las primeras mesas.

Y hablamos de los hispanistas de Italia: de Croce, que se empeña en hacer del De Sanctis una estatua de sus amores, porque el De Sanctis era un crítico incomparable, pero quizá no era el gran filósofo del arte que nos da el maestro napolitano. Aunque la juventud no siga ya a Croce muy de cerca, tampoco hay que figurarse que influyan en ello las acusaciones exageradas de Papini: es Papini uno de esos genios del ingenio, autodidactos, unamunescos, que un día acaban con todos los sistemas filosóficos en un folleto de sesenta páginas, y otro día descubren que hubo en el mundo una literatura española. Todo el valor de estos escritores está en la virtuosidad, en el espectáculo de su

talento, siempre patético como una fuerza de la naturaleza, pero también, como éstas, no siempre adaptable a los verdaderos fines de la razón humana. Lamentamos la reciente muerte de Monaci, y averiguamos que el precioso cancionero Colocci Brancuti — joya de la lírica galaica de la Edad Media y verdadero tesoro en el patrimonio de Monaci — queda en buenas manos.

Ha anochecido, y sólo de noche se puede andar por Madrid en este tiempo. Salimos del hotel. Un auto ha pasado tan cerca que está a punto de salpicarnos.

— ¡Salpicar! — exclama el senador Mazzoni —. Esas son las palabras que llenan la boca. — Y se queda saboreando visiblemente la palabra, con su sal y con su picante, en salsa filológica de la Crusca, como en buen almodrote.

Poco después nos encontramos en los alrededores de Madrid, a una mesa rústica y bajo un foco de luz que cuelga de los árboles. Desde la oscuridad de la huerta, un organillo nos regala de tiempo en tiempo con una nueva audición del «Soldado de Nápoles». Los huéspedes agradecen con grandes festejos la oportunidad del organillo.

Es la hora de las efusiones y los proyectos. Pellizzari sabe que en Madrid no es tiempo aún de fundar una revista de estudios franceses, pero tampoco

ignora que algunos escritores de España pueden colaborar en su futuro *Bullettino.* ¿Y por qué no reivindicar, de manos de esos señores de Estrasburgo, la Biblioteca Románica de Italia, Francia, España y Portugal? Y los temas de la conversación giran tan de prisa, que ya no les puedo dar alcance.

A la hora de los postres nos acordamos de Pío Rajna, ilustre abuelo de romanistas.

— Rajna — ha dicho el senador Mazzoni — es mi amigo íntimo. Nos tuteamos. Es hombre encantador y de gran candidez científica. Me estuvo informando toda una tarde sobre la vida y las costumbres de España, y todavía vino al día siguiente a decirme: «¿Sabes? Después que nos separamos lo he estado pensando; lo he pensado toda la noche. Se me pasaba decirte lo más importante, y es que en España la lengua que se habla es el español». En su rigor científico — explica Mazzoni — le parecía obligatorio recordarme que mi español no es de lo mejor.

Rajna, el gran maestro de la Filología románica, es al mismo tiempo un hombre lleno de intimidad y afectos humanos, y lleva a las cosas de la vida toda la probidad, la totalidad de razón que pone en los trabajos que le han dado nombre. Registra minuciosamente los hechos domésticos de su sociedad, como registra los datos recónditos de la

historia. Sabe cuándo le ha salido el primer diente al hijo del escritor su amigo, y cuándo la esposa del editor ha dado a luz una criatura, que él, para ser siempre gramático, advierte si es del género masculino o del femenino. Tiene cerca de ochenta años. Vive soltero, acaso no por propia elección; pero — dice él con una sonrisa inteligente — «yo no podía elegir para esposa sino a una mujer casi perfecta. Varias he encontrado en mi vida; pero como yo soy tan feo, ninguna me quiere». A veces tiene unas graciosas humoradas, como cuando se presentó ante sus alumnos y, con asombro de todos, les espetó un discurso así concebido:

«Yo edifiqué una vez un alto castillo. Alcé poderosas torres, todo lo revestí de granito, y no faltaba allí ni el foso para detener al enemigo, ni la cruz para aplacar a Dios. Mi castillo era inconmovible. Pero vino Gaston Paris, y ¡cataplún! De un golpe me echa abajo una torre, y yo la vuelvo a levantar con gran sacrificio. Y viene entonces Paul Meyer, y ¡bum, baum! De un golpe abre un boquete en el muro. Y vuelvo a la obra y restaño la herida. Pero le toca su turno a Joseph Bédier, y a Milá y Fontanals, y a Menéndez Pidal, y a...»

El lector ya ha comprendido que Rajna quiere referirse a su teoría sobre los orígenes de la Epopeya; pero los pobres muchachos no entendían

nada, y seguían, boquiabiertos, la interminable parábola.

Todo lo lleva Rajna con igual integridad y paciencia, y tiene fichados hasta a los sablistas que van a sacarle dinero. Así, cuando uno va a verlo con las consabidas bernardinas, Rajna busca en su registro, consulta la ficha y le dice: «Hace tantos años, tal día y a tal hora vino usted a contarme la misma historia. En tanto tiempo ya podían haber cambiado las circunstancias de su vida, si usted se tomara el menor empeño. Márchese usted en mala hora. Entonces le di a usted treinta liras; hoy, ni una sola».

La conversación, de uno en otro tema, nos lleva a las últimas noticias de Italia: D'Annunzio ha volado sobre Viena, arrojando desde su velíbolo inerme unas arrebatadoras proclamas. D'Annunzio — no cabe duda — busca, con aquella crueldad que sólo los artistas conocen, una muerte hermosa y severa. A veces sale de sus obras un aroma de voluptuosidad capitosa, pero ¡a costa de cuál esfuerzo, de cuáles empeños de gladiador! Debajo de ese canto de arrullos hay un trueno de voluntad. Poco antes de la guerra, D'Annunzio vivía en París. París pudo apreciar entonces la disciplina terrible del artista, para quien cada hora del día estaba consagrada a un rito del alma o del cuerpo. ¡Gran ideal latino!

Dejar un rastro de poemas tras sí, desarrollando sobre el cielo del tiempo una vida que es también un poema.

Callamos. De pronto, volviéndose a mí, dice el senador Mazzoni:

— He estado leyendo al Arcipreste de Hita. Quiero hacer unos versos; supongo que el Arcipreste está preso. Hasta él llega, por la claraboya, un rayo de sol. El Arcipreste se entretiene en lo que pueden los presos: sopla, y ve bailar en el sol el polvillo brillante. El Arcipreste entrecierra los ojos, el polvillo se anima, se transfigura, se convierte en una danza fantástica, y el poeta cree ver pasar a la Trotaconventos, vieja de amor, y la rastra de mujeres que ha cautivado con su gancho; y cree ver a doña Endrina con su cuello de garza, y a don Melón, y a don Furón, y la sierra del Guadarrama, y las pastoras...

(En esta hora de la media noche, la sierra del Guadarrama ha lanzado hasta Madrid uno de esos resuellos largos, frescos, que hacen cantar a los árboles y callar a los hombres.)

1918.

II

WELLS EN MADRID

WELLS huía del repórter y del kodak con una diligencia cómica.

— Vengo muy cansado — decía — . He pasado por Granada para descansar un poco. Acabo de estar enfermo. No quiero ver a nadie ni quiero que nadie me vea.

Pero una tarde se detuvo en la Residencia de Estudiantes, y dijo unas palabras sencillas. «Periodista de ideas», se llamó a sí mismo con modestia. E insistió — recordando la reciente Conferencia de Washington, sobre la cual parece, en definitiva, fundar una esperanza remota — en la idea de que las cosas humanas se gobiernan por la voluntad humana; que la Humanidad padece una crisis destructiva, y que no debemos esperar el remedio de la reacción mecánica de los hechos, sino aprontarlo nosotros mismos mediante actos conscientes y orientados por la razón.

Eugenio d'Ors lo ha observado bien: Wells (no trato aquí del novelista maravilloso), Wells, siendo tan leído, se deshace pronto en atmósfera, en ambiente de sentido común, a fuerza de ser tan sencillo y claro: engaña, como el cristal, jugando a que no existe. Su obra de ideólogo tiene ese ritmo neutro que hace desaparecer al autor, confundiéndolo con el fondo del paisaje de época. Era menester que lo viéramos, que le habláramos, que le diéramos la mano, para convencernos de que existe y de que acaso manan de él varias direcciones mentales que parecen haberse producido — solas — en nuestros días.

(Allá, en un rincón, hablamos de las traducciones de Sterne y de Chesterton al español.

— ¡Cómo! — me dijo con asombro — . Yo me figuraba lo contrario: yo me figuraba que le había costado a usted más trabajo traducir a Chesterton que a Sterne, por la excesiva vivacidad de las ideas de aquél...

— Es que la lengua de Quevedo y Gracián — le explicaba yo — está muy bien preparada para todo acrobatismo de conceptos.

— Quisiera — añadió — conocer la impresión del público español cuando salga a luz su traducción de *El Hombre que fué Jueves*, de Chesterton. Porque en España existe una tradición mística, y

yo quiero saber si España percibe, absorbe, el profundo misticismo en que está inspirada esa novela que es, en apariencia, una aventura policíaca.

Y Wells desapareció otra vez — obrero del bien — confundiéndose entre todos los hombres.)

III

EINSTEIN EN MADRID

CON su cabellera desordenada, su sonrisa todavía juvenil, tímida y un tanto burlona, Einstein parece siempre decirle a la gente: «Señores, yo no tengo la culpa de haber descubierto esto... » Pretende explicar al pueblo su teoría, pero como hasta hoy esta teoría sólo posee una realidad matemática, después de algunas consideraciones que están al alcance de todos, Einstein empieza a trazar cifras en el encerado, y el público se va quedando fuera del sortilegio: se nos escapa la fórmula del abracadabra que tiene poder para transformar la danza de los astros. Y el sabio, con su aire tímido, se va quedando solo, afinando el instrumento del Cosmos, cambiando el tono a los compases de la música pitagórica, reescribiendo — con pautas nuevas — la gran sinfonía newtoniana.

En vano Ortega y Gasset solicita la atención de la gente: no se trata — dice — de una gran personalidad que pasa por Madrid; se trata de un momento culminante en la historia del pensamiento humano. ¡Atención! Entre los trabajadores científicos, los hay que construyen sistemas, es decir, frases y períodos, con el abecedario descubierto por otros. Tal es el caso de Newton. Pero los hay que descubren — como Galileo — las letras del abecedario. Einstein es como una mezcla de estos dos caracteres. La civilización occidental — superior a todas, según Ortega — puede considerar sus conquistas en la ciencia Física como sus conquistas más plenas. La Física procede de una actitud contemplativa ante el mundo; y acaba en una intervención activa sobre los fenómenos naturales. El centro de gravedad de las doctrinas físicas se va desalojando desde el terreno del razonamiento apriorístico (como en Descartes, que todavía se cree capaz de construir las leyes naturales mediante reflexiones teóricas), a través de un temperamento medio entre el raciocinio y la observación (así en Kant, que todavía somete la observación a la censura del razonamiento *a priori*, como si éste, y no aquélla, debiera ser juez en el conflicto), hasta la valiente aceptación de la realidad exterior a nuestro pensamiento, que se da — por pri-

mera vez con toda elocuencia — en los estudios de Einstein.

Ors, en un rato de inteligente sorna, me declara al oído: «Estas son ya muchas dimensiones; esto es volver la Geometría al estado bárbaro en que se encontraba, antes de que Euclides la redujera a las tres conmensuraciones simbólicas — únicas que nos hacen falta».

Y yo me doy a divagar: Einstein — me digo — ha descubierto un diminuto intersticio entre la Mecánica y la Óptica. Lo que es error inapreciable para las dimensiones humanas (hasta hoy la ciencia sólo se atreve a prever, como probable aplicación futura de los principios de Einstein — y tan futura que parece un sueño — el aprovechamiento de las infinitas calorías del carbón) resulta, si se le prolonga hasta las dimensiones interplanetarias, una divergencia capaz de transformar la zarabanda astronómica. Einstein fija los puntos con respecto a las tres dimensiones o las tres cordenadas — bien cartesianas, bien de Gauss — con respecto a los tres ejes x, y, z. Y añade un eje no visible: t, que es el tiempo (fórmula de Minkowski). Todo punto es, para él, un suceso, porque es un acontecimiento para la percepción. Este injerto de la Óptica en la Mecánica, abarca el universo visible, e introduce una sazón nueva, un temblor de acontecimiento o

episodio, en las frías fórmulas matemáticas, que hasta hoy parecían eternas e impasibles. Como los números no lleguen a tiempo al sitio en que el mago los solicita, ya dos más dos corren el grave riesgo de no sumar cuatro. ¡Qué patetismo circula ahora por el seno — antes frío — de las ciencias exactas!

En apariencia, los principios mecánicos de Einstein tienen como principal novedad cierto carácter «óptico». Einstein introduce en las fórmulas una consideración cuyas últimas consecuencias nadie había apurado antes de él: la velocidad de la luz, que resulta ser la mayor velocidad hasta hoy experimentada (la radioactividad y la electrodinámica no han dado velocidades mayores). Pero si se descubriera mañana una velocidad mayor que la de la luz, no habría más que enriquecer algebraicamente las fórmulas de Einstein. Y si estuviéramos sometidos a un mundo sin luz, no habría más que empobrecer esas fórmulas. Quiero decir, que las teorías de Einstein también conservan su valor aplicadas al universo que perciben los ciegos. Que entonces el elemento óptico quedaría sustituído por el táctil, y el tiempo que tarda la luz en recorrer una distancia, por el que tarda la mano en tocar uno y otro punto extremos. Así, lo que en apariencia es un carácter óptico, es en el fondo un carác-

ter histórico. Las fórmulas aritméticas de Einstein, sujetas ya al tiempo como todo lo humano, acabarán por volverse un fenómeno sentimental: no serán igualmente exactas a toda hora y en todo sitio: estarán, como la flor de los poetas, frescas a la mañana, y marchitas — acaso — al anochecer.

II

AMÉRICA

RUBÉN DARIO EN MÉXICO (1)

A ENRIQUE DÍEZ-CANEDO

Querido Canedo:

He arrancado a mi libro de memorias las páginas que doy a la estampa. A usted le han parecido agradables. ¿Qué podía yo hacer sino dedicárselas?

Usted, amigo mío, me ha consentido muchas veces la manifestación de ese placer de los emigrados que suele resultar importuno: el recuerdo de la tierra y los amigos ausentes. Usted, con una pa-

---

(1) Este artículo apareció por primera vez en la revista *Nuestro Tiempo,* Madrid, Junio de 1916. La primera parte: «El ambiente literario», es reducción de un artículo que di, dos años antes, a la *Revista de América* que publicaban en París los hermanos García Calderón. Esta página ha tenido suerte muy varia. Parece que no contentó, personalmente, a ninguno de mis amigos; pero que cada uno encontraba bien el retrato de los demás. Por eso, y porque sus frases han pasado, trasfundidas, a las antologías y a las críticas que se han escrito sobre aquel momento literario (y, sobre todo, a la excelente antología de Genaro Estrada, quien adoptó el criterio, sugeri-

ciencia gustosa, me ha dejado hablar horas enteras de Fernández, de González y de Martínez como si usted mismo los conociera o le importaran como a mí aquellas cosas. En verdad, a usted le importan mis recuerdos, puesto que nunca ha desdeñado el conocimiento preciso de los libros y de los hombres. Su curiosidad siempre animada ha acabado por aficionarle a los asuntos de América. A usted le gusta hojear las viejas revistas, y ver cómo reviven las pléyades literarias de hace cien o de hace diez años. Su ecuanimidad le permite apreciar con ojos serenos la hora que apenas ha cesado: lo que todavía es pasión para muchos, es ya para usted conocimiento. De esta manera, usted es uno de aquellos privilegiados que contemplan la vida con verdadero desinterés histórico. Mientras la mayoría de los hombres cultos responde con un mohín

---

do por mí, de clasificar las tres pléyades en torno a las tres revistas: la *Revista Azul*, la *Revista Moderna* y la *Savia Moderna)*, creo conveniente recogerla. Hoy tendría que retocarla mucho para ponerla al día. Otra vez he de intentar — ojalá que sea con más suerte — describir el panorama actual de las letras mexicanas, e introducir en mi cuadro los desarrollos que el tiempo ha hecho. Mis queridos amigos, cuya amistad y cuyo recuerdo han sido para mí el mayor aliento entre los pesares y los contratiempos de la ausencia, conocen la pureza de mi intención.

de disgusto a todo lo que ya no es nuevo y que todavía no es antiguo, a usted lo he visto comprar por esas ferias — y examinar con ese deleite tranquilo que sabe poner en todos sus actos — este o el otro libro modesto publicado por los años de 1840.

No acabaría. Permítame, sin más explicaciones, dedicarle estas anécdotas fugitivas.

A. R.

Madrid, 1916.

I

EL AMBIENTE LITERARIO

CUANDO llega a México Rubén Darío, una generación de muchachos — que apenas se ha dado a conocer — forma la literatura imperante.

Con Gutiérrez Nájera quedaban abiertos los nuevos rumbos; su órgano era la *Revista Azul.* Heredera de sus timbres, la *Revista Moderna* popularizó entre nosotros los modos de la poesía post-romántica. Pero la hora de la *Revista Moderna* había pasado. Sus poetas tuvieron como cualidades comunes cierto sentimiento agudo de la técnica: técnica audaz, innovadora, y — exceptuando a Urbina, que ha perpetuado a su manera la tradición romántica; a Díaz Mirón, que vive en su torre, y a Icaza, cuya poesía se explica más bien como un ciclo aparte — cierto aire familiar de diabolismo poético que acusa una reciprocidad de influencias entre ellos y su dibujante Julio Ruelas.

Agrupábanse, materialmente hablando, en redor

del lecho donde Jesús Valenzuela (siempre mal avenido con las modas, las escuelas y las costumbres) iba derrochando, después del otro, el caudal de su generosa vida. Tablada doraba sus esmaltes; Nervo soñaba, entregado a su misticismo lírico; Urueta cantaba como una sirena. A veces, llegaba de la provincia Manuel José Othón con el dulce fardo de sus bucólicas a cuestas; lejano, distraído, extático. Othón ha muerto, y espera el día de su consagración definitiva. Es el clásico. En la historia de la poesía española es, al mismo tiempo, una voz conocida y nueva. Su verso tiene, junto a las reminiscencias de Fray Luis, ecos de Baudelaire. Aprendió en los maestros definitivos, no en los vanos dioses de la hora; hizo, como quería Chénier, versos antiguos con pensamientos nuevos. Nervo incurrió en el pecadillo de censurar el uso de los «metros viejos» en Othón. Era el duelo entre el alejandrino modernista y el endecasílabo vetusto. Othón se defendía oponiendo, a su vez, que el alejandrino castellano es tan viejo como Berceo. Valenzuela también ha muerto; su recuerdo perdurará más que su poesía. A los otros los ha dispersado la vida.

A principios de 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón fundaron una revista para los nuevos literatos. Le pusieron un nombre absurdo:

Savia Moderna. No sólo en el nombre, en el material mismo recordaba a la *Revista Moderna.* Duró poco — era de rigor —, pero lo bastante para dar la voz de un tiempo nuevo. Su recuerdo aparecerá al crítico de mañana como un santo y seña en los libros y memorias de nuestra literatura contemporánea. «La redacción — escribe el poeta Rafael López — era pequeña como una jaula. Algunas aves comenzaron allí a cantar.» A muchos metros de la tierra, sobre un edificio de seis pisos, abría su inmensa ventana hacia una perspectiva exquisita: a un lado, la catedral; a otro, los crepúsculos de la Alameda. Frente a aquella ventana, Diego Rivera instalaba su caballete. Desde aquella altura, cayó la palabra sobre la ciudad.

En el grupo literario de *Savia Moderna* había los dos géneros de escritores que pone Gourmont: los que escriben; los que no escriben. Entre los segundos, y el primero de todos, Acevedo (1). Decía, con Goethe, que el escribir es un abuso de la palabra. Más tarde ha incurrido en la letra escrita; esperamos con impaciencia sus libros. De él habíamos dicho hace tiempo: cuando escriba libros, sus

(1) Jesús Acevedo ha muerto. No nos consolamos de esta pérdida. Tengo, ante mí mismo, el compromiso de contar algún día lo que le debemos.

libros serán los mejores. Recuerdo, entre los prosistas, a Ricardo Gómez Robelo, que era propia imagen del mirlo de Rostand:

> Cette âme! . . . On est plus las d'avoir couru sur elle
> Que d'avoir tout un jour chassé la sauterelle.

La misma agilidad de su pensamiento lo hacía cruel; y además — grave ofensa para el género humano — estaba enamorado del genio. Como a todo aquel que ha probado las desigualdades de la suerte, lo tentaban las inspiraciones de la locura. Ignoraba cuántos volúmenes lleva publicados Monsieur Chose, pero leía y releía constantemente los veinte o treinta libros definitivos. Alfonso Cravioto era el representante del sentido literario: su prosa es flúida, musical, llena de brillos y colores. Su vida estaba consagrada a la espectación literaria: ha coleccionado los artículos, los retratos, los rasgos biográficos de todos sus compañeros. Hace creer que posee tesoros en casa. Nadie sabe si es o no rico, si escribe o no en secreto:

> Cuentan que escribe, y no escribe;
> Dicen que tiene, y no gasta,

se decía él a sí mismo en unas coplas que quiso hacer pasar por anónimas. De cuando en cuando,

asomaba para celebrar, en una prosa de ditirambo, algún triunfo del arte o del pensamiento. Cegado por un falso ideal de perfección, nunca acaba de publicar sus libros, y así va camino del silencio, sin merecerlo ni desearlo. Entre los poetas, estaba Rafael López, poeta de apoteosis, fiesta plástica, sol y mármol, que hoy busca emociones universales, tras de haber embriagado su adolescencia con los últimos haxix del decadentismo. Estaba Manuel de la Parra, musa diáfana, de nube y de luna; alma monástica, borracha de medievalismos imposibles, «ciega de ensueño y loca de armonía». Estaba Colín entregado a una gestación laboriosa en que se combatirán el poeta seco y el prosador jugoso. Estaba el malogrado Argüelles Bringas, tan fuerte, tan austero, áspero a la vez que hondo; poeta de concepciones vigorosas, concentrado y elíptico, en quien la fuerza ahoga a la fuerza, y el canto, sin poder fluir, brota a pulsaciones. Aún no salía de su provincia el poeta mayor: González Martínez; y apenas salía de su infancia Julio Torri, nuestro hermano el diablo, duende que apaga las luces, íncubo en huelga, humorista que procede de Wilde y Heine y que promete ser uno de los primeros de América. Y de propósito dejo para el fin a Caso, a Vasconcelos, al dominicano Henríquez Ureña.

La filosofía positivista mexicana, que recibió de

Gómez Robelo los primeros ataques, había de desvanecerse bajo la palabra elocuente de Antonio Caso, quien difundirá por las aulas nuevas verdades. No hay una teoría, una afirmación o una duda que él no haya hecho suyas siquiera por un instante. La historia de la filosofía, él ha querido y ha sabido vivirla. Con tal experiencia de las ideas, y el vigor lógico que las unifica, su cátedra sería, más tarde, el orgullo de nuestro mundo universitario. Su elocuencia, su eficacia mental, su naturaleza irresistible, la convertirán en el director público de la juventud. En lo íntimo, era más honda, más total, la influencia socrática de Henríquez Ureña. Sin saberlo, enseñaba a ver, a oír, a pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura, pesando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia. Era, de todos, el único escritor formado, aunque no el de más años. No hay entre nosotros ejemplo de comunidad y entusiasmo espirituales como los que él provocó. El peruano Francisco García Calderón escribe de él: «alma evangélica de protestante liberal, inquietada por los grandes problemas; profundo erudito en letras castellanas, sajonas, italianas. . . » Díaz Mirón, que lo admira, le llamaba «dorio». José Vasconcelos era el representante de la filosofía anti-occidental, que alguien ha llamado la «filosofía molesta». Mezclába-

la ingeniosamente con las enseñanzas extraídas de Bergson, y, en los instantes que la cólera civil le dejaba libres, combatía también por su verdad. Mucho esperamos de sus dones de creación estética y filosófica, si las implacables Furias Políticas nos lo dejan ileso. Es dogmático: Oaxaca, su Estado natal, ha sido la cuna de nuestras «tiranías ilustradas». Es asiático: tenemos, en nuestro país, dos mares a elección; algunos están por el Atlántico; él, por el Pacífico.

Entre tanto, la exacerbación crítica que padecemos corroe los moldes literarios; los géneros retóricos se mezclan un tanto, y la invención pura padece. Apenas la novela tradicional tiene un campeón en González Peña, hombre de voluntad, trabajador infatigable que intenta reflejar las inquietudes contemporáneas en una novela concebida según la manera de Flaubert. Teatro no hay; y el cuento, en manos de Torri, se hace crítico y extravagante. Aquélla era, sobre todo, una generación de ensayistas. En aquel mundo erizado de escalpelos, el gran Rubén Darío va a caer. Es el año de 1910.

Pero los dioses caprichosos tenían reservada alguna sorpresa.

II

EL VALLE INACCESIBLE

SOLÍAMOS hablar, entre nosotros, de atraer a Rubén Darío. Valenti, uno de los nuestros — cuyas palabras me acuden ahora con el recuerdo de su trágica muerte —, nos oponía siempre esta advertencia profética:

— No, nunca vendrá a México Rubén Darío: no tiene tan mala suerte.

Rubén Darío fué a México por su mala suerte. En 1910, para la celebración del Centenario de la independencia mexicana, Darío y Santiago Argüello fueron delegados a México por el gobierno de Nicaragua. Sobrevinieron días aciagos; el presidente Madriz cayó al peso de Washington, y el conflicto entre Nicaragua y los Estados Unidos se reflejaba en México por una tensión del ánimo público. La nube cargada, al menor pretexto estallaría. Y nin-

guna ocasión más grande para desahogarse contra el yanqui que la llegada de Rubén Darío. El hormiguero universitario pareció agitarse. Los organizadores de sociedades, los directores de manifestaciones públicas habían comenzado a distribuir esquelas y distintivos. La aparición de Rubén Darío juzgóse imprudente; y este nuevo Cortés, menos aguerrido que el primero, recibió del nuevo Motecuzoma indicaciones apremiantes de no llegar al valle de México.

Darío quedó detenido en la costa de Veracruz. De allí se le hizo pasar, incógnito, a Xalapa. Un hacendado lo invitó a cazar conejos; se fué al campo; lo hicieron desaparecer...

Poco después, con el pintor mexicano Ramos Martínez, que lo acompañaba como se acompaña a un menor de edad, reapareció en la Habana. En la Habana estaba cuando la celebración famosa del Centenario. El Ministro y escritor mexicano Carlos Pereyra tuvo el buen acuerdo de invitarle a la fiesta, pidiéndole su colaboración literaria. No pudo asistir el poeta por aquellos sus intermitentes achaques, pero envió su poesía. Hecha en ratos de mal humor, en horas de indecisión, cuando él no sabía si volverse, si quedarse, si seguir adelante; cuando comenzaban a escasear los fondos y hubo que abandonar el Hotel Sevilla y renunciar al automó-

vil en mala hora alquilado (1), la poesía — de lo más infortunado que hizo — presentaba la cómica novedad de fundir en el estribillo un verso del himno nacional de Cuba con uno del himno mexicano, dándonos así el monstruo híbrido de que se horrorizaba Horacio. Ejemplo:

que morir por la patria es vivir,
al sonoro rugir del cañón.

Lo demás que atañe a la estancia de Darío en Cuba, a mis amigos de la Habana toca contarlo.

---

(1) — He hecho un gran negocio, ¡un gran negocio! ¿Oís ese automóvil que piafa a las puertas del hotel? Es un automóvil que se alquila por cincuenta dólares, y yo lo he obtenido por cuarenta y cinco.

Este gran negocio — digno de la historia — es fama que lo realizó Rubén Darío en las horas de mayor escasez. — Lo tengo de su compañero Ramos Martínez.

III

UN DOCUMENTO

Entre las muchas manifestaciones que produjo en México la llegada de Rubén Darío a Veracruz, hubo una de carácter puramente literario. Algunos jóvenes escritores y poetas que, por no sentirse «animales políticos» o por malos de sus pecados, no habían querido hasta entonces unirse al grupo central — concentrado en el Ateneo de la Juventud —, fundaron una sociedad, la «Sociedad Rubén Darío», cuyo único objeto era recibir al poeta con honor; como si la llegada de un hombre hubiera de ser un hecho permanente. Rafael López, entusiasmado, habló de la nueva Cruz del Sur que Rubén Darío había de marcar en nuestro cielo con los cuatro hierros de su centauro. Emilio Valenzuela, hijo de Jesús Valenzuela, fué nombrado presidente de esta sociedad. Cuando la triste realidad vino a conocerse, Valenzuela escribió lleno de despecho: «no nos queda más que esperar otros tiem-

pos». Estas palabras pudieran ser divisa de mi generación destrozada.

Por su parte, Rubén Darío (hay que recoger piadosamente todos los rasgos de su pluma) escribió la siguiente carta a Valenzuela:

Distinguido y buen amigo:

Si no hubiera sido ya grandísimo mi deseo de ir a México, la vibrante misión que la joven intelectualidad mexicana confió a ustedes, me hubiera infundido el más ardiente empeño por encontrarme en la capital de este noble y hospitalario país.

La juventud es vida, entusiasmo, esperanza. Yo saludo por su digno medio a esa juventud que ama el Ideal desde la Belleza hasta el Heroísmo. Díganlo, si no, los «aiglons» del águila mexicana que se llevó la Muerte a la Inmortalidad, desde el nido de piedra de Chapultepec (1).

Las cariñosas y agradecidísimas instancias que usted y D. Álvaro Gamboa Ricalde me han hecho en nombre de sus amigos de México, me empeñan

---

(1) Alude — con terrible oportunidad — a los cadetes del Colegio Militar de Chapultepec, muertos en 1847, combatiendo al yanqui: año en que Washington solía aún declarar la guerra antes de proceder a una invasión militar.

a poner toda mi voluntad en complacerles. Pero, a pesar de mis deseos, las circunstancias me obligan a tener una actitud que no puedo alterar en nada.

Este momento, sin embargo, pasará. Y yo, quizá en breve, podré tener el gran placer y el altísimo orgullo de saludar, con el afecto que por ella siento, a la noble, a la entusiasta, a la gentil juventud mexicana.

Muy sinceramente me ofrezco su afectísimo amigo y S. S.

Rubén Darío.

Xalapa, 8 de Septiembre de 1910.

IV

UN PROBLEMA DE DERECHO INTERNACIONAL

Cómo se verá dentro de un siglo, de dos, de tres, la vida irritada de los pueblos de América, donde las cuestiones literarias se vuelven fácilmente asuntos de política interna, y éstos sin cesar se convierten en problemas internacionales? ¿No es el mismo Rubén Darío quien acostumbraba decir que en América no hay más que poetas y generales?

Cuando Darío llega de París a Veracruz, ya estaba Santiago Argüello en México. Caído el gobierno que representaban, ambos quedaron sin función oficial. Al menos, así se decidió por tácito acuerdo. Los periódicos pusieron al día las discusiones jurídicas. ¿Conservaba Rubén Darío la representación de Nicaragua a pesar del cambio de gobierno? Dos o tres señores hicieron danzas y zalemas en redor del caso y sin resolverlo. Federico Gamboa, el novelista y diplomático, estrechado por los periódicos, tuvo que decir su opinión.

Como, en verdad, no había medio de salir airoso del trance contentando a todos, prefirió salir a lo discreto, resolviendo las preguntas del repórter en éstos o parecidos términos:

— Es una verdad reconocida que todo problema de derecho internacional debe plantearse de manera que las premisas correspondan exactamente a la realidad de los hechos, para que así pueda científicamente asegurarse, etc., etc.

Por lo menos dejó entender, como caballero, que no tenía gana de molestar a nadie con su opinión, ni de perder el tiempo en discutir, conforme a derecho, lo que estaba decidido ya conforme a prudencia.

Argüello se las arregló para quedarse en México, representando no sé si a Bolivia. En cuanto a Darío, había de recibir más tarde un desagravio en los Estados Unidos. La Sociedad Hispánica de Nueva York, la Liga de Autores de América, la Academia Americana de Artes y Letras, lo saludaron con entusiasmo. «A una emocionante interpretación de la vida y la cultura latinas — le decían —, habéis unido las inspiraciones de nuestros poetas Whitman y Poe.» Y añadían con intencionada gentileza: «Sois, señor, un apóstol de la buena voluntad y un explorador avanzado en los caminos de la concordia internacional».

V

UNA DISCUSIÓN LITERARIA

ALFONSO Cravioto, en nombre del Ateneo, fué hasta Veracruz a llevarle nuestro saludo, y pudo acompañarle en su viaje de Xalapa al puerto. En el mismo coche viajaba cierto sacerdote aficionado a las cosas literarias. No pudiendo resistir la atracción del dios, rogó a Cravioto que lo presentara con Darío, de modo que pudiera charlar con él lo largo del viaje.

Hízose. El sacerdote tuvo que rehusar la «copita» que Rubén Darío le convidara; se sentó a su lado, y empezó la charla literaria. De un poeta en otro, y desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos, hubieron de dar alguna vez en D. Julio Flórez. Como Darío hiciera una muequecilla dudosa, dijo el buen sacerdote:

— Sí, ya lo sé; a usted no le convence Flórez, porque Flórez no es de su escuela. . .

Y, a boca llena, con toda la inconsciencia de un

niño a quien han enseñado a repetir una palabrota, Darío le interrumpe, enfrentándosele:

— Yo no tengo «escuela», no sea usted *pendejo.*

Ahuyentado, el buen sacerdote — a quien ya podemos mirar como una señal de nuestros tiempos, como un verdadero símbolo —, corre a refugiarse al último asiento del vagón.

«Mi literatura es mía en mí.»

VI

ARTE DE PRUDENCIA EN DOS COPLAS

SANTIAGO Argüello era, pues, el único huésped literario que la fiesta nacional nos proporcionó. El Ateneo daba a la sazón una serie de conferencias en la Escuela de Derecho, e invitamos a Argüello para que presidiera una de nuestras sesiones.

Hombre corpulento y velloso, revolvía sus ojos pestañudos paseando la mirada por el salón; se informaba de nuestra vida literaria, y deseaba que su llegada — y la de Darío, siempre probable — coincidiera con un renacimiento literario en México.

— Darío — nos contaba el excelente amigo y poeta — es como un niño. Cierta ocasión, estando en Madrid, tomamos un coche, él, no sé quién más y yo, para ir de la Puerta del Sol a Rosales; y el hombre se figuró que le había dado un ataque de ataxia locomotriz porque se le durmieron las piernas.

Al acabar la conferencia, los estudiantes — que

sólo la oportunidad esperaban para armar la gresca —, con pretexto de la presencia de Argüello, pusiéronse a gritar:

— ¡Viva Nicaragua!

Con algunos mueras sobreentendidos.

Argüello, que acaso no oyó bien lo que los muchachos gritaban, tuvo la ocurrencia de imponer silencio con un ademán y recitar esta copla improvisada:

Vuestro aplauso me echa flores,
y es un aplauso al esteta;
estáis tejiendo, señores,
mi corona de poeta.

Nos llovieron al día siguiente coplas anónimas de los estudiantes; picantes parodias que no tengo aquí para qué copiar.

A los dos días, Rubén Darío, enterado del caso, le dedicó la siguiente:

«Argüello, tu lira «cruje»
— ¡y en público, por desgracia! —
Argüello, *a lo que te truje;*
menos versos: diplomacia.»

Lo cierto es que Argüello había obrado muy en diplomático, al desentenderse de la intención política de aquellos juveniles gritos.

VII

PARTIDA Y REGRESO
(MEMORIAS DE RUBÉN DARÍO)

No quitaré ni añadiré una palabra a las páginas de Rubén Darío. Advertiré solamente que, con un egocentrismo muy explicable, el poeta creyó ser causa de sucesos que venían germinando ya de tiempo atrás y que obedecieron a causas más complejas y más vitales; que, como se verá, sólo la angustia económica del poeta — que le impedía resolver el caso por su cuenta — y el desorden producido en la administración mexicana por las fiestas del Centenario, pudieron decidirle a permanecer algunos días en México. Dice así en el capítulo LXV de su *Vida:*

«La traición de Estrada inició la caída de Zelaya. Éste quiso evitar la intervención yankee, y entregó el poder al doctor Madriz, quien pudo deshacer la revolución en un momento dado, a no haber tomado parte los Estados Unidos, que desembar-

caron tropas de sus barcos de guerra para ayudar a los revolucionarios.

»Madriz me nombró Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, en misión especial, en México, con motivo de las fiestas del Centenario. No había tiempo que perder, y partí inmediatamente. En el mismo vapor que yo iban miembros de la familia del Presidente de la República: general Porfirio Díaz; un íntimo amigo suyo, diputado, don Antonio Pliego, el Ministro de Bélgica en México y el Conde de Chambrun, de la Legación de Francia en Washington. En la Habana se embarcó también la delegación de Cuba, que iba a las fiestas mexicanas.

»Aunque en la Coruña, por un periódico de la ciudad, supe yo que la revolución había triunfado en Nicaragua, y que el Presidente Madriz se había salvado por milagro, no diera mucho crédito a la noticia. En La Habana la encontré confirmada. Envié un cablegrama pidiendo instrucciones al nuevo gobierno, y no obtuve contestación alguna. A mi paso por la capitad de Cuba, el Ministro de Relaciones Exteriores, Sr. Sanguily, me atendió y obsequió muy amablemente. Durante el viaje a Veracruz conversé con los diplomáticos que iban a bordo, y fué opinión de ellos que mi misión ante el gobierno mexicano era simplemente de cortesía internacio-

nal, y mi nombre, que algo es para la tierra en que me tocó nacer, estaba fuera de las pasiones políticas que agitaban en ese momento a Nicaragua. No conocían el ambiente del país y la especial incultura de los hombres que acababan de apoderarse del gobierno.

»Resumiré. Al llegar a Veracruz, el introductor de diplomáticos Sr. Nervo, me comunicaba que no sería recibido oficialmente, a causa de los recientes acontecimientos, pero que el gobierno mexicano me declaraba huésped de honor de la nación. Al mismo tiempo se me dijo que no fuese a la capital, y que esperase la llegada de un enviado del Ministerio de Instrucción Pública. Entre tanto, una gran muchedumbre de veracruzanos, en la bahía, en barcos empavesados y por las calles de la población, daban vivas a Rubén Darío y a Nicaragua, y mueras a los Estados Unidos. El enviado del Ministerio de Instrucción Pública llegó, con una carta del Ministro, mi buen amigo D. Justo Sierra, en que en nombre del Presidente de la República y de mis amigos del Gabinete, me rogaba que pospusiese mi viaje a la capital. Y me ocurría algo bizantino: el gobernador civil me decía que podía permanecer en territorio mexicano unos cuantos días, esperando que partiese la delegación de los Estados Unidos para su país, y entonces yo podría ir a la capital; y el

gobernador militar, a quien yo tenía mis razones para creer más, me daba a entender que aprobaba la idea mía de retornar en el mismo vapor para La Habana... Hice esto último. Pero antes visité la ciudad de Jalapa, que generosamente me recibió en triunfo. Y el pueblo de Teccelo, donde las niñas criollas e indígenas regaban flores y decían ingenuas y compensadoras salutaciones. Hubo vítores y música. La municipalidad dió mi nombre a la mejor calle. Yo guardo en lo preferido de mis recuerdos afectuosos el nombre de ese pueblo querido. Cuando partía en el tren, una indita me ofreció un ramo de lirios y un «puro» azteca: «Señor, yo no tengo qué ofrecerle más que esto»; y nos dió una gran piña perfumada y dorada. En Veracruz se celebró en mi honor una velada, en donde hablaron fogosos oradores y se cantaron himnos. Y mientras esto sucedía, en la capital, al saber que no se me dejaba llegar a la gran ciudad, los estudiantes en masa, e hirviente suma de pueblo, recorrían las calles en manifestación imponente contra los Estados Unidos. Por la primera vez, después de treinta y tres años de dominio absoluto, se apedreó la casa del viejo cesáreo que había imperado. Y allí se vió, se puede decir, el primer relámpago de la revolución que trajera el destronamiento.

»Me volví a La Habana acompañado de mi se-

cretario, señor Torres Perona, inteligente joven filipino, y del enviado que el Ministro de Instrucción Pública había nombrado para que me acompañase. Las manifestaciones simpáticas de la ida no se repitieron a la vuelta. No tuve ni una sola tarjeta de mis amigos oficiales. . . Se concluyeron, en aquella ciudad carísima, los pocos fondos que me quedaban y los que llevaba el enviado del Ministro Sierra. Y después de saber prácticamente, por propia experiencia, lo que es un ciclón político y lo que es un ciclón de huracanes y de lluvia en la Isla de Cuba, pude, después de dos meses de ardua permanencia, pagar crecidos gastos y volverme a París, gracias al apoyo pecunario del diputado mexicano Pliego, del ingeniero Enrique Fernández, y, sobre todo, a mis cordiales amigos Fontoura Xavier, Ministro del Brasil, y general Bernardo Reyes, que me envió por cable, de París, un giro suficiente.»

VIII

¿UNA OBRA INÉDITA DE RUBÉN DARÍO?

TRANSCRIBO a continuación un documento oficial — cuya amable comunicación debo al mismo poeta — que atañe a las relaciones de Rubén Darío con México, y que puede considerarse como un intento de compensación por los percances de marras:

«Secretaría de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes. — México — Libramiento núm. 992. — Sección de Administración. Mesa 2.ª — Núm. 2.475. — Hoy digo al Secretario de Hacienda lo que sigue: — «Por acuerdo del »Presidente de la República, he de merecer a usted »se sirva librar sus órdenes a la Tesorería general »de la Federación, para que con cargo a la parti»da 8.415 del Presupuesto de ingresos vigente, se »pague al Sr. Rubén Darío, por conducto del Cón»sul general de México en París, la cantidad de 500

» —quinientos francos — mensuales, durante el pre-
»sente año fiscal, para que continúe estudiando en
»Europa cómo se hace la enseñanza literaria en los
»países de origen latino, y escriba una obra como
»resultado de ese estudio». — Lo que transcribo a
usted para su conocimiento. — México, 4 de Noviembre de 1911. — El Subsecretario encargado del despacho, *José López Portillo y Rojas.* — Al Sr. Rubén Darío. — París.»

APÉNDICES

I

He aquí una traducción de la carta dirigida a Rubén Darío por la Academia Americana de Artes y Letras:

Nueva York, Marzo 25 (1915).

Distinguido señor:

La Academia Americana de Artes y Letras os ofrece, en vuestra calidad de huésped de los Estados Unidos, sus salutaciones respetuosas y su bienvenida cordial.

Sois el heredero de una civilización histórica, cuyo tesoro artístico y literario habéis acrecentado, gracias a vuestra obra exquisita y superior, dotándolo con todas las fuerzas de misterio y exaltación de este Nuevo Mundo en que habéis nacido. Familiarizado con todas las cosas nuevas de Europa,

habéis descubierto el espíritu renaciente del Viejo Mundo y lo habéis interpretado para el Nuevo. — Pero algo más habéis realizado, algo que os une particularmente a nosotros, a los hombres del Norte. Mientras por una parte alcanzabais la más emocionante interpretación de la vida y la cultura latinas, por otra sorprendíais en dos de nuestros poetas — Poe y Witman — aquellas genuinas inspiraciones que enriquecieron vuestro arte con las más desembarazadas formas del metro y del ritmo, fundiendo así en una las aspiraciones de las dos razas típicas que dominàn nuestro continente occidental. Sois, pues, a un tiempo mismo, un apóstol de la buena voluntad y un centinela avanzado en los caminos de la concordia internacional.

Nos felicitamos de vuestra permanencia entre nosotros, y os deseamos un feliz regreso a vuestra patria adoptiva.

Por la Junta directiva: — William M. Sloane, canciller; Robert Underwood Johnson, secretario perpetuo; William Crary Brownell, miembro de la Junta.

II

Luis G. Urbina me ha hecho saber más tarde que la comisión conferida a Rubén Darío data de 1910, de los tiempos de Justo Sierra, y que la administración de 1911 no hizo más que refrendarla.

También los amigos me han recordado que noche hubo en que el pueblo en masa esperó la llegada de Rubén Darío, en la Estación del Mexicano.

LA GLORIETA DE RUBÉN DARIO

I

MI FIESTA DE LA RAZA

No soy enemigo de estas recordaciones simbólicas, sin duda por el hábito que hay, entre nosotros, de celebrarlas año por año; cada 18 de Julio, cada 8 o cada 16 de Septiembre, hay, en México, la costumbre de hacer revistas militares, con actos públicos al aire libre, en que, a presencia del Presidente y los Ministros, hablan poetas y oradores, y cantan himnos los niños de las escuelas. Así, en las colecciones de nuestros poetas (Gutiérrez Nájera, Nervo, Urbina, López) hay siempre dos o tres poesías patrióticas «de ocasión». Yo mismo he tenido que consagrar a nuestras simbólicas fiestas, si mal no recuerdo, una poesía y dos discursos. Un hado previsor y paciente cuida de proporcionar material literario para la próxima fiesta. Y en cuanto apunta, en la Escuela Preparatoria, algún chico capaz de escribir un buen soneto, ya está señalado

para futuro poeta u orador cívico, a uno, a dos o a tres años de la fecha, según su edad.

Hoy por hoy, la gente literaria suele quejarse de tener que tratar el tema forzado de la fiesta cívica. El Romanticismo introdujo el divorcio entre el gusto popular y la personalidad — sagrada y solitaria — de los poetas. Después, exacerbado el proceso, sobrevino la funesta Torre de Marfil, que tantos estragos ha hecho. Y hoy por hoy, es una completa novedad — una revolución literaria provocada por la Gran Guerra, y que no sabemos si durará —, el hecho de que el primer poeta de Francia, Paul Claudel, se sienta capaz de dedicar una oda cívica a San Luis de Francia. No menor poeta que Paul Valéry — puro maestro — se jacta de que toda su obra en prosa es obra de encargo. ¿Volverá el consorcio entre el poeta y el pueblo? No lo sé. Pero muchos han comenzado ya a recordar que el artista griego — el más exquisito de los artistas — concebía su arte como un «servicio público», como un deber de fiesta cívica más o menos. Píndaro cantaba lo que entonces venía a ser para Grecia la Fiesta de la Raza; a saber: los Juegos Olímpicos. Fidias esculpía, como hoy los malos escultores, para los edificios públicos y por encargo de los gobiernos... Porque tanta culpa tienen los gobiernos cuando escogen mal, como los buenos

artistas cuando se niegan a responder a la elección del público y a aceptar el compromiso de trabajar para el pueblo. (Para el pueblo, aunque — claro está — educándolo y superando sus gustos rudimentales.)

Todo esto es verdad, en teoría... y acaso en esperanza. Pero eso no quita que la Fiesta de la Raza, tal como la mal celebramos, produzca resultados artísticos nulos, y no sirva de nada al pueblo, para quien está dedicada. Tiene razón la gente en quejarse (porque es necesario no disimularse por más tiempo que a la gente no le gusta, no le divierte esta Fiesta de la Raza). Lo que tal fiesta tiene de solemnidad oficial, la aísla del pueblo y del arte. Los personajes oficiales no son, ni tienen para qué serlo necesariamente, buenos oradores ni buenos poetas. Los buenos oradores se agotan a la primera fiesta, y ya al siguiente año no tienen nada nuevo que contarnos. Los buenos poetas no se interesan por estas fiestas.

Hay que poner un remedio al mal, y un remedio de buen sentido. La Fiesta de la Raza, tal como hoy se celebra (no hagamos caso de noticias oficinescas ni de telegramas anodinos), no ha sido, no puede, no es humanamente posible que pueda haber sido brillante en ninguno de los países de la Raza. Hay que emancipar a la Fiesta de la Raza;

hay que sacarla de los claustros y los Ayuntamientos; hay que echarla a la calle; hay que convertirla, en suma, en un verdadero Carnaval.

Un Carnaval con trajes y disfraces regionales, con pequeñas representaciones al aire libre (representaciones, también, de sentido regional), como los antiguos autos sacramentales; con adecuadas proyecciones cinematográficas en los parques y en vastos salones populares, con músicas regionales por las calles, ¿no daría al pueblo una sensación mucho más viva y plástica, mucho más eficiente y y orientadora, de lo que es la raza — en sus innumerables caras y muecas de alegría y de baile —, que estos cajones de frases que vuelcan desde la tribuna los oradores improvisados? Un desfile de gauchos por la Castellana, o una «diligencia» mexicana, llena de «chinas», custodiada por «charros» de machete y lazo, ¿no serían mejor que ese grupo de señores acartonados de chistera y levita que solemos admirar en las notas gráficas de los semanarios ilustrados?

* * *

En la remota Edad Media, el teatro — cuando iba a morir de asfixia — se escapó de la liturgia eclesiástica, se salió de la sacristía, y, montado en

el Carro de Corpues, irrumpió por entre la feria del pueblo; y así pudo florecer libremente.

* * *

Amigos míos: hay que hacer otro tanto con esta Dulcinea de la Raza; hay que sacarla de su encierro oficial, a la grupa de los potros americanos.

III

RUBÉN DARÍO, GENIO MUNICIPAL

CON todo, yo tuve que hablar en una Glorieta de Madrid, en la última Fiesta de la Raza. Cuando sepáis que se trataba de bautizar esa Glorieta con el nombre de Rubén Darío, me perdonaréis mi alarde oratorio. Dije así:

«Por delegación del excelentísimo señor Ministro de Cuba (a quien corresponde el derecho de antigüedad), toca al representante de México la honra inapreciable de dar las gracias al Ayuntamiento de Madrid, en nombre del Cuerpo Diplomático hispano-americano — y seguramente interpretando el sentir de tantas naciones —, por la consagración que acabáis de hacer, señor Alcalde, de la Glorieta del Cisne, al alto poeta de los cisnes.

Pero habéis pronunciado, junto al nombre de Rubén Darío, otros nombres, para los americanos sagrados, que arrebatan mi atención a otra parte.

Felicitémonos porque nos ha sido dable presenciar la hora en que las glorias de América pueden redundar en gloria de España. Renuncio a evocar siquiera la enorme suma de esfuerzos de comprensión que a uno y otro lado del mar han hecho falta para que sea posible proponer, en la capital del orbe hispano, homenajes y recuerdos a los padres de América. Sois, españoles, ejemplares en la cordialidad generosa al reconocer y aceptar los valores humanos definitivos, así sean los del otro campo, y (según acabamos de verlo, por la vibrante carta de Grandmontagne) la misma severidad excesiva que adoptáis para juzgaros a vosotros mismos — heroica condición crítica de la mente, que alguna vez ha sido explotada en contra vuestra — se convierte en un extraño y viril desprendimiento, casi impolítico en ocasiones, siempre conmovedor y valiente, para reconocer, cuando es justo, la grandeza del contrincante. Habéis hecho, en la larga historia, un viaje a la tierra de las ambiciones y los poderes. Y estáis de regreso, entre el asombro de los que no siempre aciertan a entenderos, con una filosofía sencilla, en que muchas veces las contradicciones se avienen, formando una síntesis moral superior a los extravíos que todavía están costando a los pueblos lágrimas y sangre.

¡Feliz acuerdo el de consagrar en la Fiesta de

la Raza un homenaje a la memoria del mayor poeta de la lengua durante los últimos siglos! Su nombre, desde hoy, queda incorporado a la vida diaria callejera, de vuestra graciosa ciudad. Y, por justa paradoja y compensación, he aquí que convertís al solitario, al desigual, al rebelde y altivo genio, al pecador torturado y elegante, al león entre tímido y bravío, que de pronto se acobardaba y de pronto comenzaba a rugir; al melancólico que cruzaba la vida «ciego de ensueño y loco de armonía»; al hijo terrible de un continente que es todo él un grito de insaciados anhelos, a nuestro Rubén Darío, el menos municipal de los hombres, en algo tan benéfico y manso como un genio municipal. Acógelo la divinidad que reina en las plazas y en las calles, y nosotros — buenos hijos de Roma — saludamos con ritos públicos, bajo el cielo de otoño, al héroe mensajero de las primaveras americanas.

La obra de Rubén Darío fué obra de concordia latina. América, desde la hora de su autonomía, venía padeciendo las dos circulaciones contrarias del ser que se arranca de la madre. Y mientras, por una parte, la expresión del alma española se purificaba en los mejores gramáticos que ha tenido la lengua — los americanos Andrés Bello, Rufino José Cuervo, Rafael Angel de la Peña, Marco Fidel Suárez—, por otra se dejaba sentir una honda conmoción de

sublevaciones más que juveniles: «¡Desespañolicémonos!», gritaba el argentino Sarmiento. «¡Desespañolicémonos!», gritaba el mejicano Ignacio Ramírez, en controversia contra vuestro gran Castelar... Estos no eran independientes; no están aún desarticulados del centro hispano; eran todavía hijos adolescentes que se alzan contra las tradiciones y costumbres caseras, por su misma incapacidad de reformarlas a su gusto. Más tarde llegará la hora adulta, la hora en que el americano pueda amar a España sin compromisos, sin explicaciones y sin protestas. La hora en que, sintiéndose otro, el hombre se siente semejante a sus familiares y como justificado en ellos. Los dioscuros americanos Rubén Darío y José Enrique Rodó trazan, en trayectorias gemelas, esta elocuente declinación hacia España. Habéis escogido la más alta realización de América para sellar, con su recuerdo, la Fiesta de la Raza, y resulta que, de paso, habéis escogido el nombre de aquél en quien con más plenitud se expresa esta voluntad de amor a España por parte de una América ya emancipada y ya consciente de sus destinos. Porque ya no está a discusión — sino entre los necios y los sordos — el radical casticismo de Rubén Darío. «Francesismo», se ha dicho. Y es verdad, porque Rubén Darío trajo a la masa de la lengua española, trajo a la atmósfera del alma espa-

ñola cuanto el mundo tenía entonces que aprender de Francia. Acaso su condición de hijo de América le ayudaba a dar el salto mortal del espíritu. Nicaragua pesa sobre la mente mucho menos que España, y fué uno de los hijos más pobres el que se echó al mundo a conquistar, para toda la familia, las cosas buenas que entonces había por el mundo. Y un día volvió — hoy así lo vemos — cargado y reluciente de joyas, como un rey de fábulas.

En la gran renovación de la sensibilidad española, que precipita a América sobre España — donde España puede ya sacar el consuelo de sentirse reivindicada por los mismos a quienes se pretendía presentar como víctimas del error hispano —, Rubén Darío desató la palabra mágica en que todos habíamos de reconocernos como herederos de igual dolor y caballeros de la misma promesa.

Poeta sumo, hombre vertiginoso, alma traspasada de sol, tramó con lo más íntimo de sus ternuras y lo más atronador de sus furores la escala de hexámetros de oro, el himno de esperanza más grande que vuela sobre las alas de la lengua:

¡Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!
¡Espíritus fraternos, luminosas almas, salve!»

III

SI LA SONRISA FUERA UN GESTO OFICIAL...

SI fuera válido sonreir en estas ocasiones, yo hubiera explicado mejor mi pensamiento. Yo hubiera dicho, más o menos:

— Señor Alcalde: la discusión sobre el francesismo o el casticismo de Rubén Darío pasa por dos etapas. En la primera etapa, la crítica considera al poeta como un caso agudo de galicismo. En la segunda, lo consideramos ya como un caso excelso de españolismo evolutivo, de casticismo en marcha. (En marcha, claro está, gracias al empuje de Francia.) Todo se reduce, señor Alcalde, a la diversa dosificación de acentos patéticos que se aplique a una conocida frase del poeta. Abrid las *Prosas Profanas* por las *Palabras Liminares* (¡inolvidables!), y leed conmigo:

«Luego, al despedirme — Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París.»

Pues bien, señor Alcalde: en la primera etapa, el acento patético es despectivo para la palabra «esposa» (a la que se considera como elemento prosaico, vulgar, «burgués»), y es sagrado para la palabra «querida» (a la que se considera como símbolo de la poesía y la libertad ideales). En la segunda etapa, el acento patético es sagrado para la palabra «esposa» (elemento básico de la familia, fondo sólido de la vida: lo propio, lo del hogar, lo de mi tierra), y es, si no despectivo, al menos «alegre» sobre la palabra «querida»: jugueteo, pasatiempo, placer y agrado pasajeros.

— ¿De modo — me contestaría el Alcalde — que usted se inclina a esta segunda interpretación, a pesar de que el poeta se haya figurado, en la verde juventud, decir lo contrario?

— Así es, en efecto. Pero entendámonos: todo ha de ser en el supuesto del más grande y rendido amor a Francia, la maestra de dibujo entre las naciones.

CARTAS DE RUBÉN DARÍO (1)

I

ACABA de aparecer un *Epistolario* de Rubén Darío (Biblioteca Latino Americana dirigida por Hugo D. Barbagelata, París, 1920), que abre el apetito sobre la correspondencia del maestro.

Sirve de prólogo al libro una traducción española del excelente artículo sobre Darío, que Ventura García Calderón publicó en el *Mercure de France* del 1.° de Abril de 1916. Hay cartas a Unamuno; entre ellas, la célebre carta — célebre por tradición oral entre los amigos de Darío — con que contestó a cierta salida de mal humor del maestro de Salamanca, quien — si la tradición no engaña — se dejó decir cierta vez que los americanos traíamos las plumas debajo del sombrero. La carta de Darío comienza: «Le escribo a usted con una pluma que acabo de quitarme de bajo el sombrero». Y acaba: «Usted es un espíritu director. Sus preocupaciones sobre los asuntos eternos y

(1) *La Pluma,* Junio de 1920.

definitivos le obligan a la justicia y a la bondad. Sea, pues, justo y bueno». — Hay también cartas a Julio Piquet, «Buen Samaritano de nuestro gran Rubén», escritas desde Mallorca, donde el poeta logró, en sus últimos años — tan atormentados —, algunas horas felices. — Hay un fragmento de carta a Gómez Carrillo, que Ventura dice publicar «no sin reservas mentales», por si Gómez Carrillo hubiere colaborado con Darío al hacer la copia del fragmento. — Hay algunas cartas a Alberto Ghiraldo, que fué buen amigo del poeta. Finalmente, hay una carta de Juan Sureda a Piquet, escrita en Mallorca — Enero de 1914 —, que se ha creído conveniente publicar a título de documento sobre la vida que hacía el poeta en la isla. ¡Ay! A través de esta carta ingenua vemos a Darío, una y otra vez, presa de lo que él mismo, con respetuoso acatamiento del Hado, llamaba «sus crisis».

Puesto que no se ha retrocedido ante esto, bien pudo Ventura haber recogido en el tomito unas cartas — sé yo que las posee — cambiadas entre Darío y Luis Carlos López, el poeta colombiano, con motivo de la colaboración de éste en el *Mundial Magazine*. Darío se puso solemne, y López lo despertó con gracia al sentido del humorismo. — También sé yo de alguien que hubiera podido proporcionar once cartas de Darío a Amado

Nervo (1), y acaso, acaso, algunas dirigidas a otro poeta mexicano, que se refieren a un curioso incidente entre Darío y Salvador Rueda.

Según resulta de este pequeño Epistolario, Darío tuvo el propósito de emprender, en América, al estallar la guerra, una cruzada por la paz, «que es la única voluntad divina». Quería comenzar por los Estados Unidos, «y el México devastado por fraternales rencores». Las luchas internas de México siempre le preocuparon como cosa propia. (En una carta a Piquet, quejándose de sus males, dice: «A mí se me han declarado ya francamente Panchos Villas intestinos y riñones».)

Salvo algunas de las dirigidas a Unamuno, las cartas son de carácter francamente íntimo. Se habla aquí de las «crisis», de los teóricos deleites del régimen de agua pura; de Francisca Sánchez y los 150 francos que el poeta le obsequia para comprarse un abrigo; de las dificultades que nacen de la diferencia de caracteres, a pesar de catorce años de unión; de enviar al chico a la escuela vecina... El libro sólo debe llegar a manos de los amigos de Darío, para quienes parece destinado.

Días pasados he tenido ocasión de releer todas las cartas que nos quedan de Góngora. Salvando

---

(1) Las publicó *La Pluma*, Agosto de 1912.

distancias, la nota fundamental de aquéllas se repite en las cartas de Rubén Darío: ¡la pobreza, la horrible inseguridad económica, que es uno de los peores enemigos del alma! «¡No tengo un real!», exclama el poeta cordobés. Y «¡no tengo un real!», contesta, a través de los siglos, el poeta nicaragüense. Quién sabe qué pasa, que no le pagan puntualmente los Guidos. «El *Mundial* no es mío — escribe a Ghiraldo —. ¡Las cosas de siempre! Si yo hubiera tenido capital para esto, estaría muy rico dentro de poco...» Y, más adelante: «... mi magazine *Mundial*. Digo mío porque soy director. El negocio es para los capitalistas, ya se sabe». Y luego, lo de la Argentina no es seguro; ni siquiera lo de *La Nación*, diario benemérito de las letras hispanas, que merece la gratitud de tantos escritores. Verdad es que los libros producen dinero, sí; pero no para el autor, sino, como él mismo dice, «para este o el otro bandido». Y es que sólo queda una disyuntiva: o hacerse rico a toda costa, como todos los que se hacen ricos, o acabar cuanto antes con el actual régimen del dinero: anular, neutralizar para siempre el problema económico.

> Dejad pasar la noche de la cena
> — ¡oh Shakespeare pobre, y oh Cervantes manco! —
> y la pasión del vulgo que condena.
> Un gran Apocalipsis horas futuras llena:
> ¡Ya surgirá vuestro Pegaso blanco!

II

En el número primero de la Revista *Índice* (1921), apareció la siguiente carta, que firma un discreto aficionado:

Madrid, Junio, 6 de 1921.

A la Revista «Índice». — Madrid.

Señores míos:

En el primer número de «La Pluma» (Junio de 1920), recuerdo haber leído una nota sobre cierta coleccioncita de cartas de Rubén Darío, en que el autor de la nota—creemos que era Alfonso Reyes—hablaba de algunas epístolas cambiadas entre Rubén Darío y el poeta colombiano Luis Carlos López, y se refería igualmente a otras cartas dirigidas por el mismo Darío a «un poeta mexicano», y relativas a un incidente entre Darío y Salvador Rueda.

¿Sería posible averiguar dónde pueden leerse las cartas cambiadas entre Darío y Luis Carlos López? ¿Se trata acaso de cartas inéditas?

¿Sería posible saber quién es ese poeta mexicano, dichoso poseedor de cartas de Darío relativas a Salvador Rueda?

Finalmente, entre los escritores españoles, ¿no se podría reunir una nueva colección de cartas de Rubén Darío, que se publicaran bajo el patrocinio de la Revista «Índice»?

Si ustedes creen que esta carta merece la atención de sus lectores, yo les agradecería que le dieran acogida en un rinconcito de la Revista. Así discutiríamos en público, y entre aficionados, todo lo relativo a este asunto.

De usted atento seguro servidor,

Manuel Restrepo K.

A esta carta, en el número cinco de la Revista *Índice*, contesté lo siguiente:

Madrid, Julio de 1921.

Querida Revista:

Es justa la curiosidad de D. Manuel Restrepo K. Fuí yo, en efecto, quien habló de cartas cambiadas entre Rubén Darío y Luis Carlos López. Estas cartas (dos de López y una de Darío) se publicaron en algún periódico cuyo nombre he olvidado, aunque conservo el recorte. Yo creía haberlas comunicado en

París, allá por 1913 ó 14, a Ventura García Calderón. Pero éste acaba de asegurarme que no conoce estas cartas, y por eso no las incluyó en su pequeña colección. En todo caso, yo las poseo, y puedo mostrarlas al Sr. Restrepo K. cuando guste. No creo oportuno publicarlas — o republicarlas — sin autorización expresa de D. Luis Carlos López. Se trata de un pequeño incidente en que López fué risueño y amable, y Darío se mostró, contra su costumbre, muy agrio; y Darío ha muerto...

En cuanto a las cartas de Darío sobre Salvador Rueda, las posee D. Francisco A. de Icaza, a quien fueron dirigidas.

Me parece una buena idea reunir, entre los escritores españoles, una nueva colección de cartas de Rubén Darío. «Índice» podía encargarse de su publicación. El Sr. Icaza y Juan Ramón Jiménez están dispuestos, según me dicen, a proporcionar copia de las que ellos conservan. Invito a otros a que los imiten.

A. R.

III

«... Pero la hora del epistolario está todavía muy lejos» — escribe Enrique Díez-Canedo.

CARTAS DE JORGE ISAACS

Madrid, Mayo, 1921.

Sr. D. Cipriano Rivas Cherif.

«La Pluma.»

Mi querido amigo: Pocas figuras más representativas en la literatura americana que el autor de María. *Jorge Isaacs toma la pluma — y al punto se le saltan las lágrimas. Y cunde por América y España el dulce contagio sensitivo, el gran consuelo de llorar.*

El romántico caballero judío, hijo de un judío inglés establecido en Cauca, está hecho — afortunadamente — para despistar cierta tendencia a sustituir la crítica literaria con artimañas sociológicas. Tendencia según la cual este creador de la novela de lágrimas debiera ser indio por los cuatro costados.

Caudillo liberal, escritor doliente, hombre de aventura y de ensueño, vive peligrosamente y muere en la pobreza — como muere la gente honrada —

buscando unas utópicas minas en unas tierras inexploradas y salvajes, con la ambición de dejar cierto bienestar a los suyos. Los editores lo han robado. Sus enemigos políticos lo persiguen. Pero él tiene fe en la bondad humana, porque le rebosa el corazón.

En nuestras combatidas tierras de generales y poetas ¡gozan y sufren tanto los hombres! A veces me pregunto si los europeos entenderán alguna vez el trabajo que nos cuesta a los americanos llegar hasta la muerte con la antorcha encendida. ¡Qué espectáculo el de América, amigo mío! Aquéllos caen de muerte violenta, y éstos se matan a sí mismos en un esfuerzo sobrehumano de superación, para adquirir el derecho de asomarse al mundo. «Poetas y generales», decía Rubén Darío. Y algunos, que sólo quisiéramos ser poetas, acaso nos pasamos la vida tratando de traducir en impulso lírico lo que fué, por ejemplo, para nuestros padres, la emoción de una hermosa carga de caballería, a pecho descubierto y atacando sobre la metralla.

Jorge Isaacs se dirige un día a Justo Sierra, el gran mexicano de los tiempos de Porfirio Díaz. Le pide auxilio: siente que puede abrirse con él. Justo Sierra fué toda su vida un consejero y un maestro. Protegió a los poetas y educó a tres generaciones. Gran prosista, historiador elocuente, hombre de ademán apostólico, pero contenido en la mesura

académica, escribió sobre nuestra historia páginas tan sinceras y valientes, que todavía nos asombran, como nos asombra que se hayan podido escribir — y sin escándalo ni falsas actitudes heroicas, sino llenas de serenidad, de inteligencia — en aquella época de «pax augusta» cuyo secreto parece haber sido no poner nunca el dedo en la llaga. Justo Sierra ponía el dedo en la llaga y, como en el consejo de Kipling, siendo muy bueno y muy sabio, ni hacía aspavientos de muy bueno ni hablaba a lo muy sabio. Junto a la naturaleza ardiente y solitaria de Jorge Isaacs, contrasta la vida del gran mexicano, recortada en el perfil impecable, a gusto de una sociedad elegante y exigente. Justo Sierra es ese hombre prudente de Vanvenargues que no necesita abandonar el bullicio de la corte para ser bueno y superior, y tal vez por sólo eso lo es más que quien se aisla en la Tebaida egoísta, donde no hay tentaciones ni conflictos de la conducta.

He aquí tres cartas de Jorge Isaacs a Justo Sierra. «La Plumä» las publicará por primera vez. Las debo a la amabilidad de Luis G. Urbina. Los críticos colombianos sacarán de ellas algunas noticias curiosas. Yo no puedo leerlas sin conmoverme. Veo — al trasluz — todos los dolores de mi América; y algo muy mío, que no acierto a formular yo mismo, se agita y despierta en mí: algo entre

recuerdo y amenaza. Tal vez sea el contagio de las lágrimas.

Justo Sierra no pudo hacer Cónsul de México a Jorge Isaacs. ¿Lograría auxiliarlo de algún modo? ¿Cuándo aprenderemos a dar a los hombres lo que es suyo? Pero ya lo entiendo: lo propio de Jorge Isaacs eran las lágrimas.

Mis amigos de México podrán imaginar conmigo —¡ellos que lo conocieron!— cómo habrán resonado en el alma de Justo Sierra las lamentaciones del autor de María.

Y usted, amigo Cipriano, perdone estos desahogos sentimentales que tan pocas veces me consiento, y dé cabida en «La Pluma» a las cartas de Jorge Isaacs.

Muy suyo,

A. R.

Bogotá, 15 de Marzo de 1888.

Sr. D. Justo Sierra, etc., etc. — México.

Mi estimado amigo: Lo saludo afectuosamente, y tengo mucho placer al repetirle que no he olvidado ni olvidaré nunca todo lo que en honra y estímulos debo a su bondad.

Pronto he de escribirle largo, y estas líneas tienen únicamente por objeto recomendarle a mi compatriota el Sr. D. Juan de Dios Uribe, que quizá vaya pronto a ese país.

El Sr. Uribe, afamado escritor en Colombia, talento admirable, es miembro de una familia llena de merecimientos por los servicios que sus ilustres varones han prestado a la República desde 1810: sangre de buenos, de altivos tribunos y de sabios demócratas corre en sus venas; ama lo que ellos amaron; muy joven todavía, sabe ser lo que estaba obligado a ser.

Se le proscribe y, según me ha dicho su noble y virtuosa madre, él tendrá necesidad de ganarse la vida con su pluma en alguna nación de la América española, siendo casi seguro que prefiera ir a México.

Ruégole a usted, lo mismo que al Sr. D. F. Sosa y demás ilustres mexicanos que a Colombia aman y con su cariño me honran, quizá más de lo que merezco, hagan en favor del Sr. Uribe lo que harían por un hermano mío. Comuníqueles esta carta, que es también para ellos.

Soy su leal amigo y s. s.,

JORGE ISAACS.

Ibagué (Colombia), 4 de Mayo de 1888.

Sr. D. Justo Sierra, etc., etc. — México.

Reciba un abrazo mío. ¡Quién sabe cuándo le pueda dar uno de veras!

Acabé los estudios de la costa felizmente, con mucha fortuna. Las hulleras que descubrí en el Golfo de Urabá (Daríen del Norte) son una riqueza fabulosa. Estoy ya asociado para coronar la empresa, contratar en el extranjero, etc., etc., con la fuerte y bien acreditada casa de los Sres. José Camacho Roldán & Compañía. El socio administrador de la casa irá en Junio y Julio a los Estados Unidos y a Europa, ocupado en esa labor; y en Agosto o Septiembre me reuniré en la costa con el ingeniero docto que el Sindicato constituído al efecto envíe a estudiar las hulleras. Hallarán que son más de lo que — sobrio en mis informes — he dicho.

Es vía recta ya. Sólo se requiere un último esfuerzo, *y ya está,* como dicen los chilenos. Le prometo que tan luego como deje *organizado* aquí, después, el bienestar de mi familia y el trabajo de mis dos hijos mayores, Lisímaco y Jorge, me diri-

giré a los Estados Unidos, para de ahí, ya estudiados por algunos meses, pasar a México. Lo demás dará tiempo.

Quizá vuelva medio muerto de mi último viaje a Urabá, etc. Pero, ¿cómo no he de tener merecida la felicidad de ver a mi familia completamente dichosa algunos años?

Le recomendé a usted hace dos meses al señor D. Juan de Dios Uribe, distinguidísimo escritor de Colombia, que salió desterrado. Sé que usted, el señor Sosa (a quien saludo cariñosamente) y sus muchos amigos liberales, harán por Uribe obra buena. Mil y mil gracias a todos desde ahora.

Uribe, acá para los dos, tiene la desgracia de ser aficionado a beber. Mucho lo aconsejé y lo aconsejó su virtuosa e inteligente madre, para remediar aquel mal. Por temporadas, deja el maldito vicio, y entonces su cerebro es un foco inagotable de luz, y las tinieblas, los buhos y los vampiros están de pésame. Puede ser que allá, solo, teniendo que hacerse a las consideraciones, cariño y admiración de hombres como usted, Uribe se domine y se cure para siempre. ¡Cuánto ganaría con ello Colombia! No sé cómo le insinuará o le hará insinuar usted algo en ese sentido. Le ruego lo haga. Pero verá usted qué manera de escribir, qué fuerza intelectual de muchacho, qué alma tan grande.

Los Sres. Aguilar e Hijos, tipógrafos de esa ciudad, me han escrito la carta que hoy contesto, y me tomo la libertad de incluirle esa contestación, porque conviene la vea usted. Me dijeron (15 de Octubre del 87) que le habían entregado a usted una caja con 100 ejemplares de la última edición de *María* que han hecho. Si el número de ejemplares del obsequio hubiera sido siquiera de 250 ó 300 (y habría sido justo), podría presentarse en la prensa mexicana, como ejemplo aprovechable en toda la América latina, el procedimiento caballeroso y justo de los Sres. Aguilar. Ruégole remita los libros a Cartagena al Sr. Amaranto Jaspe, muy bien aforrados y recomendados.

Su leal amigo,

ISAACS.

Ibagué (Colombia), 19 de Marzo de 1889.

Sr. D. Justo Sierra, etc., etc. — México.

Reciba usted un cariñoso abrazo. Meses hace que no le escribo. Desde Mayo de 88 he tenido que trabajar duramente en unas minas que están como a seis leguas al S. O. de este pueblo, en hoscas montañas.

En mi última carta le hablé del envío de 100 ejemplares de *María*, de la última edición hecha en México. Son obsequio bondadoso de los señores Aguilar e Hijos. Ellos me escribieron el 15 de Octubre de 87, y en su carta decían que los 100 ejemplares serían puestos en poder de usted. En Bogotá, amigos a quienes hablé de eso desean que lleguen los libros, y si la edición es tan bonita como me lo aseguró el Dr. Mejía, serán esos ejemplares muy estimados.

Es difícil enviar con acierto a Colombia la caja. A Panamá puede usted dirigírsela a alguna casa respetable, para que la remita a Barranquilla. Si puede venir directamente a este puerto de Barranquilla, vendrá bien encomendada a los Sres. Ferbuson & Noguera. Yo les escribiré diciéndoles a quién deben remitir la caja a Honda, puerto del interior, en el río Magdalena. Mucho agradeceré a usted sus cuidados, etc., en el envío de esos libros. Los Sres. Camacho, Roldán & Tamayo deben recibir en Bogotá los libros. Si el Dr. Salvador Camacho Roldán estuvo en la ciudad de México en 1888, como se me asegura, tendría el placer de tratar a usted; si así ha sucedido, ya tiene usted el medio de enviar los libros a Colombia con seguridad; él se lo habrá dejado en sus indicaciones.

Y a otra cosa.

En todo el mes de Abril próximo volveré a la costa atlántica con el fin de visitar, con un ingeniero que ha de venir de Europa, las hulleras que, en el Golfo de Urabá o Darién del Norte, descubrí en 1887. Si mi apoderado en Europa y Estados Unidos para agenciar ese negocio, el Dr. José Camacho Roldán, hermano de D. Salvador, acierta en sus procedimientos y labor, como lo espero, la Compañía que tome a su cargo la explotación de esas riquísimas hulleras hará cuantiosas, incalculables ganancias. Temo únicamente que se retarde por algún motivo la negociación del Dr. Camacho Roldán. Esto contrariaría en absoluto mis proyectos para lo futuro. En el resultado de mi penosa labor en las costas del Atlántico — que estudié mucho desde 1882, desde Cabo Falso a Punta Espada, en la Guayra; hasta Pisisí, en el Golfo del Darién —, tengo fincada la esperanza de aliviado vivir en lo venidero, y la posesión de algún patrimonio para mi familia. A veces me figuro que son inútiles mis esfuerzos para adquirir esa fortuna modesta; que debo resignarme a que no tenga mi familia, mientras exista yo, más de lo puramente indispensable para no caer en horrible miseria. Así luchamos desde 1862. No se espante usted de esa fecha: somos valientes, y habiendo yo tenido ocasión de enriquecerme en altos puestos públicos que

ocupé desde 1876, si no hubiese preferido a todo mi honra, mi pobreza es hoy mi orgullo.

Temo también que, gobernando hoy a este país los hombres que usted sabe — conservadores ultramontanos —, se estorbe de algún modo, al fin, que yo obtenga resultado definitivo de las arriesgadas labores de que antes hablé. Mucho valen para el país, realmente, aquellos yacimientos de hulla, tan inmediatos a Colón; mucho le valen por su grande riqueza, que el comercio del mundo aprovechará; pero, ¿qué quiere usted? No he trabajado en un país que sepa y pueda recompensar tales esfuerzos afortunados: hecha en México, la Argentina o Chile tal obra, hoy sería yo rico. Aquí es diferente: aún no poseo ni una casa humilde para hogar de mi familia, y todavía batallo para vivir en pobreza. Si mi espíritu fuera capaz de míseras fatuidades, ya me habría imaginado que tantos dolores y agonías de años y años son la gloriosa tortura de que en vano han querido librarse en vida otros infelices, conquistadores de la honra y bienestar que hoy disfrutan sus compatriotas. Pero no: todavía no he podido yo hacer nada que me haga merecedor de los tormentos de aquellas almas excelsas.

Y bien, amigo mío, seamos previsores: necesito serlo para que más tarde no me acuse la conciencia de ceguedad y de no haber sido franco al hablarle

a usted de cosas íntimas. Eso que en 1886 se escribió en los periódicos de México sobre mi angustiosa situación, era la verdad. Así había sucedido de 1882 a 1884; así desde Septiembre de 1885, concluída la campaña desastrosa en que nos comprometieron los mentores del liberalismo en ese año. Yo negué lo que publicaban nobles escritores mexicanos; negué la verdad por honor de mi país. Usted vería, quizá, ese escrito mío publicado en *El Promotor,* de Barranquilla. ¿Y sabe usted cómo agradecieron mi abnegación mis compatriotas? Un tal Jorge Abello, un quídam, uno de los redactores de aquel periodiquito, hizo burla soez, digna del «boga», porque diz que los redactores de la hojita no habían sabido en qué me ocupaba yo en la costa, ni si me hallaba en México o en Colombia. Verdaderamente, habían creído que yo estaba en México... ¿Para qué decirle a usted más?

Confiaba yo mucho entonces en el inmediato buen éxito de mis trabajos, y en ellos arriesgaba la vida, dejando las tumbas de mis compañeros en playas de los desiertos.

Si los resultados de aquella labor se retardan o se frustra mi esfuerzo, tendré que padecer mucho: quedaré endeudado con los gastos que está ocasionando el viaje de D. José Camacho Roldán a Europa y Estados Unidos; será inevitable que mi

familia y yo continuemos habitando este lugar, donde ella vive como desterrada desde 1880; tendré que ausentarme de cualquier modo, en busca de trabajo, dejándola en tristeza y casi abandonada, como otras veces. Ya es demasiado para mis fuerzas, amigo mío; y en tal situación tendré, como siempre, la indiferencia «respetuosa» de los payos ricos que hay en este lugarejo — ricos para vivir aquí —, y la indiferencia cruel de los hombres que hoy gobiernan a Colombia.

En el Cauca podría establecerme menos difícilmente; pero se necesitaría, para eso, poseer siquiera un pequeño capital. Y en esa comarca donde nací, tal vez no me dejarían vivir, por temores y celo del partido conservador: allí soy amado de los mozos liberales que han combatido a mis órdenes victoriosamente.

¿En qué manera podría usted, ayudado del Sr. Sosa y sus otros amigos, tenderme manos que me ayudaran a salvar este abismo? Después, todo sería hacedero y soportable: todavía estoy vigoroso, aún puedo mucho.

Usted sabe que en México se han hecho ya catorce ediciones de *María*, y las hechas en los demás países de Hispano-América, sin contar éste, pasan de veinticinco. ¿Qué resultado supone usted que daría en México algo que se hiciera con el fin

de excitar a los editores del libro a formar un fondo que recompensara, siquiera en parte, mis derechos como autor de ese libro? ¿Qué efecto daría, hecha desde allá, una excitativa semejante a los demás editores de América que, perjudicándome tanto, han hecho ediciones sin consentimiento mío? Hagan en ello, usted, el Sr. Sosa, el Dr. D. Mejía, y mis otros bondadosos amigos, lo que juzguen mejor y *más delicado.* Si nada creen bueno hacer a ese respecto, apruebo de antemano lo que resuelvan.

Otro medio es posible. Si el Sr. General Díaz sabe quién soy, y de lo que puedo hacer juzga, ¿tendría inconveniente para honrarme con el nombramiento de Cónsul general de México en Colombia? ¿Lo permiten las leyes mexicanas? Yo me esforzaría, a fin de servir ese empleo de modo que mi labor no fuese inútil para México; y si algo puede valer mi profunda gratitud, el ciudadano eminente que hoy preside aquella nación tendría, no sólo mi gratitud, sino la de mis hijos y la de los colombianos que me aman.

Aunque escritos con el alma, trazar esos últimos renglones ha sido más difícil para mí que escribir muchos capítulos de aquel libro — poema de mi corazón — que usted admira. Prosa de la existencia. . . ¡Cuánto cuesta el vulgar vivir! ¡Lo que uno es capaz de hacer por amor a estos niños adorables

que han sido mi único consuelo y alegría! ¡Cuán espantoso y cruel es pensar que los dejaré en el mundo desvalidos!

No relea usted esos renglones. Proceda como mi hermano. No olvide, al proceder en un sentido u otro, que está de por medio mi nombre; que no pido limosna a los editores que en América han especulado con mi trabajo; que si es digno de admiración y todo acatamiento el Presidente de México, yo... yo soy, por carta de naturaleza, ciudadano de toda la América latina, hermano de todas las almas que en ellas laboran bendecidas y luchan gloriosas, complementando la obra de nuestros libertadores.

Adiós hoy. Sus cartas me vendrán bien a Cartagena, bajo el sobre del Sr. Dr. Henrique de la Espriella.

Le encargo un abrazo cariñoso para el Sr. Sosa. ¿Le habrá llegado mi respuesta larga a su carta de 27 de Abril de 87? No he vuelto a recibir otra de él.

Su leal amigo y seguro servidor,

JORGE ISAACS.

Postdata. — Le incluyo, tomado del núm. 7.262 del *Diario Oficial de Colombia* (26 de Diciembre

de 87), lo que, sobre hulleras estudiadas por mí, hasta entonces se publicó. La prensa del país — encogida algo la de los conservadores — aplaudió y admiró lo hecho y obtenido. ¿Sería útil reproducir en México esos documentos?

EN MEMORIA DE JOSÉ DE ARMAS

Ha muerto recientemente en La Habana, adonde había sido llamado, tras de varios años de ausencia, para dirigir un periódico, el escritor cubano José de Armas y Cárdenas — sobrino de Augusto de Armas, el de las *Rimas bizantinas* —, «Justo de Lara» por nombre literario, y Pepillo en la intimidad.

Pepillo fué huésped de Madrid durante mucho tiempo, y alguna vez dió conferencias en el Ateneo sobre Shakespeare y Cervantes. Era muy versado en literatura comparada de España e Inglaterra. Deja varios libros de crítica e historia literaria. A propósito de él, escribe José María Chacón:

«Vivió Armas, durante los años de su niñez, en un impresionante ambiente polemista y luchador. Fué su padre un gran periodista, que ponía el mismo ánimo de violencia y combate en las páginas políticas, que mucho tiempo escribió para los principales diarios de La Habana, y en el examen retórico de las poesías completamente inofensivas y completamente olvidadas de López de Briñas. Eran

aquellos tiempos en Cuba de exaltación tribunicia: sus cualidades coinciden con las de la España de la Restauración. Armas, sin embargo, y como nuevo ejemplo de autodidactismo americano, realiza en ese tiempo una obra de información segura, de espíritu sobrio, de crítica mesurada y certera. Su conferencia sobre Lope de Vega, sus páginas sobre la *Dorotea,* su examen del falso *Quijote,* no fueron sólo una obra de utilidad crítica, sino la afirmación de una modalidad distintiva en su producción, que es también singular característica en un selecto grupo de escritores cubanos: la moderación, la claridad, el sentido preciso de la palabra adecuada. Contra una aparente tendencia de las letras cubanas, que pudiéramos designar con el pintoresco nombre de *tropicalismo,* estos escritores, dispares en el tiempo y en la obra realizada (Domingo del Monte, Nicolás Heredia, José de Armas, Enrique José Varona...), evitan todo matiz oratorio en su estilo, aspiran a una perfecta sencillez en la expresión, consiguen una justa correspondencia entre la idea y la palabra, dando así a su obra un vivo sentido de claridad y armonía.

»Armas, en su contrastada vida de escritor, fué depurando más y más estas cualidades. Su excelente libro sobre Cervantes — obra divulgadora en gran parte, pero con capítulos muy personales y atra-

yentes — expresa el momento de mayor perfección en este proceso. Y junto a las nobles cualidades del estilo en correspondencia con las notas más espirituales de la producción, hay en el escritor una curiosidad fecunda, un deseo fervoroso de contemplar con libertad la vida. En la lista de sus ensayos veremos los temas más peregrinos para ser tratados por una pluma española o americana: el *Fausto* de Marlowe, el *Diario* de Samuel Pepys, el humorismo de Sterne. Ya entonces adquiere un pleno dominio de la lengua inglesa, ejerce el periodismo en los Estados Unidos, escribe largos años en *The Sun,* hace frecuentes viajes como redactor del *Herald,* de Nueva York, por América y Europa. En uno de estos viajes, por su solo prestigio de periodista, consolidado en los Estados Unidos, salvó de una muerte cierta a un Presidente de Haití, con su Consejo de Ministros, sentenciados ya en juicio sumarísimo; estos viajes, descritos con un sentido directo, en la forma atractiva de conversación con el amigo a quien hacía tiempo no veíamos, son una de las páginas literarias más bellas, más llenas de intimidad que dejó Armas.»

Usted, amigo Díez-Canedo, recordará seguramente a Pepillo: solíamos ir juntos a saludarlo. Vivía, casi desterrado, en un hotelito de la Guindalera. ¿No es verdad que su trato era cautivador, y

que no aparentaba los muchos años que ya tenía, en aquella su complexión robusta de Júpiter bondadoso? Se enteraba con el mayor interés de los «valores nuevos», y manifestaba sus opiniones con una sinceridad que no caía nunca en rudeza. No se adaptaba muy bien a la vida española. Sospecho que no llegó a conocerla. Ya he dicho que vivía como desterrado, en destierro que compartía con él su hijo, el pintor; en destierro impuesto por los males de su señora. La pobre señora padecía una enajenación mental que, a veces, producía efectos exquisitos y encantadores. Su locura era la locura de la afabilidad, de la solicitud: le daba por ser maternal y hospitalaria con todo el mundo. Y como conservaba aún destellos de inteligencia, el resultado era tan hermoso que hacía preferir la locura a la cordura. Y el pobre Pepillo la contemplaba y llevaba con paciencia, con respeto, sin atreverse a gustar de aquellos deliquios de bondad que no eran hijos de la razón: como se soporta un mal sagrado. La contemplaba y llevaba con paciencia... pero ¡ya no podía escribir! Fuera de su obligatoria tarea como corresponsal del *New York Herald,* le resultaba muy difícil cultivar la viña del alma, amargada por el dolor y la ausencia. Además, una sorda enfermedad lo minaba. Se pasaba los días en cama; en cama recibía a los pocos amigos de su confianza.

Cuando se sentía muy solo, era frecuente que recibiera uno alguna esquelita con una letra regular y clarísima, recordándole el camino de la Guindalera. . . ¡Pobre Pepillo, tan superior y tan bueno, que viviendo en Madrid no vivía en Madrid, y teniendo una compañera amorosa no tenía compañera! Los hombres de su tiempo habían muerto en gran parte. Y cuando al fin, como Rip Van Winkle, regresó a su patria, fué sólo para regresar a la patria de todos. Descanse en paz.

ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

I

LA LEYENDA AMERICANA

CON gran perjuicio nuestro — nos dice el escritor venezolano Pedro Emilio Coll — suele asegurarse en Europa que mi país es inhabitable por su mal clima.

Y nos muestra, en el primer número de la revista *Cultura Venezolana*, un estudio del doctor Alfredo Jahn, sobre la climatología de Venezuela. Procura el autor indagar la temperatura media anual de aquel país, con ayuda de los datos que existen en los Observatorios, donde los hay; y donde no los hay, valiéndose del método de Boussingault, que «permite conocer con rapidez y con una precisión a veces sorprendente la temperatura media anual de un lugar cualquiera». De las numerosas experiencias y mediciones, resulta una temperatura media que oscila entre 26,7 y 28,5 para las costas; entre 16,7 y 28 para los valles y serranía del Caribe; entre 4,5 y 26 para los sitios de la cordillera de los

Andes, que alcanzan cumbres de más de 4.000 metros; y entre 22,5 y 28,4 para los llanos y lugares próximos a los llanos.

Causas de muchos órdenes han contribuído a propalar por Europa las más absurdas leyendas sobre las condiciones de la vida americana. En su *Guía psicológica del francés en el extranjero*, Marius André dedica varias páginas a rectificar estas fantasías. La ignorancia de las cosas extranjeras le parece uno de los errores que más importa corregir; y la parte de la obra en que explica cómo se descubre la América en el *Bottin*, es la que contiene más enseñanzas. El autor, con sólo el estudio de cifras y nombres que aparecen en la famosa guía internacional, pudo escribir una pequeña monografía sobre Costa Rica, que mereció la aprobación de un costarriscense entendido. No hay, pues, que buscar los datos laboriosamente ni revolver una veintena de volúmenes: el examen de una guía autorizada, un poco de buena voluntad, otro poco de lógica, bastan para adquirir nociones sensatas sobre los países extranjeros.

Por lo demás, claro está que también toca a América su parte de culpa en esas leyendas absurdas. Acontece aquí lo mismo que — según explica *Azorín* — acontece entre España y Francia: eso de la navaja en la liga es una representación falsa y gro-

tesca de la mujer española; pero algo de ello hubo, no sé cuándo, en yo no sé qué rincón de España. Y también entre los americanos más crédulos corren injustas leyendas sobre España. A los escritores americanos que aquí residen toca rectificarlas: a ellos también toca rectificar, para el lector español, la fábula de América.

II

FIJÉMONOS en algunos aspectos de esa fábula, sin temor de exagerarlos al exponerlos, porque aquí no hay tiempo para matizar demasiado.

Quiere la leyenda, en primer lugar, que todo país de la América española sea, como dicen los franceses, un «petit pays chaud». Ahora bien, en cuanto a la pequeñez, ya se sabe que las Repúblicas de la América Central son pequeñas. Pero hay otras mucho mayores que Francia y España juntas: en la América del Norte, México, que tiene 2.000.000 de kilómetros cuadrados; en la América del Sur, el Brasil (8.500.000), y la Argentina (2.800.000). Francia y España, sin contar las colonias, dan un total de sólo 1.040.408.

En cuanto a la calidez, véase lo dicho sobre Venezuela. En la meseta central de México se ignora el ardoroso verano de París y Madrid. Nadie necesita veranear fuera de la capital, y las lluvias diarias del estío — lluvias de una hora y de media hora — parecen en aquella ciudad más reglamentadas que

los servicios municipales. Una diosa local — a la manera romana — cuida de que la temperatura se mantenga en un agradable término medio que, desde luego, hace inútil el traje de verano y casi no exige el gabán. Pero, como sucede en Europa, hay también en América zonas muy calurosas y zonas muy frías. El verano de Veracruz o de la Habana puede compararse al de Sevilla. El invierno en la ciudad de Toluca o en el norte de México, es ya un invierno europeo.

Cuenta Rufino Blanco-Fombona *(La Lámpara de Aladino)*, que cuando él buscaba algún calorífero más eficaz que el castizo brasero, «contemporáneo del hombre de las cavernas», la gente se reía de él, pensando que, a fuer de tropical, no estaba acostumbrado a los climas de Europa. No les ocurre pensar — añadía, como hombre que, en efecto, ha vivido mucho tiempo en Europa — «que a lo que no estoy acostumbrado es a vivir sin ciertas comodidades». Efectos son éstos de la realidad y la leyenda combinadas. Porque, en verdad, esas casas madrileñas que *ya* no tienen chimenea y *todavía* no tienen calefacción, con ser inadecuadas para Madrid, no lo serían para algunas tierras de América. Por otra parte, no seamos crueles para el amoroso brasero castizo, para la camilla doméstica, verdadero centro del coro familiar en las veladas de

invierno, y procedimiento de calefacción que parece precisamente inventado para la mesa de los escritores pobres.

En segundo lugar, la leyenda pide que todo país americano sea una isla. Aquí se dijera que Europa trata de contrarrestar, incurriendo en el error opuesto, la creencia del descubridor, para quien las Antillas hicieron oficio de continente. En la misma revista *Cultura Venezolana* encontramos un artículo de Manuel Díaz Rodríguez (1), donde hay esta anécdota representativa: en una pensión de París hablan de América españoles y americanos. La Marquesa de Pleamar (así prefiere Díaz Rodríguez llamarla) manifiesta cierta duda sobre la situación geográfica de aquellas Repúblicas. Y el Marqués de Pleamar aclara, categórico:

— ¡Naturalmente, mujer: si son islas!

En tercer lugar, para la leyenda todos los americanos son negros. Conocido es el fundamento de esta leyenda: los europeos, que necesitaban muchos esclavos, han importado a América, en distintas épocas, negros africanos. Algunos hay en la América española; pero muchos más hay en los Estados Unidos. En la gran República del Norte es fácil medir

---

(1) *Sangre de Hispania Fecunda,* recogido en el volumen de los *Sermones líricos.*

la población negra, porque una imperiosa reglamentación la mantiene alejada del blanco. En cambio, en la América española no es posible apreciarlas, porque — como nota el vizconde Bryce — no existe allá el prejuicio de raza, y el negro puro ha desaparecido al cruzarse. Según ciertas leyes biológicas, en algunos de los puntos de América donde se halla esta población mezclada, como en Cuba y en el Brasil, los caracteres del blanco tienden a predominar con sensible rapidez. El año de 1910 — datos de *The Statesman Year Book* — había en los Estados Unidos 9.800.000 negros. En América se nota un sedimento — en evanescencia — de mulatos, por algunas zonas limitadas de Colombia y de Venezuela, Cuba, Santo Domingo y Brasil. Exceptúense las colonias yanquis y europeas — Indias occidentales — y los negros de Haití que no son América española (1). Donde verdaderamente hay negros, no es, pues, en la América española.

Pero puede haber contribuído a la leyenda el hecho de que la población indígena de América sea de color moreno, aunque nada tenga de común

---

(1) Para que el lector aprecie, hasta donde es posible, las proporciones, conviene recordar que en Cuba, durante tres siglos de trata, el régimen de esclavitud introdujo sólo 372.449 negros. Véase C. Pereyra, *Humbolt en América*, página 199.

con el tipo africano. Trátase de un color moreno que no difiere del moreno de Andalucía, y que a lo sumo produce ejemplares de «morenicos de color verde», como aquel de la copla clásica, por quien no hay «fogosa» que no se pierda.

Finalmente (¿cómo poner coto a la leyenda, cuando se convierte en cuento para niños?), hay quien pretende que en América sólo se hallan loros. Y es que el loro vino de América, como también vino de América el oro. (Y perdónese el equívoco, no buscado.) Y también muchas cosas buenas y malas, como las que Europa llevó a América. ¿Qué decir de los americanos que se empeñan — aunque en son de mofa — en asegurar que España sólo exporta curas y toreros? Pues tanta sinrazón hay en una parte como en otra. Y no falta en América un chusco desabrido que quiera achacar a España peores culpas imaginadas, como no falta quien haya dicho aquí — aunque por burla — que los americanos no tienen aspecto de hombres.

III

Pío Baroja, en su reciente libro *Juventud, Egolatría,* dice, junto a ésta, muchas otras arbitrariedades que se le ocurren. Algunos escritores de América le han contestado con pasión. Díaz Rodríguez envuelve, en una misma honda polémica, a López Ballesteros y a Pío Baroja. Díaz Rodríguez es ferviente amigo de España: sus bellos libros lo demuestran. Le sublevan las palabras de Pío Baroja sobre América, y ve con indignación que al señor López Ballesteros le desagraden los elogios que él, Díaz Rodríguez, ha hecho de la «España niña», y las esperanzas que en ella ha puesto. No puede considerarse ligeramente un solo rasgo de la pluma de Díaz Rodríguez; yo respeto la indignación del claro escritor venezolano.

Pero consideremos con serenidad lo que a Pío Baroja se refiere. Convengamos en que todo escritor tiene sus ratos de mal sueño, o de capricho, o de buen humor más o menos comedido. Estas tra-

vesuras serán tanto más excusables, cuanto mayor sea el mérito del escritor en cuestión. Las humoradas de Baroja, que no sólo van contra América, sino contra muchas otras cosas igualmente respetables, ¿por qué han de ofender a los americanos? Lo único que cabe es, ante todo, discutir su oportunidad. Lo cual, tratándose de América y de un escritor español de tal importancia, puede ser motivo, no de una polémica, sino de un simple reparo. Y cabe además discutir sobre si las burlas en cuestión son o no de buen gusto y revelan o no un tacto discreto. Y nada más.

Porque tampoco sería cuerdo buscar en una humorada de Baroja la actitud de las nuevas generaciones de España para con América. Y el mismo Baroja — que es, además de gran novelista, hombre de buena fe — nunca consentiría que se diese tanta seriedad a sus ligerezas. Yo quisiera asegurar desde aquí a mis amigos de América que la verdadera inteligencia con la España nueva es posible ya, y ya ha comenzado. El año 1915, desde las páginas del semanario *España* (tomo I, número 4), José Ortega y Gasset se expresaba así: «Es América el mayor deber y el mayor honor que queda en nuestra vida. ¡España, España es el único pueblo europeo que no tiene una política de América! ¿Cómo es esto posible? No queda a nuestra raza otra salida por el

camino real de la Historia, si no es América (1)». Y justo es recordar que estas palabras no las provocaba un fausto suceso, sino uno de los más lamentables que se registran en la historia diplomática de España en América; suceso que en otros tiempos, o en otros pechos, sólo hubiera provocado injurias y arrogancias.

Y ahora pregunto: cuando a un golpe se contesta con una idea, cuando hay en España una voz autorizada que conteste a un ataque con una firme voluntad de concordia, ¿qué más falta para que la inteligencia sea completa? Nada más, sino que hagamos lo mismo los americanos.

---

(1) Años más tarde, Unamuno exclama: «Si yo fuera joven, me iría a América». Araquistáin habla de la «integración en América y desintegración en España»; y Grandmontagne — hombre de espíritu fronterizo, en perpetua confrontación de ambientes mentales, como lo define el propio Araquistáin — viene a decir lo mismo; aunque es verdad que la simpatía de Grandmontagne por América es muy limitada: lo infiero de sus conversaciones conmigo, en el Casino de San Sebastián, a propósito de los problemas de México.

EL IMPERIO DIALECTAL DE LA «SE»

SOÑÁBAMOS un día «Xenius» y yo en alzarnos para constituir algo como un imperio dialectal: la «Liga de la Se». Expliquémonos: la liga de los pueblos que pronuncian la «c» como «s».

España contribuiría con zonas del Norte y del Sur — las provincias Vascongadas, Cataluña, Andalucía y el «mar territorial», digámoslo así, que las rodea —. Asturias y Santander darían contingente, aunque no de muy buena gana, porque allí, cuando se pierde la «c» se da una «s» que se aprieta y llena de borra hasta convertirse en una ingrata «sh», que la ortografía del siglo XVI representaba por la letra «x» (de donde viene la «x» de México, tierra de los «Meshica»). Y como, prácticamente, toda la América española vendría a la Liga — sin contar con algunos grupos judíos, africanos y balcánicos — resultaría comprobado que la madre robusta y fuerte engendra hijos que la superan: el Imperio Dialectal de la «Se» superaría con mucho al pequeño corazón central de ambas Castillas, donde la «ce» se pronuncia en toda su pureza... Castilla: Roma:

grandes experiencias políticas cuyo éxito se funda en la paradoja aparente: ensayos de inyectar sangre al mundo desde un pequeño y repleto corazón.

En la economía del alfabeto, lo que gana la ese por ilegítima parte, puede decirse que tiende a perderlo en su dominio propio, pues la desaparición de la ese final o en posición inversa («lo pájaro» por «los pájaros» y «ete hombre» por «este hombre») es fenómeno general en Andalucía y en las Antillas. A cierto joven antillano que pasó por México — donde se articulan las consonantes a un grado doloroso, que al español peninsular le causa el efecto de la pedantería rebuscada — le pusieron allá por mote: «Fuga de consonantes». Su habla era un muelle océano de vocales, donde flotaban, apenas sensibles, algunos residuos de consonantes, como algas deshechas. En México, por las costas del Golfo (el «jarocho» de Veracruz) se transforma fácilmente la ese en jota («ejto» por «esto»), groserísimo caso de sustitución del sonido culto y cortesano por el ruido despeinado y palurdo. En cuanto al habla andaluza, lo mismo se encuentran casos de «seseo» que casos de «ceceo», porque tal parece que la lengua se ha vuelto loca. Y lo curioso es que todos los fenómenos que gruesamente se agrupan bajo la denominación de «habla andaluza», pueden registrarse en España ya a pocos kilómetros de

Madrid, en los Cigarrales de Toledo, y más bien constituyen un matiz común del habla española vulgar. En este sentido deben rectificarse las inferencias del maestro Rufino José Cuervo que, juzgando por las reminiscencias andaluzas del habla americana (es decir: por los dejos del antiguo español vulgar), supuso, acaso equivocadamente, que el fondo principal de las primeras poblaciones coloniales de América procedía todo de Andalucía.

Cuando yo llegué a España, aunque a través de Francia, traía ilesas todas mis pronunciaciones mexicanas. Navarro Tomás, del Centro de Estudios Históricos, cayó sobre mí con voracidad, desmenuzó mi habla en sus máquinas de cilindros, y me extendió una especie de fórmula de mis dolencias dialectales. Entonces supe que en España nunca se ha pronunciado realmente la «v» como cosa diferente de la «b», y que, en este sentido, nuestro gran orador Urueta cometía un error de rústico cultiparlante cuando, en sus admirables discursos, cantaba su amor a la «Fida» (a la Vida). — Entonces me convencí de que la «ll» igual a la «y», que yo traía de México escondida como un rubor, campea a la luz del día por las calles de Madrid, sin que nadie le diga nada ni los gramáticos la lleven a la cárcel; que la verdadera «ll» española resulta un cultismo difícil de pronunciar, y que los niños tie-

nen que aprenderla en la escuela trabajosamente, como un sonido extranjero. Caí en la cuenta de que mi «j» apenas era una «g» suave española, por lo delantera y deslizada, y que donde yo creía decir: «Méjico», sólo acertaba a decir «Mégico» y, en mis malos ratos, «Méhico». De aquí partió mi horror a la profunda y carrasposa «j» castiza que, según he dicho en los *Cartones de Madrid,* me parece, junto con el viento helado del Guadarrama — verdadera atmósfera en movimiento a lo largo de los meses que tienen «r» —, una de las causas de la insoportable tos de Castilla, que ensordece iglesias y teatros.

Pero Navarro Tomás atenazó sobre todo mi «s» mexicana, matizada sin duda con ciertos condimentos de mi pronunciación familiar. Mi «ese» resultó (y sospecho que lo mismo acontece a muchos americanos) una «ese» muy diversa de la española, con parentesco andaluz o seudoandaluz, y fortuitas simpatías francesas: una «ese» que se pronuncia con la punta de la lengua apoyada en los alvéolos de los dientes de abajo, siendo así que la «ese» castiza (para mí difícil, aunque no imposible) se pronuncia con la punta de la lengua en los alvéolos de arriba. Además, mi «ese» se retorcía en largas complacencias sibilantes, casi pecadoras según me han dicho, porque incurría en el error que los teólogos llaman

«delectación morosa», y que consiste en la contemplación gustosa del mal. Y ahora recuerdo que cierto amigo mío, no mexicano, encontrándome en un salón, me dijo un día: «Oí muchas «eses» y comprendí que andabas tú por aquí».

El tiempo, la experiencia, los desengaños — lo mismo que el trato frecuente del español de España — han ido desgastando mi «s». Ya no es la «ese» de mis tiempos heroicos. La labor del minuto y el prodigio del año comienzan por desportillarme la «ese», ensayándose así para después desportillarme los dientes. No se vive y se sufre en vano; y espero con espanto el día en que me sorprenda yo mismo pronunciando, en vez de «ese», esa horrible «ere» chulesca, tan frecuente en España, de los que dicen «lor cuellor» en lugar de decir «los cuellos». Con todo, yo soy fundamentalmente *seístas*, y amo la «se» como un dulce error de juventud, secreto y a solas cultivado.

A tales divagaciones me arroja el haber paladeado todos estos meses de estío la «ese» prieta y frutal, ensidrada y redonda de las playas guipuzcoanas. Es tal el amor a la «ese» que tienen estos seístas vascongados, que pluralizan todas las expresiones hasta el absurdo, por tal de disparar su cohete de «eses». No sólo dicen «estar de pies» por «estar de pie» — que es un vulgarismo general entre

la gente baja de España, deslizado solapadamente en el seno de las buenas familias mediante el comercio lingüístico de la criada y el niño —, sino que, para decir que no tienen cambio de un billete, dicen que no tienen *cambiosss*. Si hace buen tiempo, observan: — ¡Hermosos tiempossss! —. Y, lo que es aún más extraordinario, al cocido, al clásico cocido de España — cosa única y tan singular como Monos y Una — le llaman (¿cómo diréis?): «¡losss cosidosss!»

SOBRE UNA EPIDEMIA RETÓRICA

El Doctor Carracido, Rector de la Universidad Central, es un químico de la materia y es también un químico de las cosas sociales. Recientemente tuvo que contestar el saludo de un estudiante mexicano, y acertó — por los intrincados caminos de la serpentina y del alambique — a hablar de nuestra Décima Musa, recordando que fué Sor Juana la primer feminista. No tiene mucha novedad esta observación; pero en este mundo de las cortesías hispanoamericanas, donde todo es lugar común, resulta novísima, nunca dicha. Y hasta se pregunta uno por cuáles misterios de la Química, este Doctor Carracido, este hombre amable, logra sacar sustancia de un bagazo reseco.

Porque — bueno es que todos lo sepan — nada hay más desacreditado aquí que las prédicas de hispanoamericanismo, que las campañas para «estrechar los lazos» intercontinentales, que las fiestas de la Raza, que el cambio de serpentinas retóricas de uno a otro lado del Atlántico. Y es natural: de

tiempo en tiempo, veinte Repúblicas descargan sobre España una andanada de adjetivos. España, que está ya de vuelta de sus grandezas imperiales, padece en silencio. ¡Con cuánta torpeza la cortejamos! Nos hartamos de llamarla «Madre», y la España de hoy no es nuestra «Madre» ni nos aguanta ya en el regazo. La España de hoy es algo como nuestra prima carnal, y mejor nos quiere para camaradas de su graciosa y nueva infancia, que no para novios oficiales de ramito en la solapa y sombrero y faldón ridículos.

El descrédito del americanismo en España se debe a dos causas complementarias: la ignorancia de los emisarios de América, y la ignorancia de los americanistas oficiales encargados de recibirlos. Si Baroja — espíritu contradictorio y zumbón, a quien no hay para qué tomar cuenta de todas sus palabras — ha gastado un tiempo precioso en burlarse (¡a estas horas!) del *rastá* americano; si ha gastado un tiempo no menos precioso en maltratar a los españoles de América, empeñado en subrayar los rasgos de sainete bajo los cuales se disimula la gran epopeya del comercio ultramarino, no acusemos a Baroja, no. Baroja, escritor romántico, es — como todos ellos — más víctima que verdadero amo de su pluma: acusemos a la epidemia retórica del hispanoamericanismo, que ha puesto irrespi-

rable el ambiente, desesperando aun a los más mesurados.

Un gran diario madrileño señalaba hace pocos días la inutilidad casi inexplicable de los centros americanistas de España. Y un sardónico escritor, compatriota nuestro, comentándolo, me daba esta fórmula: «Los americanistas, con cinco honrosísimas excepciones, ignoran completamente las cuestiones de América». (Y la magia está en no descubrir cuáles son las cinco honrosísimas excepciones.)

¡Oh cuánto, cuánto se ha abusado en materia de hispanoamericanismo militante! Se ha abusado de la Historia, abominando de la emancipación y asegurando que América sueña con entregarse otra vez en brazos de España. Se ha abusado de la Geografía, insistiendo — para sacar no sé qué consecuencias sentimentales vergonzosas — en la fragosidad de las sierras americanas, en el fuego tropical, en los ardientes volcanes, en las selvas vírgenes, la hamaca y el abanico de palma. Se ha abusado de la Zoología con todo aquello del león y de los cachorros, y con lo del consabido Pelícano que se arranca las entrañas para alimentar a su cría. Se ha abusado de la Fisiología, acudiendo una y otra vez a la imagen de la madre que agota sus senos amamantando al hijo, o preguntándose — como en cierta canción de Pastora Imperio — si la sangre que

corre por nuestras venas será la de Carmen la Cigarrera. Se ha abusado de la Filología, repitiendo con el poeta:

> Entre tus dones heredé tu lengua,
> y nunca la usaré para insultarte;

siendo así que la comunidad de lengua es condición propicia al insulto y que, en efecto, durante el siglo XIX, España y América han mantenido una activa y solícita correspondencia de insultos, como es doloroso reconocer. Se ha abusado de la Biblia, diciendo que América es el Hijo Pródigo, o que España es la misma encarnación del Eclesiastés. Se ha abusado de la *Ilíada*, asegurando que Hernán Cortés era un simple «Héctor matador de hombres» y Moctezuma un «Agamemnón que manda en lejanas tierras»... Y no se ha dicho, a todo esto, lo único que había que decir: que América es muy distinta de España, pero que es, en la tierra, lo que más se parece a España; que donde todos hablan ya en francés o en inglés, sólo nosotros nos hemos quedado hablando español; que ambos, los de allá y los de acá, tenemos muy poca paciencia, y que nos está muy bien un Océano de por medio; que la fraternidad es cosa natural, y que hasta puede llegar a ser muy molesta, pero que es inevitable siem-

pre, por lo cual mejor es tratarse y conocerse que no hacerse amagos desde lejos; que la verdadera fraternidad excluye las continuas protestas de mutuo amor, y que así como podemos decir que América no era independiente mientras sentía la necesidad de acusar a España, podemos afirmar que América no será la verdadera hermana de España mientras una u otra se crean obligadas a jurarse fraternidad; que también conviene el pudor en las cosas internacionales, y que aquí, como en Góngora,

> Manda amor, en su fatiga,
> que se sienta y no se diga:

que se obre más y se hable menos, dejando las buenas palabras para artesonado del Infierno.

La España de hoy es de una conmovedora sobriedad. Su trato es rápido, esquemático. El americano recién caído en este mundo, siente de pronto ese desconcierto del personaje de Wells en *Mr. Britling sees it through:* un yanqui que visita por primera vez a Inglaterra. Al recién venido le parece que las maneras adjetivas del trato son más breves que allá en la tierra; que se ha prescindido de muchas solemnidades; que hay algo entre rudo y varonil en estas costumbres, algo que a la hora del ocio resulta incómodo, pero que a la hora del trabajo es de una

comodidad sabia y confortante; y que, finalmente, le falta todavía aprender de Europa un arte severo y superior: el arte de la elegancia sencilla, el arte matemático de la recta, el arte de decir «sí» o «no» de una vez, el arte de la vida desnuda. ¡El español alarga la mano — algo callosa — y el propagandista americano, en vez de saludar francamente, piruetea, arroja el sombrero, echa un volatín por el aire y después dispara un discurso!

No: dejémonos de campañas verbales, y hagamos — de acuerdo y tan juntos como sea posible — la común campaña de la vida.

Madrid, 1919.

POR LA ASOCIACIÓN DE ESCRITORES

CIERTO ánimo de asociación va cundiendo entre los escritores de España. Hay un gran ejemplo: la Sociedad de Autores, donde, de tiempo atrás, los españoles que escriben para el Teatro han logrado agremiarse y administrarse solos, suprimiendo los intermediarios. Pero, ¿será verdad que el Teatro es lo menos literario de la Literatura? El autor teatral, tal como hoy vive en nuestro medio, participa del empresario, del hombre de acción, del organizador de espectáculos y ferias, del propagandista político. Tiene un constante roce con los hombres, un trafagar continuo con los caracteres encontrados de los artistas. Y en perpetuo diálogo con el público de afuera y con lo que se esconde de bambalinas adentro, parece que improvisa sus obras a fuerza de conversaciones, tomando de prestado hoy una situación de la vida que uno le refiere, y combinándola mañana con un chascarrillo que otro le cuenta, para salpimentarlo todo

con los chistes, salidas o vivezas cómicas o patéticas que va todos los días cosechando entre lo que el acre filósofo llamaba las molestias del trato humano.

De aquí que el autor dramático se autoeduque con un temple diverso que el del puro y estricto literato. De aquí, para el hombre de Teatro, cierta respiración más amplia, cierta epidermis más curtida, y una resistencia mayor a las groserías de la naturaleza que la que puede lograr un poeta encerrado en el gabinete de las Musas.

Y no parece sino que este encallecimiento que da la vida dura hace falta para cualquier empresa social, para cualquier objeto de comercio o asociación entre hombres. Donde el lírico puro se presenta como ensimismado, «ciego de ensueño y loco de armonía», el hombre de Teatro pide la palabra y propone las bases de un reglamento práctico y claro. El modelo que más nos molesta es el que más se nos parece, sin confundirse con nosotros enteramente: es el que menos queremos imitar. Los literatos puros de España no han sabido imitar hasta hoy a los autores teatrales de España.

Busquemos, teóricamente, otros modelos: un gran ejemplo, el del obrero de nuestros días. El obrero se asocia, y se erige como potencia nueva en el mundo. Nosotros, obreros de ensartar pala-

bras; aprendices, oficiales y maestros de esta gran catedral sonora que ha de ser el espíritu de nuestro siglo; pacientes talladores de ideas y voces para quienes el voltario Verlaine pedía el culto de la obstinación y la voluntad; nosotros — que hoy por hoy hemos comenzado a sentirnos tan artífices medioevales — ¿seremos incapaces del honrado y obrero ademán de dar la mano? ¿No sabremos, como el carpintero y el herrero, unirnos y marchar juntos en la procesión de la Plaza de Bruselas? Cierto espíritu de asociación comienza a soplar por la Literatura de España.

Charles Maurras, en quien los atisbos estéticos se congestionan prontamente en teorías políticas, ha previsto, en pavorosa profecía, el porvenir de la Inteligencia (de la casta intelectual, digamos), augurando el día en que la Espada y la Sangre (leamos: la fuerza política) se unan en sorda conspiración con el Oro, para reducir a la Inteligencia otra vez al papel de mendicidad y bufonería.

Y ahora que la herramienta del trabajo manual hereda el antiguo honor del cetro, ¿consentiremos los poetas en rondar, con nuestra pobre pluma en la mano, los muros inaccesibles de la República de Platón? Hay que ser, pues, muy obreros del pensamiento. Hay que acumular, en torno a ese tesoro inefable que custodiamos y que los pobres hom-

bres no siempre aciertan a vislumbrar, en torno a la riqueza invisible o transparente de la Inteligencia, masas sordas de intereses y de materia. De otro modo, hemos de ser arrollados. La materia es ciega, pero se deja ver: ésta es su lealtad esencial; el espíritu se escabulle, y en esto se parece a la estafa. La pobre gente tiene derecho a exigir que nos presentemos asociados, formando un ejército evidente. Y entonces, y sólo entonces ha de abrirnos paso.

Pero la vida intelectual «es vida de arisca independencia», y nada se hará sin sacrificio.

Un grupo de escritores de España — Valle-Inclán a la cabeza: este maestro de taller medioeval que a muchos nos ha enseñado la manera de imprimir y vender un libro —, ha convocado a todos los escritores de la lengua española para crear una Asociación que nos administre en términos dignos, y evite que nuestro genio vagabundo nos lleve al abandono de la publicidad, como sucede en algunas partes de América, o a venderle el alma al diablo intermediario, como sucede donde yo me sé.

No se trata de un intento pueril. No de aquella supresión del intermediario de que se podía burlar Julio Camba, asegurando que el carnicero de la esquina se negaba a cambiarle directamente un soneto por un solomillo. Se trata de poner la admi-

nistración y la librería en manos, no de poetas ni ensayistas, sino de verdaderos libreros y administradores. Pero con una pequeña diferencia: que aquí el intermediario ha de ser nuestro empleado.

Yo espero que nuestra América conteste, poniendo en la feliz iniciativa española ese empellón de fuerza, que va resultando ya característica de todas nuestras colaboraciones con España.

Aprovechemos la hora, obreros sindicados de la obra mejor. Claman los capitalistas del mundo contra la ola de pereza: es nuestra ola, amigos míos. ¿No queremos, precisamente, hombres extáticos, capaces de un instante de abandono y olvido en que escuchar nuestras poesías? A la antigua divisa: «Time is money» sustituyamos esta más noble: «Time to read books».

I N D I C E

I. - ESPAÑA

II. - AMÉRICA

ESTE LIBRO SE IMPRIMIÓ
EN LA TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA,
CERVANTES, 28, MADRID,
EN OCTUBRE DEL
AÑO 1923



